



# RECUERDA

זכור

LEGADO DEL COMITÉ  
VENEZOLANO DE YAD VASHEM

TERCERA EDICIÓN

MUST BE  
WIPED OFF  
THE MAP



**EL HOLOCAUSTO DE AYER  
EL ANTISEMITISMO DE HOY  
EL PELIGRO DE MAÑANA**

TERCERA EDICIÓN

REVISTA RECUERDA / זכור

CARACAS / VENEZUELA 2006 קראקס / ונצואלה

# Índice

La importancia de recordar / *Shlomo Cohén* [4]  
Yad Vashem: se abren las puertas / *Perla Hazán* [5]  
El corazón y el alma de la memoria judía / *Elie Wiesel* [6]

## CRÓNICAS Y RESEÑAS

2005: Un año que puso en alto la memoria [7]  
Tres tristes trampas / *Paulina Gamus* [8]  
Manuel Reyes Mate / *Jacqueline Goldberg* [9]  
Yom Hashoá 2005 [11]  
UCAB: Pedagogía y Holocausto / *Carlos de Armas* [12]  
Certamen sobre la Shoá en el Liceo Hebraica [13]  
Kristallnacht 2005 [15]  
La resistencia espiritual durante la Shoá / *Eliahu Tóker* [16]

## SECCIÓN ESPECIAL: PRIMO LEVI

Primo Levi: La memoria de Auschwitz / *Paúl Lustgarten* [18]  
Concurso universitario de ensayo «Primo Levi» [19]  
Lo que nunca debió ser / *Frank López Ballesteros* [20]

## SEIS TESTIMONIOS

*Klara Slimak*/ El bosque de los milagros [26]  
*Otta Fürth*/ Siete vidas [30]  
*Sofía Landau*/ Salvada por la «suerte del cochino» [34]  
*Ladislao Perlmutter*/ El peso del hermano [38]  
*Oscar Gross*/ El teléfono anotado en el brazo [42]  
*Jan Karski* / justos y pecadores [45]

## COMUNIDADES

GRECIA / *Rebeca Russo de Perli* [46]  
BULGARIA / *Mati Raitán de Jakubowicz* [48]  
RUMANIA / *Marcko Glijenschi* [50]  
HUNGRÍA / *Imre Vandor* [51]

## OPINIÓN

La santificación del nombre / *Ester Farbstein* [52]  
El nazismo cotidiano / *Marianne Béker* [53]  
El triángulo de los diferentes / *Alberto Jabiles* [54]  
Los sobrevivientes y el testimonio / *Diana Wang* [56]  
Medios, genocidio y terrorismo / *Carlos Chocrón C.* [58]  
La traición a Hipócrates / *Jaime Ségal* [59]  
Israel Singer: La reconciliación como sueño [50]  
Lecturas para no olvidar [61]

Benefactores y Amigos de Recuerda - זכור [62]

## Portada



Cuando ya se creía que habíamos dejado atrás la pesadilla del antisemitismo y que la sombra de la Shoá comenzaba a clarear, aparecen los herederos del odio a levantar sus dedos acusadores contra el pueblo judío y a pedir que se borre del mapa al Estado de Israel, tal como lo hizo el presidente de Irán. Los viejos miedos, como los de esta anciana húngara, fotografiada en Auschwitz al bajar del tren, vuelven a florecer.

Fotomontaje: Francisco Acosta

## POLÍTICA EDITORIAL:

La revista **RECUERDA** - זכור es una publicación sin fines de lucro, de periodicidad anual, cuya finalidad es difundir información sobre el **Comité Venezolano de Yad Vashem**, en particular, y de la **Shoá** en general, para concientizar al público lector sobre los peligros del racismo, la intolerancia, la xenofobia, y contribuir de esta forma a la erradicación de estos males sociales en nuestro país y en el mundo.

**RECUERDA** - זכור es una revista del **Comité Venezolano de Yad Vashem**.

**RECUERDA** - זכור es una publicación sin carácter confesional que quiere combatir el racismo, la intolerancia y la xenofobia, para que nunca más se produzca el exterminio y el genocidio contra la humanidad.

**RECUERDA** - זכור busca preservar los testimonios de quienes sufrieron en carne propia las consecuencias de la política discriminatoria y genocida de los nazis entre 1933-1945.

**RECUERDA** - זכור considera que el holocausto fue un crimen contra el pueblo judío y la humanidad entera.

**RECUERDA** - זכור apoya la existencia del Estado de Israel.

**RECUERDA** - זכור apoya todas las políticas que contribuyan a la erradicación en el mundo de la tortura, la explotación de los niños, la esclavitud, la limpieza étnica, la exclusión social, el genocidio, el terrorismo y el totalitarismo en el mundo.

## DIRECTORIO REVISTA RECUERDA - זכור (Legado del Comité Venezolano de Yad Vashem).

Editor: **Comité Venezolano de Yad Vashem**: David Yisrael (presidente).

Comité editorial: **Víctor Chérem**, **Paúl Lustgarten**, **Alberto Jabiles**, **Annie Reinfeld**, **Paquita Sítzer**, **Jaime Ségal**, **Trudy Spira** y **David Yisrael**.

Secretaría ejecutiva: **Luisa Pasateano** / **Mónica Azoulay**.

Dirección: **Néstor Luis Garrido**.

Redacción: **Néstor Luis Garrido** y **Laura Dávila**

Producción Gráfica: **Estudios Graphema TIC SRL**.

Dirección de arte: **Iván Nascimento**.

Diagramación y montaje electrónico: **Arq. Marilyn Bermúdez**.

Fotografía: **Pedro Baute**, **Néstor Garrido**, y archivos de **Yad Vashem** y **Nuevo Mundo Israelita**.

Collage de Portada: **Francisco Acosta**.

Colaboraciones: **Marianne Béker**, **José Chocrón C.**, **Emb. Shlomo Cohén**, **Carlos De Armas**, **Ester Farbstein**, **Paulina Gamus**, **Marcko Glijenschi**, **Jacqueline Goldberg**, **Perla Hazán**, **Alberto Jabiles**, **Mati Jakubowicz**, **Frank López Ballesteros**, **Paúl Lustgarten**, **Rebeca Perli**, **Jaime Ségal**, **Eliahu Tóker**, **Imre Vandor** y **Diana Wang**.

Preprensa: **Imagen Color LC**.

Impresión: **Gráficas Acea**.

Distribución: **Nuevo Mundo Israelita**.

Dirección del **Comité Venezolano de Yad Vashem**: Av. Jorge Washington. Edificio Bet - Am. San Bernardino. Caracas. Teléfono (58) (0212) 552.0685. Fax: (0212) 551.3089

Correo electrónico [nhessofu@cantv.net](mailto:nhessofu@cantv.net)

Ni el **Comité Venezolano de Yad Vashem** ni la dirección de esta publicación se hacen responsables por las opiniones emitidas por los artículos que aparezcan firmados, en cuyo caso el autor conscientemente asume su responsabilidad por los juicios allí emitidos.

## EDITORIAL

# Quando el antisemitismo

## toca la puerta

Mucha gente cree que esta insistencia nuestra de recordar y recordar, es un empeño judío de vengarnos de nuestros ejecutores; de hacernos las víctimas para que nos tengan lástima; o para hacerlos sentir culpables por el nimio «detalle» de haber arrasado con una comunidad entera de seis millones de personas. Esa opinión no es otra que la continuación del Holocausto aún en nuestros días.

En algunos secotres, bien intencionados o no, hay quien nos ha sugerido «moderar» el discurso de los sobrevivientes; hacerlo más «light», como dicen los publicistas, para el «consumo» del hombre contemporáneo, saturado por la violencia que venden empaquetada en el kiosco de la esquina o que se ve en la televisión, entre anuncios de teléfonos celulares y de refrescos; en fin, se nos pide que nuestros recuerdos se amolden para no molestar con nuestras penas a la sociedad occidental. En otras palabras, no nos piden que olvidemos, sino que cambiemos nuestra forma de recordar, o que en todo caso no digamos lo que sentimos, lo que vivimos...

En el afán de mantener viva la memoria, se nos ha sugerido igualmente que utilicemos técnicas de mercadeo para incentivar el recuerdo; de hacerlo más atractivo a los jóvenes, judíos o no, como si el tema no fuera lo suficientemente motivador como para conmover a la gente, estén relacionadas o no con esta parte de la historia, sin duda, la más negra que ha conocido la humanidad. Pero, parece que las nuevas generaciones, sometidas a diario a más y más estímulos, ya no es capaz de distinguir entre la realidad y la ficción.

La desmemoria es apenas un primer paso para que otros males comiencen a florecer. Tras ella, se presenta la relativización de los hechos, lo que lleva a pensar que al no ser tan terribles como pensamos inicialmente, uno puede desacreditarlos públicamente sin ser censurados... Así, hemos visto cómo, utilizando el olvido como estrategia, se puede volver a acusar al otro de «diferente» sin que haya ningún remordimiento, pues se cuenta con el permiso que se le da al discriminador cuando olvidamos el pasado.

Hace dos o tres décadas, los europeos se cuidaban mucho de utilizar un lenguaje que recordara al de los nazis. Pero la desmemoria de esos pueblos les ha dado la licencia de volver a hablar con esos mismos



David Yisrael en el acto de Yom Hashoá en la Unión Israelita de Caracas.

términos o con otros que disfrazan los viejos prejuicios: el antisionismo desplazó al viejo antisemitismo, que creíamos muerto, pero que en realidad sólo esperaba el momento oportuno para reaparecer.

Tras el discurso antisionista, antiisraelí, y su extrapolación al antiglobalizador, antiliberal, antiestadounidense, cual metástasis, el antisemitismo ha aparecido por doquier, incluyendo nuestro país, donde ciertos individuos han utilizado cualquier excusa para levantar los dedos acusadores contra las comunidades judías.

Así, con estupor, vemos cómo una película como *Secuestro Express*, dirigida por Jonathan Jakubowicz, sirvió de palanca para sacar a flote una serie de acusaciones que cayeron colectivamente sobre la comunidad judía local.

La opinión de una persona no implica responsabilidades para todo el que comparta con ella la misma religión o el mismo origen, pero no piensan así los conductores de ciertos programas de opinión del canal del Estado. Pero no contentos con la colectivización de la culpa, se llega a extremos de sugerir que la película en cuestión fue financiada por «el judaísmo internacional», con lo que resucita de un golpe el mito de Los protocolos de los sabios de Sión.

Los prejuicios no necesitan razonamientos lógicos. Sólo requieren que la gente esté desprotegida con el olvido, la ignorancia y la falta de valores para que una interpretación errónea o un mensaje mal intencionado salgan a la luz a través de los medios para acabar, de la noche a la mañana, con décadas de convivencia pacífica y de trabajo en conjunto. Es por eso que necesitamos estar alerta. Es por eso que presentamos esta nueva edición de *Recuerda* / rvkz.

**David Yisrael**  
PRESIDENTE DEL COMITÉ VENEZOLANO  
DE YAD VASHEM





Shlomo Cohén, Embajador de Israel en Venezuela

## La importancia de RECORDAR

La publicación Recuerda / Zajor vuelve a ver la luz en tiempos difíciles. El antisemitismo, el odio contra los judíos, recrudece. Algunas veces en la forma tradicional -contra los judíos por ser judíos-, otras tantas, escondida en la falsa motivación del antisionismo. Como siempre, en contra de los judíos.

Son tiempos difíciles, porque a tan sólo sesenta años de culminada la II Guerra Mundial, los mismos países y las mismas naciones que perpetraron los horrendos crímenes alzan las mismas voces de antaño y esgrimen las mismas amenazas. Y a sesenta años de doblegada la bestia nazi, son ya menos y pocos los testimonios de sobrevivientes para hacer despertar conciencias. Esto es particularmente importante porque las nuevas generaciones no pueden permitirse el lujo de un recuerdo que se extinga a medida en que se van quienes vivieron el horror nazi. Las iniciativas que emprende Yad Vashem en todas partes del mundo, son de importancia vital para que el tiempo no borre aquello que no debió haber ocurrido, aquello que no ha de olvidarse nunca jamás.

El futuro inmediato necesita de estas actividades sólidas y serias. Los días por vivir han de ser de duros enfrentamientos entre los historiadores de verdad y quienes niegan el horror de la Shoá. En los albores del siglo XXI, los odios raciales siguen vivos, y el Estado de Israel, en su condición de Estado judío, es el blanco preferido, en sus acciones y en sus omisiones. En la mayoría de las veces, por ser precisamente eso: judío.

Zajor, como su nombre lo indica y su origen bíblico lo confirma, es una necesidad de nuestro pueblo a través de su historia. Recordar quiénes somos, y lo que se nos ha hecho. Para que nunca más suceda y para que nadie se atreva siquiera a intentarlo, a pesar de que Amalek esté siempre presente y entre nosotros.

La xenofobia y el racismo tienen inusitada cabida en las sociedades de este mundo globalizado. Las comunidades judías de todo el mundo, así como también la de Medinat Israel, han de salir en defensa de los derechos humanos básicos, a sabiendas de que los judíos pueden estar siempre en primera fila como víctimas de flagelos de un mundo que no parece aprender de sus errores.

Kol hakavod (Todo el honor) a este esfuerzo editorial, muestra adicional del compromiso que la comunidad judía de Venezuela tiene con su identidad y con los miembros de ella, quienes supieron sobreponerse a las dificultades y derrotar a nuestros enemigos con la mejor de las acciones: consolidar un yishuv lleno de vida judía.

En mi calidad de embajador del Estado de Israel, además de felicitarlos, debo decir que me es muy significativo prestar servicios al lado de una comunidad ejemplar como lo es la de Venezuela.

**Shlomo Cohén**

Embajador del Estado de Israel en Venezuela



# YAD VASHEM: se abren las puertas

Yad Vashem: P.O.B 3477 Jerusalem 91034 Israel  
Yad Vashem Har Hazikaron, Tel: 972.2 644 3427  
Fax: 972 2 644 3429  
perla.hazan@yadvashem.org.il / www.yadvashem.org

Yad Vashem, la autoridad para la conmemoración de los mártires y héroes del Holocausto fue establecida en 1953 por la ley de la Knését de Israel. Yad Vashem está localizado en Har Hazikaron -el Monte de la Recordación- en Jerusalén, está dedicado a la recordación, documentación, investigación y educación de la Shoá. A través de la Escuela Internacional para Estudios del Holocausto, el Instituto Internacional para la Investigación del Holocausto, los archivos, la biblioteca, la Sala de los Nombres, museos y monumentos, Yad Vashem anhela transmitir el significado del legado de la Shoá a las generaciones venideras. Manteniendo vivas las memorias del pasado, Yad Vashem intenta reforzar el compromiso hacia la continuidad del pueblo judío y proteger los valores humanos más básicos. El Museo Histórico del Holocausto, cuya construcción tomó diez años, es el resultado de un programa innovador de desarrollo recientemente completado por Yad Vashem.

Nuestra institución ocupa una superficie de más de 4.200 metros cuadrados en el Monte de la Recordación en Jerusalén y contiene impresionantes monumentos, entre ellos la Sala de los Nombres, el Valle de las Comunidades y el Monumento a los Niños.

## El Museo Histórico del Holocausto

El Museo Histórico del Holocausto se inauguró el 15 de marzo 2005.

Presenta la historia de la Shoá desde una perspectiva judía, en la cual se hace hincapié en las historias individuales que llevan a desarrollar la narrativa histórica. Con el uso de artefactos auténticos, testimonios, fotografías, retazos de películas, trabajos de arte e incluso música colectada por Yad Vashem durante el curso de los últimos cincuenta años, el museo entreteje más de noventa historias personales, dentro de la narrativa histórica y temática contando así la historia del Holocausto a través de la voz del individuo.

El Museo forma parte de un complejo que incluye el Museo del Arte del Holocausto, pabellones de exhibiciones, sinagoga, y los centros audiovisuales y de estudio.

## Sala de los Nombres

Contiene en sus archivos los nombres de las víctimas que perecieron en el Holocausto. En las carpetas que circundan la sala se encuentran las páginas de testimonio, que contienen nombres y detalles biográficos de millones de víctimas del Holocausto. Igualmente, hay terminales de computadoras están al servicio del público para realizar búsquedas en la base de datos de las víctimas de la Shoá y así se da la posibilidad de agregar aquella información que siga faltando.

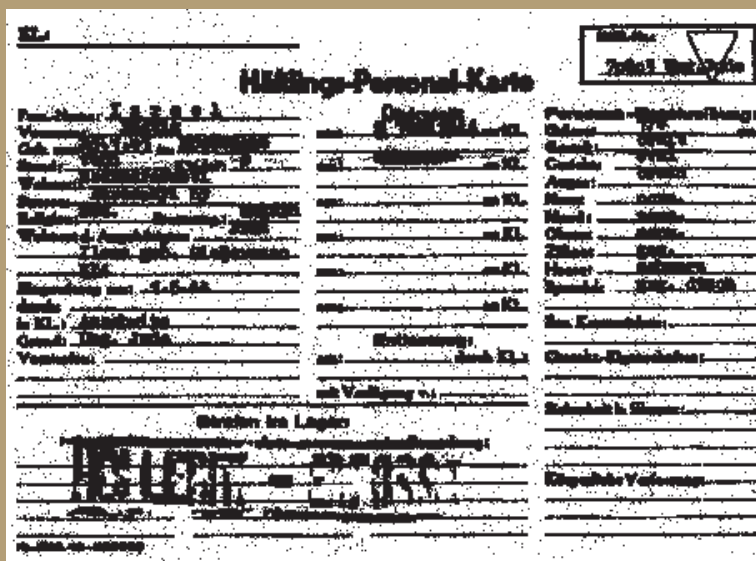
**Perla Hazán**

Directora y asesora para Iberoamérica Yad Vashem. Jerusalén

## Una prueba irrefutable

Yo, David Yisrael, hijo de Ludvig Izrael, fui llevado junto a mi padre a Auschwitz-Birkenau. Allí pasamos la selección de Mengele, y lo que nos salvó fue la astucia y fuerza física de mi padre. Al llegar a la rampa donde nos desembarcaron, vimos un grupo de prisioneros vestidos con las famosas pijamas de rayas y mi padre agarró con fuerza a uno de ellos y le preguntó: «¿Qué pasa acá?», a lo que el hombre contestó: «Está prohibido hablar con usted». Mi padre lo apretó con más fuerza y le repitió la pregunta, entonces él habló: «Tú -se refería a mi papá- deberías ser más joven,

5



y tú -apuntándome a mí- deberías tener más edad de la que tienes». Cuando Mengele nos preguntó la edad, mi padre respondió 39 -tenía 54- y de mí dijo que yo tenía 18, cuando en realidad contaba con 15. Así nos salvamos de ser llevados a las cámaras de gas. Nos pasaron al grupo de trabajadores del campo «C» en Birkenau. Al día siguiente nos separaron y me asignaron al bloque 26 para jóvenes de 14 a 17 años. A mi padre, al bloque 12 de trabajos forzados. He aquí un documento auténtico en alemán, hecho en el nefasto campo de Mauthausen en Austria, encontrado por Yad Vashem en Jerusalén. Es una cédula personal de detención, donde figuran los datos exactos, incluyendo el nombre de mi madre, a quien gasearon junto a mi hermanita al llegar a Auschwitz. Señores negadores, vean este documento en el que se dice que fue detenido por ser Ung. Juden (judío húngaro). ¿Qué otra prueba necesitan estas almas vendidas al Diablo?

Certificado de detención de Ludvig Izrael en Mauthausen, obtenido en la base de datos de Yad Vashem. [www.yadvashem.org](http://www.yadvashem.org)

## Discurso de Elie Wiesel en la inauguración del museo YAD VASHEM: «El corazón y el alma de la MEMORIA JUDÍA»

Señor presidente, señor primer ministro, mes amis de France, nitsolei shoá yekarim.

Cuando se camina en un museo tan magníficamente concebido por Moshé Safdié, uno se pregunta dónde está el sitio de la rabia en todo este edificio. ¿Cómo es posible que el pueblo judío, al haber descubierto nosotros la magnitud de la crueldad y las consecuencias del odio... cómo es posible que no estemos poseídos de una RABIA extraordinaria e impecable? Rabia hacia los asesinos, por aquellos que inspiraron a los asesinos, rabia por los indiferentes, es decir, esos que sabían pero que callaron. ¿Dónde está la rabia?

Uno mira y mira, y da miedo seguir haciéndolo. A mí me da. Miro algunas de las fotos de los judíos de Hungría y me da miedo descubrir alguna persona que conocía.

Uno lee y lee, y se dice a sí mismo: ¿de dónde sacaron la fuerza para escribir, para usar palabras, para llevárselas a quién? Mis queridos amigos, más o menos todos sabemos que hubo una tragedia, y todos más o menos tenemos que admitir sinceramente que no hay palabras para ello. Todo aquel que estuvo allí sabe lo que significó pasar por aquello. Y aún, nos cuesta el intento y no enterrar nuestros recuerdos en el silencio. De veras, tratamos. Sé que muchas personas piensan que es muy fácil. Aquellos que estuvieron allí no estarán de acuerdo con esa opinión, sobre todo la que dice que fue «la inhumanidad del hombre contra el hombre». No. Fue la inhumanidad del hombre contra el judío. ¡A los judíos no los mataron porque fueran seres humanos! A los ojos de los asesinos, ¡no eran seres humanos, sino judíos! Y era justamente porque eran judíos fue que a los asesinos se les hizo tan fácil matarlos.

¡Y uno ve las fotos! -Di-os, uno ve las fotos- y uno ve a los judíos cavando sus propias tumbas. ¿Acaso ya se había visto en la historia, que siempre se ha visto llena de crueldad, pero no tanta como esta? ¿Acaso se había visto a las madres obligadas a entregar a sus hijos a cambio de sus propias vidas? Y pocas madres accedieron, en verdad. Las madres marcharon con sus propios hijos, y para eso no hay palabras. Durante todo ese tiempo, creímos que la historia había entrado en un período de locura, locura que tenía su propia lógica, su propio destino, casi su propia arqueología. Y dentro de esa locura era perfectamente plausible matar niños.

Y es por ello que visitamos este museo y no podemos entender algo. Todo lo que sabemos es que sucedió, y ahora la pregunta es qué hacemos con nuestros recuerdos. Cualquier psicoanalista le dirá a uno que si uno suprime los recuerdos, éstos volverán con furia, y que hay que enfrentarlos. Aun cuando no sea posible articularlos, hay que

enfrentarlos. Y los recuerdos son tantos y variados... Los de aquellos que murieron con armas en las manos, y aquellos que lo hicieron con una oración en los labios. Y no dejemos que algunos distingan entre héroes y mártires. En ese entonces los mártires eran héroes; y los héroes, mártires. Era un acto heroico el que un amigo le diera su ración de pan a su compañero; así como lo era andar por ahí un sábado y decirles a los amigos: hoy es shabat. Era heroico tener fe; era heroico comportarse como un ser humano.

¿Y cuando entramos en este museo, qué hacemos? ¿Lloramos? ¡No!

Mis buenos amigos, nunca quisimos relatar historias para que los demás lloraran. Eso es demasiado fácil. No queremos lástima. Si decidimos contarlo todo es porque queremos que el mundo sea mejor cada día, sólo un mundo mejor, y aprender y recordar.

Hay un personaje aterrador en los cuentos de Kafka: era un mensajero que trataba de llevar un recado y no podía. Nos apiadábamos del pobre hombre, pero esto encierra aun algo más trágico: que el mensajero lleve el recado y que nada cambie.

Han escuchado hoy a algunas personas que se han expresado con elegancia, con compasión, y hay quien hoy ha hablado de antisemitismo e intolerancia. ¿Ahora? ¿Sesenta años después? ¿Cuándo fue que el mensajero trató de llevar el recado? ¿Por qué todavía hay antisemitismo? ¡Pero lo hay! ¿Por qué tiene que haber asesinos suicidas? ¡Pero ahí están! ¿Por qué hay todavía odio? ¡Pero también existe! ¿Fanatismo? ¡Sí! ¿Hay calma? No. ¡Está aquí!

El mensajero ha llevado finalmente su mensaje. ¿Qué debemos hacer nosotros? Convertimos igualmente en mensajeros. Mensajeros.



# 2005: UN AÑO QUE PUSO EN ALTO LA MEMORIA

**E**L 2005 va a pasar a la historia del Comité de Amigos de Yad Vashem como un hito importante para nuestra organización, porque la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz estuvo colmada de actividades multitudinarias, de discusiones públicas sobre el tema del Holocausto y de su importancia para el hombre de hoy, y de exposición en los medios de comunicación social del país.

Cuando arrancó el año, se realizó la masiva convocatoria para el salón Rosa e Isaac Baltuch de la Unión Israelita de Caracas para recordar aquellos momentos de incertidumbre más que de alegría de nuestra liberación y del fin de la Shoá. La presencia en Venezuela de un hombre como el filósofo español Manuel Reyes Mate y su formidable discurso, puso a pensar a nuestras comunidades, la venezolana y la judía, sobre el papel de la memoria y del intento de borrarla por parte de los grupos reduccionistas, revisionistas y negacionistas del Holocausto.

El 27 de enero de 2005, miles de personas, tanto del seno de la comunidad judía como de los más diversos sectores nacionales, se hicieron presentes, y hubo trabajos especiales en todos los medios masivos de comunicación social, que pusieron en primer lugar el tema del Holocausto.

Esa noche se anunció que la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela aprobó una resolución que condenó enérgicamente toda política discriminatoria y todas las acciones que llevaron a Alemania a desatar el Holocausto contra las diferentes minorías, y de forma más evidente y sistemática contra los judíos.

Después, el segundo curso sobre Shoá, que exitosamente ha llevado a cabo el profesor Max Preschel en el Instituto Superior de Estudios Judaicos, concitó la presencia de docentes, periodistas y pensadores, tanto de adentro como de afuera de la comunidad judía, ha conformado un grupo de líderes de opinión que se han formado para transmitir la necesidad de no olvidar lo sucedido hace seis décadas y de luchar contra toda forma de fascismo, discriminación y xenofobia. Un grupo de egresados y profesores estuvieron completando en Israel lo aprendido en Caracas, en un curso organizado por Yad Vashem. En el ISEJ, igualmente, se llevó a cabo un curso sobre la poesía de Paúl Celán y la dificultad de asumir el papel de testigo

ante una tragedia humana como la de la Shoá, a cargo del poeta y profesor universitario Rafael Castillo Zapata. Al curso asistieron alumnos regulares del instituto como también un grupo de estudiantes de Letras de la Universidad Central de Venezuela.

Con el extraordinario apoyo de la comisión de Cultura de la Unión Israelita de Caracas, se han podido realizar otras actividades, sobre

todo proyectadas hacia el público general, como lo fueron el curso de cine y Holocausto, dirigido por Ariel Ségal, en la Biblioteca de la UIC, así como la presentación del libro *El museo desaparecido*, del periodista portorriqueño Héctor Feliciano, sobre el saqueo de obras artísticas de colecciones pertenecientes a judíos, en la misma biblioteca.

Conjuntamente con la Cátedra Fundacional de Judaísmo Contemporáneo «Zygmund y Anna Rotter» de la Universidad Católica Andrés Bello, se realizó, tanto en esa casa de estudios como en la Universidad Metropolitana, una exposición sobre el tema de la Shoá con carteles concebidos y elaborados por los estudiantes que participan en la referida cátedra.

En el seno de la UCAB se hicieron, además, algunas otras actividades que reseñamos en la página 12.

Momentos realmente importantes durante el año 2005 fue la conmemoración de Yom Hashoá, el 4 de mayo, en la sede de la Unión Israelita de Caracas, que se dedicó a los niños asesinados; la

presentación de ópera *Bundibar*, que contó con los auspicios de las embajadas alemana, checa, israelí y polaca en Venezuela, así como también la Fundación Konrad Adenauer. La ópera *Bundibar* fue interpretada por la Orquesta Sinfónica Juvenil Simón Bolívar y los Niños Cantores de Venezuela, con dos presentaciones en el Teatro Teresa Carreño. En esa oportunidad, el Museo Kern de la Unión Israelita de Caracas preparó una exposición sobre el Holocausto que se presentó en las afueras del teatro para el público asistente.

Otro de los momentos estelares fue la conmemoración de la Kristallnacht, con la presencia de Eliahu Tóker, de Argentina, cuyos detalles presentamos en la página 16, y el año se cerró con la presentación del monólogo «Número 174517 Auschwitz», a cargo del afamado actor Omar Gonzalo, y producido por Benjamín Cohén. La obra se presentó para grupos de invitados, de forma gratuita, en la Universidad Central de Venezuela; el Colegio Humboldt, de la comunidad alemana residente en Caracas; y en la Federación Sionista de Venezuela.

Desde el punto de vista docente, el Comité Venezolano de Yad Vashem auspició el certamen estudiantil sobre la Shoá «Eva Haya Yisrael», en su edición 2005; así como el Concurso de Ensayo «Primo Levi», que recoge las reflexiones de jóvenes universitarios sobre lo que significa el impacto de la Shoá en el mundo de hoy, actividades que se repetirán en el 2006.





# TRES TRISTES TRAMPAS

Paulina Gamus

## La conmemoración internacional y local

del sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz, fue sin duda un acontecimiento de inusitada trascendencia. Mucha gente se ha preguntado por qué los sesenta años y por qué no los cincuenta, cuarenta, treinta o mejor aún los veinte; cuando estaban tan frescas las heridas y había decenas de miles de víctimas para testimoniar, y de victimarios que recibieran castigo por sus crímenes contra la humanidad.

El filósofo español Reyes Mate, quien nos visitó con motivo de los actos que organizaron la comunidad judía venezolana, la Universidad Católica Andrés Bello y la escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, explica e ilustra con evidencias, la negativa de los europeos a mirarse en un espejo y a descubrir cuánto tenían de culpa en lo ocurrido.

Echar tierra sobre ese pasado ominoso servía a todos, incluso a muchas víctimas que no querían recordar, ni siquiera hablar del tema, para no revivir el sufrimiento. Pero aquellos que quisieron hacerlo, como Primo Levi o Jorge Semprún, debieron esperar años para que alguna editorial y algún público lector se interesaran por sus testimonios de sobrevivientes del infierno.

Con motivo de esta conmemoración la televisión francesa nos permitió ver y oír a un hermoso anciano de 81 años, lleno todavía de una asombrosa energía vital, recontando la historia. Era Jorge Semprún. Primo Levi ya no está para contar la suya: se suicidó en 1987, a los 67 años de edad, agobiado por el peso de eso que tantos han querido evadir: la memoria. Pero todavía quedan dispersos por el mundo, miles que entraron a los campos de concentración y de exterminio siendo niños, fueron liberados en su temprana adolescencia y son ya personas de la tercera edad. ¿Estarán entre nosotros o estaremos nosotros mismos, cuando se conmemore el septuagésimo aniversario?

El inmovible ultraderechista francés Jean Marie Le Pen puede pararse ante unas cámaras de televisión y unos micrófonos y decir sin pestañear, que después de todo la ocupación nazi de Francia no fue para tanto, los sufrimientos mínimos y las pérdidas humanas insignificantes. El muro recién inaugurado por el Presidente Chirac, que tiene inscritos los nombres de los 76 mil judíos franceses deportados y asesinados, de los cuales 11 mil eran niños; no significa gran cosa. ¿Puede alguien

Es un error pensar que lo que sucede en Venezuela es igual a lo que sucedió en Alemania: una trampa que hay que evitar para no desvirtuar al Holocausto.

sorprenderse de la reacción de un político que nunca ha negado su filonazismo? Después de todo alguien así, «con la cara al sol» como vociferaban los fascistas de la falange española en tiempos de Franco, es preferible a los miles de Le Pen agazapados o disfrazados de gente «progre» que lamentablemente se reproducen día a día en Europa, pero también por estos y otros lares.

A la trampa negacionista tipo Le Pen, hay que sumar la reduccionista, la que no pretende torcer la historia, sino ignorarla para reescribirla. A este grupo pertenece un comentarista o supuesto historiador, de nombre Vladimir Acosta, cuyos argumentos oímos nada menos que en la Radio Nacional de la República Bolivariana de Venezuela. ¿Seis millones? ¡Qué exageración! Eso lo inventaron los judíos para hacerse las víctimas; si acaso fueron un millón y piquito, y aunque también se trata de seres humanos, ellos les hacen lo mismo a los palestinos. Un sociólogo con la desgracia de llamarse Jeudiel (*judío de Di-os*, en hebreo) Martínez, escribe en vespertino venezolano El Mundo un artículo con el título «Auschwitz», dice que lo visitó y evidentemente se conmovió. Pero que al mismo tiempo que judíos eran exterminados allí, los sobrevivientes de ese pueblo hacían una limpieza étnica en Palestina. ¿Estudian algo de historia estos sociólogos de tan noble corazón? ¿Sabe acaso este judío de Di-os -que solo Él sabe porque sus padres le dieron ese quemante nombre- cuándo y cómo se creó el Estado de Israel? ¿Limpieza étnica la de un pequeño y pobre Estado que al día siguiente de su proclamación como tal -una vez aprobada la partición de Palestina por la ONU- tuvo que enfrentar a los ejércitos de siete países árabes, y solo contaba con armas y viejos aviones checoslovacos enviados con la anuencia de la Unión Soviética? ¿Limpieza étnica y en Israel hay más de un millón de ciudadanos israelíes de religión musulmana y de origen palestino? La sola comparación de los crímenes nazis con el conflicto del Medio Oriente es una atrocidad solo explicable en ignorantes o en antisemitas vergonzantes.

La tercera trampa es utilizar la conmemoración de un genocidio sin precedentes en la historia anterior e incomparable con los sucedidos posteriormente, para hacer parangón del nazihitlerismo con lo que ocurre en Venezuela. Qué existe una fuerte carga fascista en la gestualidad, el discurso, la simbología y muchas de las acciones de este gobierno, es innegable. Basta con leer un poco de la historia del surgimiento del nazismo en la Alemania de los años 30, para encontrar similitudes. Y no pueden negarse las que existen entre la toma absoluta del poder y las leyes promulgadas por los nazis, después del incendio del Reichstag, con las acciones supuestamente anticonspirativas del gobierno de Chávez. Al final todos los autoritarismos tienen puntos de coincidencia: Stalin, teóricamente al extremo opuesto de Hitler, cometió crímenes que costaron la vida a veinte millones de seres humanos en la Unión Soviética. Pero igualar a esos monstruos con Chávez es un exabrupto. La historia puede repetirse pero nunca de igual manera, y si algo enseña es que cada capítulo tenebroso debe ser recordado en toda su dimensión para que no ocurra nada siquiera similar.





# «El olvido es abandono»

Jacqueline Goldberg



**E**l nombre del filósofo Manuel Reyes Mate (Tierra Pinares, Valladolid, 1942) cruza los intereses bibliográficos de no pocos estudiosos venezolanos desde hace largo tiempo. Pero para los interesados en la temática del Holocausto sus aportes han resultado un hallazgo ya imprescindible. El autor es actualmente jefe del departamento de Filosofía Práctica del Instituto de Filosofía (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España), desde donde conduce la línea investigativa titulada «La filosofía después del Holocausto».

Reyes Mate -también miembro del Conseil Scientifique del Collège International de Philosophie, de París- confiesa que en el momento en que comenzó a interesarse en las repercusiones de Auschwitz y el Holocausto no tenía ninguna relación personal con el mundo judío. Su interés fue meramente intelectual, nacido por y desde los libros: «Tiene mucho que ver con mi formación alemana, que hice en torno a la generación no judía de la Escuela de Fráncfort, como Habermas. Y fue el desasosiego que me producía esa filosofía lo que me llevó a remontarme hasta la primera Escuela de Fráncfort, en la que me encontré con Theodor Adorno y Walter Benjamin. Y tratando de entender lo que significó ese primer grupo de intelectuales, tan perspicaces en la comprensión de la crisis de Europa y de la modernidad, fue como llegué hasta otros autores que me ayudaron a descubrir que hay un punto que divide el pensamiento, con el que uno tiene que confrontarse: Auschwitz».

**-¿La exigencia del trabajo intelectual se mezcló con alguna indagación vital?**

-Tardé mucho en conocer judíos. Fue al principio un trabajo muy literario, muy de libros. Por mi cuenta, siendo estudiante en Alemania, fui al campo de concentración de Dachau y pensé que aquello no significaba mucho para mí, pero sin darme cuenta eso condicionó, de una manera casi inconsciente, el futuro de mi propia investigación intelectual. Después fui conociendo poco a poco el mundo judío, conocí judíos españoles, franceses, italianos. En un momento determinado me di cuenta de que en España no había una cultura del Holocausto y que había que crearla. Nadie sabía lo que era esto. Y desde luego en la academia había un total desinterés, el tema no pintaba absolutamente nada.

**-¿Sintió alguna vez que era rechazado por abordar este tema?**

-Más que rechazo, diría que una indiferencia rayana con el desprecio. Irrelevancia. Recuerdo que cuando propuse a la revista Isegoría del Instituto de Filosofía hace unos cinco años dedicar un número a Auschwitz, la mayoría de los miembros del Consejo de Redacción dijeron que no era un tema serio. Accedieron, sin embargo, a que se planteara un número sobre el tema del mal. Yo les decía que ya no se puede hablar de un mal metafísico sino de un mal histórico. Tuvimos a partir de ahí una serie de debates muy intensos y se hizo un número de la revista. Costó muchísimo. Luego la sorpresa fue que ese número se agotó en dos meses, fue el número más exitoso. Luego se publicó en forma de libro por la Editorial Río Piedra y también se agotó.

**-Ahora el tema se ha vuelto más bien una moda, las minorías siempre son un asunto fructífero**

-Ése es el peligro. En Europa estamos en un momento en el que no solamente Auschwitz sino la memoria es importante. En España, desde hace unos cuatro años, hay un interés enorme por lo que olvidó la transición política española, que es precisamente su pasado republicano, la Guerra Civil. Esa transición se hizo bajo el signo de un olvido muy consciente, pues los dirigentes políticos pensaban que para que se produjera la reconciliación era importante el olvido. Y se echó al olvido todo el pasado. Pero ese pasado ahora vuelve debido a la generación de los nietos. Ese es un fenómeno a analizar. Son los nietos los que quieren saber, pues los hijos de los protagonistas sabían y callaban; los padres querían hablar pero no se les escuchaba. Y son los nietos los que están interesados en saber. De ahí que se han creado en España muchas asociaciones llamadas «de la memoria histórica» y que tratan de descubrir fosas comunes, campos de concentración, esa posguerra de la que nunca se hablaba y que fue peor que la propia guerra. Ese fenómeno de la memoria tiene que ver mucho con Auschwitz, pues esos grupos nos llaman al Instituto por haber tenido la posibilidad de apropiarnos, elaborar y contribuir a dar contenido a la memoria. Se está produciendo una revitalización de la memoria por ese fenómeno de las nuevas generaciones y eso explica en parte el interés que existe hoy por Auschwitz. De lo que estoy seguro es de que, si no damos un contenido sólido a la memoria, esto será una moda.

**-¿Ha observado eso mismo en las segundas generaciones de sobrevivientes del Holocausto?**

-En lo que respecta a Europa la explicación es un poco diferente. No sé si este fenómeno de los nietos ha tenido algún papel en las comunidades judías. Pero lo que es claro es que Europa no quiso escuchar en un primer momento. Así lo indica la historia de Primo Levi, quien escribió un libro y le costó encontrar un editor, luego el libro no se vendía, a nadie le interesaba y tuvieron que pasar dieciocho años antes de volverse lectura. Esa falta de interés tiene mucho que ver con lo fastidioso que es la memoria para el resto de la sociedad.

**-También hay excesos de memoria...**

-En Europa el interés por Auschwitz aparece a finales de los años setenta y no fue por una operación muy honrosa: fue la serie televisiva «Holocausto» la que de repente llevó a la sensibilidad de la gente un problema que no sospechaban. Y eso activó mecanismos de preocupación y de investigación. Mirando las cosas bajo la lupa de la Historia de la Cultura diría que la aparición de la memoria es muy reciente.

**-¿En qué momento puede llegar a banalizarse la memoria?**

-Puede ocurrir en cualquier momento si no empezamos a decir en qué consiste la memoria, en qué consiste recordar. Hay un hecho que es sintomático: cuando Adorno dice que después de Auschwitz hay un nuevo imperativo categórico, todo el mundo lo traduce como que hay que recordar Auschwitz para que la barbarie no se repita. Pero él no dice eso. Y el que se sustituyan sus palabras por esta simplificación ya es también sintomático. Es decir, no hay que recordar Auschwitz, hay que reorientar el pensamiento y la acción para que Auschwitz no se repita, lo que significa repensar el concepto de verdad, de realidad, de política, de moral, de estética. Entrar en eso nos obliga a dar respuestas absolutamente nuevas a la moral. Asimismo, pensar la política desde Auschwitz significa cargar a la política del concepto de deuda y de duelo. Y eso está por hacerse. ¿Es lo mismo un lugar geográfico con víctimas que sin ellas? ¿Cómo afecta una historia a la estructura ontológica de la realidad? Éstas son las preguntas que dan contenido a la memoria y que impiden que eso se convierta en una moda, porque sino esto es un juego de artificios

**-¿Recordar Auschwitz hoy pudiera convertirse en arma política contra el antisemitismo reinante?**

-En Europa, el antisemitismo está latente porque no se ha elaborado la significación de Auschwitz. Creo que el mayor peligro del antisemitismo no son los grupos minoritarios de cabezas rapadas, lo peor es cuando el antisemitismo viene envuelto en valores respetables.

**-¿Cómo cuáles?**

-El progreso. Benjamin decía en una de sus tesis que nada ha favorecido tanto al fascismo como presentarle como lo opuesto al progreso. Concebimos el progreso como una conquista técnica o científica de metas a costa del hombre. Es la misma lógica del fascismo, que sacrifica el pueblo por una idea. Si el antisemitismo tomó aquellas proporciones en el siglo XX no fue sólo porque contara con el odio de los nazis, sino porque encontró el caldo de cultivo de la indiferencia o de la complejidad en amplios sectores de la población

**-¿El de ahora es un neonazismo o es el mismo de antes?**

-Creo que no existe un neonazismo sino un neorracismo. Claro que hay un neonazismo elemental, pero hay, sobre todo, una xenofobia, una sobrevaloración de la propia raza y un desprecio de la del otro, que es evidente y que toma unas formas muy distintas a las de antes. Ahora toma las formas de la emigración pobre y eso provoca en las sociedades europeas un rechazo al que llega. La forma en la que puede cabalgar un neofascismo del futuro es la xenofobia.

**-Que en España está muy afincada...**

-España es un país autoengañado en ese sentido. Hace cuatro o cinco años, cuando el fenómeno de la inmigración era muy incipiente, se decía que en España no había xenofobia, que eso era cosa de los franceses. No había extranjeros, pero cuando empezaron a llegar -como en España no ha habido una educación de la tolerancia- afloró la xenofobia por todos lados. Y a veces aparecen los intelectuales peligrosamente falsos que dicen que tenemos un pasado de tolerancia y se recuerda la España de las tres culturas medievales, olvidando que la España moderna es la negación de esas tres culturas porque se construye sobre la expulsión de los judíos y luego de los moriscos.

**-Usted visitó los campos polacos y escribió sobre eso...**

-Pues tuve la suerte de hacer ese viaje en el verano del 2002 acompañado por dos o tres excelentes historiadores y eso permitía comprender algunas cosas. La primera impresión fue la de que no todo se puede aprender en los libros. Hay un conocimiento que transmite el lugar, el espacio, y no el libro. Y lo que yo vi en esos espacios me permitió entender lo que significa olvido, según los términos del abandono. El campo de Belzec fue el que más me impresionó: son unas

hectáreas en las que se exterminó en nueve meses a medio millón de judíos y luego se acabó el campo. Éste está junto al pueblo, y hoy es un prado verde donde no había en el momento en que yo fui ni un solo signo de que aquello fuera algo distinto a una pradera. Sin embargo, un historiador británico que llevaba veinte años investigando en el lugar nos explicaba que el que no naciera hierba en cierto lugar se debía a que la tierra se había mezclado con la grasa humana. Esa especie de traducción física de un acontecimiento histórico es la lección que recibí. A la vez, vi cómo las nuevas generaciones van allí a hacer picnic, a andar en bicicleta. Es el olvido como abandono. Por eso la importancia que tiene la palabra del testigo para que ese campo deje de ser una pradera e incorpore a su realidad la historia del campo y de las cámaras de gas que hubo allí. También estuve en Majdanek. El campo está como estaba, con sus barracones, sus letrinas, no hay ninguna reconstrucción. Estuvimos asimismo en Auschwitz y el historiador con el que íbamos, un italiano, nos propuso no hacer el camino de los turistas, sino el del exterminio. Entonces fuimos a Birkenau, empezamos por la famosa rampa, que está totalmente abandonada y de la que se roban los rieles para venderlos como chatarra. Están los barracones deteriorados. Allí no va el turista, pero tampoco hay quien proteja el lugar. Ahí el abandono es total y nos toca revisar las políticas de la memoria: para la autoridad polaca no existe la memoria de la tragedia judía sino la de la polaca. La elocuencia de la palabra olvido es enorme allí porque, repito, el olvido se traduce como abandono, que es un concepto eminentemente geográfico, material. Es ver cómo esas barracas que deberían ser museo se están destruyendo. Es ver cómo la casita que fue la primera cámara de gas del campo está habitada por una familia.

**-¿Qué ocurrió en usted a la vuelta de esos campos?**

-Ocurrió una toma de conciencia de la modestia de nuestro trabajo de investigación y de que realmente lo más importante de Auschwitz es escuchar, es captar.



**-¿Y su conclusión actual sobre el Holocausto?**

-Para ello me gusta tomar prestado una reflexión de Adorno en su Dialéctica negativa, en cuyo último capítulo dice que la lección de Auschwitz es el convencimiento de que el sufrimiento es la condición de toda verdad. No podemos ya hacer un planteamiento de convivencia, sea a nivel político o moral, sin tener en cuenta lo que significa el sufrimiento. No podemos permitirnos ningún proyecto a costa del sufrimiento. El sufrimiento no es un costo adicional, un elemento marginal, tiene que ser el punto de partida de nuevas formas de vida. Y si en algún momento frivlizamos el sufrimiento del ser más ínfimo estamos abonando el camino para la banalización del mal, del que hablaría Hannah Arendt. Es lo que voy sacando en limpio de estos años de estudio.

# YOM HASHOÁ 2005

## POR LOS NIÑOS

# SHOÁ

\* En el marco de la conmemoración de los 60 años de la liberación de Auschwitz, la Asamblea Nacional resolvió enviar una declaración de repudio por el genocidio judío durante la II Guerra Mundial y condenó toda manifestación de odio antisemita.

Con un énfasis especial por el millón y medio de niños asesinados en el Holocausto, se conmemoró en la sede de la Unión Israelita de Caracas el Yom Hashoá, dentro del marco del año en el que se recuerda el sexagésimo aniversario de la liberación del campo de concentración de Auschwitz.

En su intervención en el acto, el embajador de Israel en Venezuela, Shlomo Cohén, resaltó el hecho de que las víctimas del Holocausto fueron básicamente judías y esta catástrofe se produjo como resultado del «nivel más alto de anitjudaísmo, que llevó a hombres, mujeres y niños a los campos de la muerte».

El acto, organizado por el Comité Venezolano de Yad Vashem y la Confederación de Asociaciones Israelita de Venezuela (CAIV), contó igualmente con la presencia de David Bittán, para la fecha presidente encargado de esta organización techo, quien dijo: «La Humanidad no ha podido justificar su corresponsabilidad en la masacre, por la omisión, en el socorro, defensa o reclamo que lo hace partícipe en el mismo grado que los propios autores, porque el programa de aniquilamiento adelantado por el régimen de Adolf Hitler, se conocía en todos los rincones del planeta».

Bittán aseguró que como consecuencia del silencio mundial, después de la guerra se producen importantes decisiones en el mundo como lo son el reconocimiento -por parte del Estado alemán- de las barbaries cometidas por sus nacionales en el pasado, la aceptación de la historia en la forma como sucedieron realmente los hechos, el perdón solicitado por la Iglesia en su conducta pasiva y complaciente en muchas ocasiones, la indemnización a las víctimas por diferentes gobiernos, y la reunión de los líderes de 47 países en Estocolmo para conmemorar la liberación de los campos de exterminio de Auschwitz y Birkenau.

Bittán recordó que la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela emitió, el 27 de enero de 2005, una declaración en la que ese cuerpo parlamentario reconoce y rechaza el genocidio ocurrido en Alemania, conque condena abiertamente toda manifestación discriminatoria en el mundo.

El presidente del Comité Venezolano de Yad Vashem, David Yisrael, tomó la palabra y sentenció: «Tomó sesenta años desde que los aliados liberaron a Auschwitz, para que por fin llegaran los presidentes de Rusia y Alemania -es decir, el liberador y el derrotado- y se pararan frente a las cámaras de gas y los hornos crematorios de Birkenau. Pasaron seis décadas para que esto sucediera allí donde quemaron a casi dos millones

de seres humanos inocentes: niños, mujeres, ancianos, y entre ellos a mi hermanita Eva, de diez años, a mi querida madre de 36, así como a 70 familiares más entre abuelos, tíos y primos».

Yisrael recordó en su alocución que aproximadamente seiscientos mil judíos húngaros los que perecieron allí en apenas seis semanas de 1944, todo con la supervisión de Eichmann y con la colaboración del gobierno pronazi de Budapest.

## LA CHICA DE LAS MEDIAS DE PAPEL

Como parte de la recordación, Annie Walg de Reinfeld, sobreviviente y colaboradora estrecha del Comité Venezolano de Yad Vashem, presentó su testimonio. De una forma magistralmente resumida, esta mujer contó cómo una niña holandesa se transformó, en el curso de la guerra, en un «animalito» que apenas sobrevivió con un vestido de verano, un pañuelo que le tapaba la cabeza rapada y unas tiras de papel con las que se envolvía las piernas, para soportar el duro invierno de 1945 en la zona de Auschwitz y Märzdorf, en la Alta Silesia.

«Hacia el final de la guerra me sentía cada vez más débil y no faltó mucho para que no sobreviviera. Las costuras de mi único vestido estaban llenas de piojos, el remedio era matarlos y seguir trabajando. Las camas literas estaban llenas de chinches, hasta un nido de ratoncitos encontré una vez debajo de mi colchoneta», contó Annie a los asistentes, entre quienes había jóvenes del colegio, padres, sobrevivientes y sus familiares, y la gente comprometida con el tema de la Shoá y de la lucha contra la discriminación.

Tras el testimonio de Annie, un grupo de jóvenes estudiantes del sistema educativo comunitario judío interpretó varias canciones y declamó algunos poemas alusivos al tema, para luego cederles el puesto a los sobrevivientes que este año encendieron las seis velas que representan a los millones de asesinados en este capítulo de la historia: Quienes tuvieron el honor de participar fueron Edith Fischmann, Oscar Gross, Clara Rodán, Eduardo Frieder y Elena Hirschl. La sexta vela fue encendida por el embajador de Israel, como símbolo de la esperanza para que no se repita otro genocidio contra un pueblo, sólo por el hecho de existir.



A la izquierda, Eduardo Frieder. Abajo, los alumnos del colegio comunitario y la señora Goldie Greenfield.





DESDE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO

# PEDAGOGÍA Y HOLOCAUSTO: el reto por asumir

*Carlos de Armas*



Tras 11 años de camino recorrido, la cátedra de Judaísmo Contemporáneo y estudio de la Shoá “Zygmunt y Anna Rotter”, de la UCAB, el vivo compromiso de continuar abriendo espacios para el encuentro, el conocimiento, la comprensión y la tolerancia se acrecienta y demanda asumir nuevos retos. No podemos dejar descansar a la frágil memoria humana, recordar es imperativo y fundamental para la acción.

**12**

La Shoá nos mostró en pleno siglo XX el rostro más cruel de la humanidad. Su irrupción en nuestra historia lo trastocó todo e indudablemente creó un antes y después que, como un dramático hito, divide todo intento reflexivo para comprender los derroteros de la humanidad. Es por ello que nace la necesidad de irrumpir en la escuela de Educación de la UCAB para crear un espacio nuevo, que permita la reflexión pero que a su vez genere una experiencia práctica para asumir la formación de formadores a la luz de la experiencia de la Shoá. Es el futuro educador de las nuevas generaciones a quien le corresponderá la tarea de formar para la tolerancia, para evitar el olvido, para que esta tragedia humana nunca más se repita. En este punto nos encontramos dándole forma a este proyecto.

La conmemoración de los 60 años transcurridos del fin del horror fue un elemento muy importante e impregnó el plan de actividades que la cátedra impulsó durante el curso 2004-05. El 24 de enero de 2005 dimos inicio a la conmemoración del 60 aniversario de la liberación del campo de Auschwitz, en esa oportunidad el profesor Reyes Mate dictó una conferencia y también inauguramos una primera muestra de afiches conmemorativos realizados por alumnos de la escuela de Comunicación Social. Con el lema de «Nunca jamás» se pudo observar y valorar la calidad del trabajo, la fuerza del mensaje, la seriedad con la que estos jóvenes asumieron este trabajo; fue un momento verdaderamente impactante. Luego esta exhibición fue presentada también en los espacios de la Universidad Metropolitana.

Durante este curso se dictaron dos seminarios de Judaísmo Contemporáneo, como parte del plan de estudio de los futuros comunicadores sociales. Un total de 43 participantes, en su mayoría gentiles, cursaron las dieciséis semanas de duración que tuvo cada uno de ellos. Se debe destacar que esta materia es electiva, así que los alumnos la seleccionaron para satisfacer su interés de profundizar en los temas que contempla el curso.

Realizamos un segundo séder ecuménico de Pésaj, como una forma de acercarnos a las vivencias de la comunidad. Estuvo presidido por el rabino Elías Bittán, y es de resaltar entre los asistentes la presencia del párroco de la UCAB, Rafael Baquedano, quienes en compañía de 48 personas más de nuestra comunidad universitaria, vivieron el sentido de la celebración pascual.

No podía faltar la conmemoración de Yom HaShoá, actividad central en la que la comunidad ucabista rindió tributo a las víctimas del Holocausto. Se contó con el testimonio del español Eusebi Pérez, sobreviviente de Mauthausen. Se encendieron se velas, el Rabino Aarón Ribko recitó el kadish, y nuestro párroco elevó una muy sentida plegaria en recuerdo de las personas aniquiladas por la maquinaria nazi.

Tuvimos el honor de recibir en nuestros espacios al profesor Eliahu Tóker, quién disertó sobre el humor judío. Igualmente recibimos con interés y agrado a unos representantes de la Organización Sionista Mundial que respondieron a las inquietudes de los miembros de nuestra comunidad en relación a la situación actual del conflicto del cercano oriente y la situación del Estado de Israel.

Para no hacer esta oportunidad de encuentro una larga lista de actividades, quiero cerrar comentando el creciente interés de los jóvenes ucabistas por conocer y aproximarse a la comunidad judía local. Esto lo demuestra la participación de grupos de estudiantes en diversas actividades como el acto central de conmemoración de los 60 años de la liberación de Auschwitz, donde nuestro Rector, padre Luis Ugalde, encendió una de las velas; el acto de Kristallnacht, la presentación de la ópera Brundibar; y el monólogo sobre la vida de Primo Levi. Además de los trabajos de grado sobre temas judaicos que se desarrollan en las escuelas de Letras y Comunicación Social.

La Universidad Católica Andrés Bello mantiene sus puertas abiertas y ofrece su brazo para trabajar en la lucha por evitar el olvido. Cultivar la memoria, mantener encendida la vela del recuerdo es nuestro mayor homenaje a las víctimas de la Shoá y nuestro mayor propósito de lucha para que nunca más la barbarie tome las riendas del destino humano.

La Cátedra de Judaísmo Contemporáneo y Estudio de la Shoá «Zygmunt y Anna Rotter» es un valioso don que esta abierto a la construcción de puentes que nos encaminen a la creación de un mundo lleno de tolerancia y hermandad.

# Tres jóvenes: MIRADAS AL DOLOR

En su quinta edición, el certamen sobre el Holocausto «Eva Jaya Yisrael», que organiza la cátedra de Historia Hebrea del Liceo Hebraica, a cargo de Jana Róvner y Ruth Scher, con la dirección del rabino Eliahu Bittán, logró convocar 150 muchachos de octavo año, de los cuales resultaron premiados los estudiantes Daniel Weininger, Mónica Lustgarten y Erick Scher.

El resultado se obtuvo después de tres rondas eliminatorias, que incluía dos exámenes y un interrogatorio en el salón de actos del liceo, ante un jurado externo compuesto por Marianne Béker, Ronit Weinberg, Carlos de Armas, Henry Serfaty -presidente del Sistema Educativo Comunitario- y David Yisrael, presidente del Comité Venezolano de Yad Vashem, promotor del concurso.

«Con este certamen se planta una semillita para que los chicos estudien, se informen, investiguen y puedan transmitir lo aprendido a los que no sepan nada del tema, como sus amigos gentiles, y para refutarles a quienes nieguen la existencia del Holocausto», afirmó Jana Róvner.

El concurso se realiza por etapas: en la primera se aplica un examen y quienes tengan notas de 19 ó 20 puntos pasan a presentar otro, del que se extraen los que van para el interrogatorio final, basado en un cuestionario de sesenta preguntas que deben preparar los seleccionados. Los ganadores reciben un cheque que les sirve para financiar el viaje de fin de curso a Israel que el Liceo Hebraica programa como compleción de la educación judaica que imparte.

A través de este certamen, los jóvenes liceístas se acercan al tema del Holocausto. De 150 que participaron este año, los tres ganadores resultaron ser Daniel Weininger, Mónica Lustgarten y Erick Scher.



Daniel Weininger, Jana Róvner, Mónica Lustgarten, Ruth Scher y Erick Scher.

## DANIEL WEININGER

### el llanto de los niños



Una de las cosas que a Daniel Weinger más le llamó la atención de las cosas que aprendió en la preparación de este certamen o jidón, como normalmente se le conoce en el Liceo, fue el énfasis con que los nazis aplicaron las leyes raciales y las persecuciones contra los niños. «Me conmovió la forma como los alemanes eliminaron los orfanatos y los llamados Kindertransporten [trenes

especiales para llevarse a los menores]», dice Daniel, quien agrega que le molestaba pensar que esos niños llorosos iban en esos transportes ante la total indiferencia de los demás países.

Daniel, quien ocupó el primer lugar del jidón, recuerda que su propia abuela, Sofia Modolec de Weinger, tuvo la mala suerte de estar en Cernauti, en Besarabia -para entonces Rumania y hoy Ucrania- y formar parte de las masas judías que fueron movilizadas a distintos campos de concentración.

«Yo creo que es una ofensa decir que los judíos murieron al igual que los 40 millones de víctimas de la II Guerra Mundial. Eso es como negar lo que pasó y cómo pasó... Para mí lo más importante son los detalles de cómo pasó. En los documentos se muestra el Holocausto con datos pero nunca muestran el sentimiento humano. El diario de Ana Frank es un testimonio que la hacen más real lo que pasó la gente».

## 14 MÓNICA LUSTGARTEN

### un jardín entre púas

El interés de Mónica, segundo lugar en el jidón, le viene de familia, pues su abuelo y su madre son activistas en la difusión del tema de la Shoá. De hecho, Mónica escribió un ensayo sobre la influencia del Holocausto en los descendientes de los sobrevivientes, que fue calificado de sobresaliente en el instituto norteamericano donde lo presentó, y con su familia fue a visitar el campo de Sachsenhausen, en Alemania. «Me pregunto cómo un ser humano pudo tratar a los demás como si fueran menos y que por tal razón les causaron tanto mal».

Para Mónica la única forma de evitar la desinformación con respecto al Holocausto, que lleva a la negación o a la descalificación de los hechos, es la educación. «A quienes niegan la Shoá yo les diría que lean, que visiten los campos, pues allí están las pruebas, y que se pongan en nuestros zapatos».

Mónica cree que el Holocausto continúa persiguiendo no sólo a los sobrevivientes sino también a sus hijos y nietos, con efectos tan diversos

como la compulsión en el comer inducida por unos padres o abuelos que pasaron mucha hambre en los campos; y la baja autoestima en el caso de quienes recibieron nombres de sus hermanos asesinados en la Shoá, ante la constante comparación con los difuntos, por citar unos casos extraídos del ensayo que escribió a sus maestros en un seminario al que asistió en Estados Unidos en 2004 a la edad de trece años.



## ERICK SCHER

### la triste canción del olvido

Contra la desmemoria se pronuncia Erick Scher, tercer lugar del certamen, al señalar que le preocupa cómo algunos de sus propios compañeros toman a la ligera el tema del Holocausto, mientras en la calle hay quienes niegan los hechos. «A mis compañeros [del liceo] les pido que se fijen bien, que viajen a Yad Vashem en Jerusalén. Ahí hay un kilómetro de pruebas y hay que recorrerlo... Y que estudien este tema [el de la Shoá] para que no hablen sin saber».

Para Erick lo más llamativo de todo fue la forma como se portaron los judíos durante el Holocausto, de cómo eran perseguidos y de cómo el origen étnico podía poner en peligro la vida de las personas.

«Yo a veces veo los documentales que pasan por The History Channel, y allí hablan de estadísticas, del aspecto científico, pero no de las personas. Yo siempre supe de los 6 millones de muertos, pero no de los campos ni de quiénes fueron los responsables», dice Erick, cuya maestra agrega a este comentario que a los muchachos del liceo les causó una gran impresión el hecho de hubiera judíos que se vieron forzados a hacer cumplir las leyes de los nazis, como los miembros de los Judenräten -consejos judíos implantados por los alemanes para controlar a la población de los guetos-, a lo que la morá contesta: «Yo siempre les digo a los chicos "nunca digan 'yo habría hecho esto o aquello si hubiera estado allí" porque cada persona tuvo sus propias razones para actuar como lo hizo y hay que estar en ese momento para saber qué se puede hacer».





# Kristallnacht

## 67 AÑOS y una nueva amenaza

**E**n el inusitado contexto en el que el presidente de un país como Irán pide que se borre a Israel del mapa, la comunidad judía de Caracas recordó el sexagésimo séptimo aniversario de la Kristallnacht, noche de los cristales rotos, suceso que marcó el inicio de la tragedia del Holocausto y que le dio carácter oficial al odio, tal como parece pretender el propio Ajmadineyad al hacer este tipo de llamado.

El evento estuvo organizado conjuntamente por el Comité Venezolano de Yad Vashem, B'nai B'rith, la Comisión de Cultura de la UIC y WIZO de Venezuela. Entre el numeroso público que colmó la sala, estuvo presente el embajador de Israel en Venezuela, Shlomo Cohén, además del liderazgo comunitario, profesores y estudiantes universitarios, periodistas y un elevado número de jóvenes comprometidos con la continuidad de Am Israel.

Al iniciarse el acto, estaban prendidas 91 velas en recuerdo de esas primeras víctimas que cayeron a manos de los nazis, quienes entre la noche del 9 de noviembre y la madrugada del 10, de 1938, le dejaron claro al mundo cuál era su intención con los judíos de Alemania y del resto de Europa.

En compañía del embajador Cohén, se encendieron seis velas del recuerdo. Los encargados fueron los señores Max Deutsch, Erwin Sénsel, Hans Wólferman y Madeleine Almaleh, todos sobrevivientes de Kristallnacht y la Shoá. Por las nuevas generaciones, también encendieron velas los alumnos David Weinger, Mónica Lustgarten y Erick Scher, ganadores del Concurso sobre la Shoá Eva Jaya Yisrael, realizado en el liceo Moral y Luces.

El director ejecutivo del Distrito XXIII de B'nai B'rith Internacional, Alberto Jabiles, fungió de maestro de ceremonias y evocó la memoria de Simón Wiesenthal, fallecido hacía poco, quien pasó los últimos sesenta años de su vida buscando llevar a juicio a los criminales de guerra que aniquilaron a una tercera parte del pueblo judío. Jabiles puso de manifiesto que Wiesenthal, la conciencia del Holocausto -como una vez lo llamara Elie Wiesel-, actuó siempre por justicia y jamás por venganza, convirtiéndose en una leyenda viviente para el resto de la Humanidad.

Al momento de los discursos, el embajador Cohén y Freddy Pressner, presidente de CAIV, condenaron las declaraciones emitidas por Mahmud Ajmadineyad. Ambos expositores coincidieron en que la existencia del Estado de Israel es una garantía para la continuidad de la vida judía, y que su permanencia evitará que se repitan tragedias como las vividas hace 67 años.

Tras el poema de Aarón Zeitlin, *Nombres de niños judíos*, recitado emotivamente -en yídish y español- por las alumnas Nicole Brener y Simonette Rosemberg, el cantante Pedro Stern interpretó *Rajem*, acompañado en el piano por Alberto Pilo. *Rajem* es una invocación a la piedad de Dios sobre el pueblo de Israel, sobre la ciudad de Jerusalén,

sobre el monte donde estaba ubicado el Beit Hamikdash y sobre el Reino de David.

Finalmente, el poeta judeoargentino Eliahu Tóker habló ante la audiencia, disertando sobre el tema La resistencia espiritual judía durante la Shoá.

Una vez concluida la intervención del poeta Tóker, los rabinos Aarón Ribco, Iona Blickstein y Moshe Perman entonaron *Yizkor*, *El Maalé Rajamim* y el salmo XXIII. Antes de recitar el kadish, en compañía de toda la concurrencia, David Yisrael, presidente del Comité Venezolano de Yad Vashem, leyó las siguientes palabras, que describieron los sentimientos que esa noche estaban presentes en cada uno de los presentes:

«Hoy digo kadish por los Einsteins que fueron exterminados.

»Hoy digo kadish por los Freuds que fueron aniquilados.

»Hoy digo kadish por los rashei yeshivá cuyas voces fueron mutiladas.

»Hoy digo kadish por los bajurei yeshivá que fueron al Kidush HaShem (martirio por la santificación del nombre de Di-os) con el Shemá Israel en los labios.

»Hoy digo kadish por los profesionales y humanistas que habrían enriquecido con su sabiduría al mundo y habrían aliviado los males de la Humanidad, pero fueron extirpados de las entrañas de nuestro pueblo.

»Hoy digo kadish por los hombres, mujeres y niños que no pudieron ver la luz de Israel y la gloria de Jerusalén».

**Dirección Ejecutiva de BB / NMI / Revista Recuerda** rvkz



REFLEXIONES A PROPÓSITO DE KRISTALLNACHT

# La resistencia espiritual durante la SHOÁ

Eliahu Tóker

**E**xiste mucha enseñanza a extraer todavía de lo sucedido ayer nomás, en el curso de la vida de muchos de nosotros, en los años treinta y cuarenta del siglo XX, en determinada parte de Europa, infectada a sabiendas con el virus socioeducativo del desprecio al otro, infección todavía escandalosamente activa en ciertas partes del mundo, y que en aquel entonces se expandió por determinados países agravándose rápidamente en una siniestra secuencia programada.

Los involuntarios «protagonistas estrella» de esa secuencia en cascada, hecha de desprecio, humillación, deshumanización y destrucción, fueron los judíos. ¿Cómo reaccionaron esos judíos sometidos, antes de ser asesinados físicamente, a una planificada demolición espiritual, a un humillante arreo a apretados corrales urbanos o rurales, eufemísticamente llamados guetos y campos de concentración, y sometidos a la sistemática negación de su humanidad, incluyendo a menudo el reemplazo de sus nombres por números tatuados a fuego sobre la carne, como vacas? ¿Qué hicieron esos judíos condenados a la degradación, a la deshumanización?

Terminada la guerra quedó acuñada en el imaginario general la escalofriante imagen de una muchedumbre seis veces millonaria de judíos marchando pasivamente hacia la muerte, marcha apenas contrapesada por un más que mínimo puñado de combatientes, alzado en armas en algunos guetos. Y en el medio NADA; imaginario que mostraba unos pocos centenares de muchachos y chicas excepcionales que habían asumido solitariamente la resistencia armada frente a una masiva sumisión y resignación. Pero se trata de una visión simplista y maniquea de procesos muy complejos de los que participaron dramáticamente millones de personas diferentes a lo largo de más de un decenio y a lo ancho de casi un continente entero.

Lo que me interesa es aportar otra visión. Dejar sentado que, amén de los heroicos actos de resistencia armada, hubo una sostenida resistencia espiritual judía, un heroísmo sencillo y silencioso que la gran historia no registra, un heroísmo del que se habla y conoce muy poco, y que fue protagonizado por gente que, sin proponérselo, nos dejó enseñanzas que deberían pasar a formar parte de los programas educativos.

■ De qué hablo cuando me refiero a resistencia espiritual judía? De los miles de maestros que arriesgaron la vida organizando escuelas clandestinas en los guetos, formando coros y montando a escondidas representaciones teatrales con los chicos; hablo de los periodistas que escribían e imprimían periódicos prohibidos, alentando a los judíos a no perder el respeto por sí mismos en medio de la miseria y la degradación planificadas; hablo de los muchachos y chicas que distribuían esos



Niños en el jéder del gueto de Varsovia.

periódicos a sabiendas que si equivocaban la mano en la que lo ponían no habría un segundo error; de los bibliotecarios que llevaban libros prohibidos de casa en casa para que su ideología no muriese de inanición; hablo de los artistas plásticos y fotógrafos que, a escondidas, daban testimonio con su lápiz, con su pincel, con su prohibidísima cámara; hablo de los historiadores que juntaban documento a documento y los enterraban luego en cajas herméticas sabiendo que su único futuro era esa memoria que daría testimonio por ellos; hablo de los trovadores que improvisaban en cualquier esquina un auditorio para versos y canciones de angustia o rebeldía; hablo de los actores que levantaban teatros clandestinos o montaban públicamente revistas musicales, repletas de guiños cómplices para un auditorio necesitado de una mirada irónica a costa de un enemigo, a todas luces invencible; de los poetas que transformaban la pesadilla en versos de una hermosura aterradora; de todos aquellos que, sumidos en una atmósfera degradante, deshumanizadora, lucharon para sobrevivir dignamente a pesar del designio nazi, y sin perder el rostro humano, sin dejar de ser solidarios con el otro, conservando libre su espíritu y su creatividad en medio de la opresión.

Quisiera brindar algunos ejemplos: El tema de la memoria. Cuentan que el historiador Simón Dubnov, mientras era llevado por las calles del gueto de Riga a la muerte, gritaba: «Idn, farguest nit, idn, dertseilt, idn, farshraibt. (Judíos, no olviden; judíos, cuenten; judíos, anoten)».

Por aquel entonces, en el gueto de Varsovia, otro historiador, Emanuel Ringelblum, creador del mayor archivo clandestino, diseñaba desde su oculto instituto una investigación basada en entrevistas a medio centenar de personas representativas de los diversos círculos y capas sociales del gueto: escritores, científicos, músicos, artistas, miembros de los comités de ayuda, y también judíos comunes, obreros, artesanos, comerciantes y otros. La investigación tenía por título «¿Qué experiencia podemos extraer de estos dos años y medio de guerra?» Escuchen algunas de las preguntas planteadas: «¿Qué aspectos sombríos de la vida considera que emergieron en este período? ¿Cuáles son a su juicio los principales aspectos de nuestras vidas que la guerra sacó a la superficie? ¿Qué cree podemos esperar del futuro? ¿Qué soluciones considera pueden esperarse para la cuestión judía y qué soluciones para la cuestión de Éretz Israel? ¿Cree que puede haber alguna solución para

esta pesadilla de un mundo civilizado empapado de un bestial antisemitismo? Y, lo más importante, basado en nuestra experiencia de dos años y medio de guerra, ¿cómo considera que debemos encararla en nuestra tarea de difusión y cómo debemos educar a la juventud?» ...Y seguían las preguntas. Esta conmovedora investigación emprendida en el gueto de Varsovia mientras sus habitantes eran diezmos, se vio frustrada finalmente por las grandes deportaciones masivas de julio de ese año, 1942, y sólo llegaron a nosotros unas pocas respuestas cuando se desenterraron los archivos clandestinos de Rínguelblum. Pero lo que interesa subrayar es la capacidad y el coraje para pensar el futuro de que dio muestra un liderazgo marginal en esas circunstancias absolutamente límites, cortados del mundo e inmersos como estaban en un presente tan trágico y a todas luces sin salida. Y no se trataba del empecinamiento de una sola persona. Precisamente Rínguelblum anotó entre sus papeles: «...Cuando cesó de existir la esperanza de supervivencia personal, (...) una sola empresa siguió teniendo sentido: dejar una huella en la memoria humana. Entonces, coleccionar documentos, escribir memorias y volcar hechos en el papel, se volvió la última línea de resistencia para muchos habitantes del gueto, y lo hacían no sólo intelectuales, periodistas y escritores, sino incluso amas de casa y niños también».

Otro conmovedor ejemplo de resistencia espiritual podría ser el de las escuelas clandestinas. Paie Wápnér Levín cuenta lo siguiente de sus años de maestra en el gueto de Vilna: «La escuela ya está resultando chica. Se abre otra. Cuanto más tiempo pasa más difícil nos resulta creer cómo, sobre el fondo de aniquilaciones, crímenes y brutalidades, pudimos nosotros, los maestros, llevar a cabo esa tarea con los niños del gueto de Vilna, cómo les enseñábamos, cómo nos reíamos y hacíamos reír a los chicos, cómo cantábamos y hacíamos que los chicos cantaran (...) Era un trabajo duro y más aun cuando, al regresar a clase después de una "acción" había muchos claros en los pupitres escolares, faltaban niños. (...) Después de tales "acciones", con nuestro estado de ánimo deprimido, recomenzábamos nuestro trabajo con los alumnos que quedaban».

Resulta admirable y conmovedor comprobar cómo, en aquella situación límite, en ese medio degradante, en todas partes resplandecían la solidaridad, la creatividad, la reflexión, el humor, la denuncia y mil otras formas de una resistencia sencilla y cotidiana. Incluso la poesía: tremenda, desgarrada, pero que mediante la lógica de la palabra, de la musicalidad, del ritmo y de la rima, rescataba a su autor y a su auditorio clandestino, del universo concentracionario, los devolvía a la cordura, a la sensibilidad, a la dimensión humana.

La creación literaria en guetos y campos conforma un capítulo singular en la crónica de la creatividad en ese universo de pesadilla. Todos escribían allí, académicos y analfabetos, maestros y dirigentes

comunitarios, adultos y niños, escritores profesionales y gente que nunca había compuesto una línea en su vida. En los estrechos cuartos de los guetos, en los sótanos, en los búnkeres, en los campos y en los bosques, escribían a escondidas diarios y crónicas testimoniales, pero sobre todo poesía. Más de un millar de esos textos sobrevivieron, dando fe de que decenas de miles deben de haber sucumbido con sus autores.

¿Pero cómo podía la gente en guetos y campos bajo el nazismo, no sólo componer poemas y recitarlos frente a un auditorio improvisado, sino incluso crear humor? Y la pregunta se vuelve sobre sí misma. Era la última frontera de su dignidad y cordura ¿cómo podían NO hacerlo? Me sirve a menudo para explicarlo una frase esclarecedora: «Donde termina la poesía, donde termina el humor, comienza el campo de concentración».

Resumiendo: Evocamos la Shoá, y sólo vemos una noche que envuelve y devora a la judería europea. Pero ésta, envuelta en sombras, fue también una insospechada fuente de luz, de lecciones de dignidad, de respeto a la vida, de resistencia hecha solidaridad y creatividad, de empecinada desobediencia civil y no sometimiento a la opresión. De este singular capítulo podemos aprender que es posible mantener libre el espíritu y activa la creatividad, la sensibilidad, aun confinados en un lager, tal como se puede habitar al aire libre y tener el alma esclavizada por la idolatría de un pensamiento único, de una verdad absoluta, incluso de una que exalte el asesinato del otro e idealice la propia muerte.

El tema es educar hacia la responsabilidad individual, desarrollando el espíritu crítico y fortaleciendo la independencia de criterio, para que cada uno sea capaz de pensar y resolver por su propia cuenta, incluso en circunstancias difíciles. Cuando todos piensan lo mismo es que ninguno piensa. Enseñar que lo más importante es decidir qué hacer frente a una orden recibida; que existe el deber de la desobediencia a órdenes perversas o criminales; que la capacidad de resistencia

y la solidaridad constituyen valores por desarrollar; y que la ética comienza cuando reconozco una esfera de identidad con quien es diferente a mí.

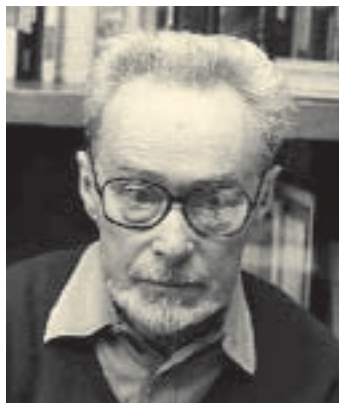
Enseñar a no sacralizar ninguna ideología política, y fortalecer la democracia y el pluralismo en las relaciones sociales; enseñar que no todo lo legal es legítimo y provocar la reflexión acerca de la responsabilidad de cada uno, como individuo, como parte de una organización y de una nación, atento y dispuesto a reaccionar ante las menores violaciones a los derechos y a las libertades de las personas.

Finalmente señalar la importancia de la memoria y de la preservación de la transparencia de las palabras como puertas a la responsabilidad y a la dignidad de las personas.



Eliahu Tóker en la Biblioteca de la Unión Israelita de Caracas. (Foto José Esparragoza)





PRIMO LEVI:

# LA MEMORIA DE AUSCHWITZ

Paúl Lustgarten

**\*Es Primo Levi, sin lugar a dudas el más lúcido y perspicaz observador y narrador de lo que fue ese infierno en la tierra que se llamo Auschwitz.**

Primo Levi, nació en Turín, Italia, en 1919, a una familia judía de origen español. Se graduó de químico en 1941, pese a las leyes raciales de Mussolini, que prohibían a los judíos obtener una educación superior. Trabajó en un laboratorio farmacéutico, hasta 1943, cuando los alemanes invadieron el norte de Italia. El joven se unió a los partisanos que peleaban contra los alemanes. Traicionado, fue entregado a los alemanes, quienes lo deportaron a Auschwitz, en 1944. Permaneció en el campo diez meses hasta que el Ejército Rojo lo liberó el 27 de enero de 1945. Sobrevivió como trabajador en la fábrica de goma sintética de Mónowitz, que formaba parte del campo de trabajo de Auschwitz.

Antes de la liberación cayó enfermo, por lo que los alemanes lo dejaron cuando evacuaron el campo ante el avance del ejército ruso. El número que Levi tenía tatuado en el brazo era el 174517.

En 1977, se retiró de su cargo de gerente de una fábrica química en Turín, y se dedicó totalmente a escribir hasta su muerte controversial, el 11 de abril de 1987. La controversia sobre su muerte aún sigue en pie. Para unos fue suicidio y para otros fue un fatal accidente. Cuando supo de su muerte, Elie Wiesel dijo que Levi había muerto en Auschwitz, tras de cuarenta años de terminada la guerra.

Han pasado décadas y aún nos preguntamos, con Levi, sobre las causas de la Shoá. Las explicaciones han sido muchas, pero los resultados no han sido del todo convincentes. Tuvieron que pasar más de cinco décadas para que la «humanidad» se diera cuenta de que el Holocausto no sólo fue un evento que afecta a los judíos, como se quiso hacer ver en el pasado. Es un problema que envuelve a la psicología y a la sociología humana. Unos de los actos más viles de la bestia nazi fue convertir a las víctimas en perpetradores, para descargar su propia culpa en ellas.

Se logró probar, y ese fue uno de los tantos propósitos nazis, que el ser humano, pese a todos los avances tecnológicos, puede en un momento dado y en ciertas circunstancias ser deshumanizado y denigrado a situaciones inconcebibles.

Los trabajos de Primo Levi contienen gran significación histórica, ya que proveen un invaluable testimonio de lo que fue Auschwitz. La narrativa de Levi, sobre ese infierno, es reconocida por su brutal honestidad sin compromiso que describe con horror y gran detalle la vida en ese campo. Sus testimonios son de lectura obligatoria para todo aquel que quiera saber con profundidad y de primera mano lo que fue ese micromundo y las huellas imborrables que dejó en los sobrevivientes.

En Primo Levi encontramos un esfuerzo más sostenido y sistemático de reflexión sobre una experiencia que por su propia naturaleza sería indescifrable y monstruosa, casi imposible de transmitir y creer. Lo logra con una maestría no superada por sobreviviente alguno que se ocupó en describir la vida de los campos de la muerte.

Dice Levi que no puede leerse sin espanto las palabras de Jean Améry: «Quien ha sido torturado lo sigue siendo; quien ha sufrido el tormento no podrá ya encontrar lugar en el mundo; la maldición de la impotencia no se extingue jamás. La fe en la humanidad, tambaleante ya con la primera bofetada, demolida por la tortura no se recupera jamás». Améry se suicidó en 1978.

Primo Levi, en su última obra «Los hundidos y los salvados», reflexiona sobre el comportamiento humano, en casos de condiciones extremas, que son de una grandeza trascendental. No justifica ni critica. Describe en gran profundidad las heridas morales de los sobrevivientes.

Dice que, dentro del campo, la esperanza estaba cifrada en el avance de las tropas aliadas, mientras el hambre y el frío eran la rutina diaria. La mayor parte de los recuerdos de los sobrevivientes, orales o escritos, comienzan así: «El choque contra la realidad del campo de concentración coincide con la agresión, ni prevista ni comprendida, de un enemigo nuevo y extraño. El prisionero o funcionario que en lugar de llevarte de la mano, tranquilizarte y enseñarte el camino se arroja sobre ti, dando gritos en un lengua extraña que no conoces. Te abofetea (...) Su función antes que todo es mostrar su superioridad y tu inferioridad.

»Ya no eres un ser humano. Ni siquiera eres una cosa, no eres nada, sólo formas parte de un antimundo que ya no ves ni comprendes. Tu condición humana dejó de existir».

El régimen nazi fue un maestro en la manipulación psicológica al degradar de igual manera a los oprimidos y a los opresores.

Los campos de exterminio nazis, tan magistralmente descritos por Primo Levi, fueron, son y serán un único histórico tanto en su extensión como en su cualidad. En ningún otro lugar y tiempo se habrá visto un fenómeno tan inesperado y tan complejo. Los campos de exterminio formaron un antimundo manejado por antihumanos.

En la práctica diaria de los campos, imperaba el odio y el desprecio difundido por la propaganda nazi. No sólo estaba presente la muerte, sino también una multitud de detalles maníacos y simbólicos, tendientes todos a demostrar que los judíos eran subhumanos, basura y peor que eso. La «Solución final» trascendió los límites de la experiencia histórica. Nunca antes un pueblo se había adjudicado el derecho de decidir quién debía vivir y quién, morir.

Levi se daba cuenta, en los últimos años de su vida, de que muy poca gente estaba dispuesta a escuchar lo que los cada vez más escasos y envejecidos sobrevivientes tenían que decir. «Para nosotros, hablar con los jóvenes es cada vez más difícil, lo sentimos como un deber y como un riesgo: el riesgo de no ser escuchado y de resultar anacrónicos».

Tenía gran temor por el olvido, que aumenta con el pasar del tiempo. Hoy vemos ese peligro hoy. Es nuestro deber luchar para que el evento más triste y trágico de nuestra historia no sea olvidado jamás.

ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD MONTEÁVILA

# FRANK LÓPEZ ganó el I Concurso Universitario de Ensayo «Primo Levi»

El ensayo «Lo que nunca debió ser», escrito por el joven estudiante de Comunicación Social, de la Universidad Monteávila, Frank López Ballesteros obtuvo el primer lugar del I Concurso Universitario de Ensayo «Primo Levi», organizado por el Comité Venezolano de Yad Vashem en el marco de la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación del campo de exterminio de Auschwitz.

El tema del concurso giraba entorno a lo que dice el Holocausto a la juventud de hoy y tomó como epónimo al escritor italiano Primo Levi, uno de los más célebres sobrevivientes del infame campo de concentración de Auschwitz, cuyo testimonio desapasionado ha ayudado a entender a muchas personas las complejidades del ser humano, ya sea como víctima como victimario.

El segundo lugar del concurso correspondió a Joyce Benzaquén Hanono, recién egresada de la Universidad Católica Andrés Bello en Comunicación Social, quien presentó un ensayo llamado «Memoria y olvido del dolor». Benzaquén es autora de una tesis de grado sobre la opinión de los jóvenes, judíos y gentiles, sobre la Shoá.

El tercer lugar correspondió a la obra «La universalidad del horror» escrita por Sara Valero, joven pasante de producción cinematográfica.

El jurado evaluador del concurso estuvo integrado por Marianne Kohn de Béker, profesora de filosofía de la Universidad Central de Venezuela; los ingenieros Paúl Lustgarten y Max Preschel, ambos expertos en el tema del Holocausto; y los periodistas Alberto Jabiles, director ejecutivo del Distrito XXIII de B'nai B'rith; y Néstor Garrido, director de la revista Recuerda / rvkz.

El primer premio de este concurso consistió en una computadora portátil Power Book G4 de 15 pulgadas y la publicación del ensayo en la tercera edición de la revista Recuerda / rvkz; el segundo premio correspondió a un Ibook de 12 pulgadas de Apple; y el tercer puesto obtuvo un Ipod de 20 gigas. López Ballesteros también recibió una beca para tomar el curso sobre Shoá que dicta el profesor Max Preschel en el Instituto Superior de Estudios Judaicos.



LO QUE NUNCA DEBIÓ SER

# ¿Qué nos dice el HOLOCAUSTO a los jóvenes de hoy?

Frank López Ballesteros

**S**i por un instante la humanidad guardara un minuto de silencio para recordar o imaginar los horrores y el sufrimiento de millones de seres humanos, -repito- de seres humanos en los campos de concentración nazis, la historia de nuestros tiempos sería otra: las guerras no existirían; los hombres serían realmente hombres; y el mal estaría oculto bajo las piedras, por el propio peso de su naturaleza. Porque pensar en esos hechos, es vivir siempre con miedo.

El Holocausto sobrepasó los límites del mal y el terror. El hecho no reside en que hayan muerto sólo seres humanos o judíos, sino que toda la inteligencia y voluntad del hombre se centró en aniquilar sistemáticamente a millones de personas. Todo fue organizado, meditado y calculado. Fue una industria del terror. La gente no moría por su filiación partidista ni por ser detractor, lo cual tampoco es justo. Moría por el simple hecho de ser «judío». Por ser, nada más. Es allí donde se encuentra la base del problema.

Es complicado y peligroso agregar simples letras a los testimonios de quienes estuvieron allí. A las reflexiones de Primo Levi, Víctor Frankl, Bruno Bettelheim y Jean Améry, o a las profundas investigaciones históricas y filosóficas de Michael Marrus, Paul Johnson, Sygmunt Bauman, Raul Hilberg o Hannah Arendt. Se cuentan por miles los libros dedicados a este tema y en las librerías reposan, como muertos en las tumbas, cualquier cantidad de ejemplares que no son adquiridos simplemente porque la gente cree que representan más de lo mismo: testimonios desgarradores cada uno con su toque particular.

**20** A veces basta una simple ojeada a la memoria de un superviviente para adivinar cómo va a desarrollarse la historia: se da inicio con la descripción de una vida más que confortable previa al Holocausto, que

suele transcurrir en Polonia, en el seno de una familia, casi siempre próspera, formada por amorosos padres y hermanos adorables.

Al final, a pesar de que muchos de los miembros de la familia pierden la vida, el héroe consigue salvarse gracias a su dignidad interior y a su disposición para ayudar a los demás. Una vez acabada la guerra, el héroe emigrará, con toda seguridad a los Estados Unidos, y en su exilio se casará y tendrá varios hijos. Luego dará grandes conferencias y será invitado a innumerables entrevistas para narrar aquel horror.

Una de las principales lecciones de la historia judía ha sido que los repetidos agravios verbales, tarde o temprano, aparecen seguidos por actos de violencia física. En el curso de los siglos, con frecuencia los escritores antisemitas crearon su propio y terrible impulso, que culminó en un gran derramamiento de sangre. La solución final de Hitler fue la única que sobrepasó el nivel de atrocidad, pero de todas formas estuvo prefigurada por la teoría antisemita del siglo XIX.

La mayoría de los jóvenes hacemos caso omiso de la historia, por el simple hecho de que ya ocurrió. Algunos la consideran pesada y no menos que aburrida, pero el error reside en creer que la historia no se repite, sino que se parece, y debemos estar atentos para actuar contra todo aquello que amenaza la existencia humana. No podemos permitir que una nueva guerra mundial ni un holocausto ocurran en el mundo.

Nuestro siglo ha estado lleno de grandes calamidades para el hombre, de grandes devastaciones no sólo materiales, sino también morales, más aún, quizá sobre todo morales. Ciertamente, no es fácil comparar desde este aspecto, épocas y períodos, porque esto depende de los criterios históricos que cambian. No obstante, sin aplicar estas comparaciones, es necesario constatar que hasta ahora en este siglo

es el hombre el que se ha preparado a sí mismo muchas injusticias y sufrimientos. ¿Ha sido frenado decididamente este proceso? Desafortunadamente, no.

El problema del mal absoluto en el siglo XX fue la abstracción, el desprecio al caso particular o -precisamente- haber reducido al hombre a caso, a individuo de una idea universal, que -como individuo- puede ser sustituido por cualquier otro, o queda reducido a representar a una clase, a un concepto, sin importar en lo más mínimo lo que él sea por sí mismo.

A esta relación es oportuno preguntarse: ¿no son los judíos seres humanos iguales que todos los que habitamos esta tierra?





«Qué es el hombre es lo que debemos comprender los jóvenes de hoy para hablar del Holocausto, imaginar lo que es capaz de hacer cuando comete barbaridades según una supuesta normalidad...»



Jóvenes liberados del campo de Bergen Belsen. 1945.

¿No comprendían aquellos hombres que las diferencia de sangre son meras particularidades de la genética que no nos hacen más o menos persona? ¿Es que acaso un cristiano, un judío, un eslavo o un musulmán, no tienen derecho a la vida por sus orígenes? Pues todos los hombres somos iguales en la medida en que somos hombres, esta fue la premisa que no comprendieron aquellos que ahora no vale la pena recordar.

Qué es el hombre es lo que debemos comprender los jóvenes de hoy para hablar del Holocausto, imaginar lo que es capaz de hacer cuando comete barbaridades según una supuesta normalidad y confunde lo bueno con lo malo. Los héroes que sobrevivieron a la Shoá sintieron toda la perversidad que una persona pudiera producir en la tierra. Al auxilio de esta idea, corre con hábito vigoroso, el célebre Víctor Frankl: Llegamos a saber lo que realmente es el hombre. Tanto ha inventado las cámaras de gas como ha entrado en ellas con la cabeza erguida y el padrenuestro o el Shemá Israel en los labios.

En la Alemania nazi se intentó llevar adelante un nuevo esquema de conciencia, donde las antiguas concepciones morales, teológicas y viejos valores, a ultranza de lo que pudiese ocurrir, permitiera edificar un mundo perfecto. Todo lo que se hizo para llegar a esto fue considerado como normal. Hannah Arendt lo cuenta de una forma muy particular en su obra *Eichmann en Jerusalén*. Un informe sobre la banalidad del mal.

Para la filósofa alemana, lo más grave en el caso de Eichmann era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y espantosamente normales. Desde el punto de vista de nuestras instituciones jurídicas y de nuestros criterios morales, esta normalidad resultaba mucho más terrorífica que todas las atrocidades juntas, porque implicaba que este tipo de transgresor delinque en circunstancias que casi le impiden saber o intuir que sus delitos son actos de maldad.

Hítler, comenta Arendt, exigía que la voz de la conciencia dijera a todos «debes matar», pese a que los organizadores de las matanzas sabían muy bien que hacerlos era algo que iba en contra de los deseos normales de la mayoría de los humanos. Muchos alemanes y muchos nazis tuvieron la tentación de no matar, de no robar, de no permitir que sus semejantes fueran enviados al exterminio, de no convertirse en cómplices de estos crímenes al beneficiarse con ellos. Sin embargo, ahora, sesenta años después, el mundo entero supo y vio que los nazis no resistieron esta tentación y asesinaron a millones de inocentes.

El problema de los regímenes dictatoriales y populistas es que logran cambiar la conciencia nacional y modificar la historia. Crean nuevas

necesidades, entierran los valores y atacan todo aquello que se opone a sus fines. La difícil tarea que tenemos los jóvenes es luchar por que ningún totalitarismo se instaure de nuevo y por que ningún país del mundo se sienta más poderoso que otro y decida aniquilarlo por mera ansia de poder.

El estudio de la conciencia histórica de los protagonistas, las víctimas y de los culpables, es la única forma de evitar este mal. En efecto, la historia se escribe no sólo con los acontecimientos que suceden desde afuera, sino que está inscrita antes que nada desde adentro: es la historia de la conciencia humana, de las victorias y las derrotas. El valor del Holocausto -si es que puede usarse el término valor- reside en que este hecho depende de modo esencial del estudio que le podamos dar y de la rectitud de nuestra conciencia; depende ante todo de la sensibilidad que los jóvenes le debemos.

## EL PAPEL DEL HOMBRE

Emmanuel Lévinas, eminente filósofo francés de origen lituano y sobreviviente del Holocausto, publicó en 1947 un libro con el nombre *Totalidad e infinito. Un ensayo sobre la exterioridad*, en el cual expone sus teorías sobre los conceptos que dominan al hombre occidental, su tesis acerca de estos dos puntos -totalidad e infinito- así como reflexiones sobre el comportamiento humano ante diversos hechos. Ya para 1947 cuando aparece el libro, el mundo conocía los horrores del nazismo; ya se sabían las cifras de los muertos, los sobrevivientes, los culpables y las consecuencias del dolor. Sin embargo, dos años antes, tras la liberación de Aushwitz, la idea de qué es el hombre y de qué es capaz de hacer, estuvo en el tapete de las discusiones.

Los valiosos testimonios de quienes estuvieron en los campos de concentración sirvieron para redescubrir o ratificar el concepto de persona, porque el Holocausto constituye una universidad de hechos, visiones y pensamientos. Tzvetan Todorov sostiene que la prueba de

fuego para la dignidad humana son los campos de concentración, emblema del régimen totalitario; sin embargo, deja por sentada una realidad, que ante las peores atrocidades, la bondad no sólo era posible, sino que existía como respuesta al horror.

Es aquí donde puede darse una definición de la persona, y con esta idea, los jóvenes pueden salir a la defensa de cada una de las características que forman este concepto. La persona es entendida como un ser con inteligencia y voluntad, con una conciencia de ser alguien y no algo, que merece respeto y tiene dignidad, sin importar nada a cambio. Es contra eso que luchaban los nazis y todos aquellos que participaron en el Holocausto judío, contra la pertenencia del hombre a sí mismo. La dignidad del hombre quedó en el espacio y su cuerpo en el aire con cenizas. ¿No es posible reflexionar con estos hechos?

El problema de la modernidad es que la sociedad se ha encerrado en sí misma. Somos animales violentos que actuamos como lobos famélicos por el progreso sin mirar a los lados, ni valorar a la persona. Como dice Lévinas, hacer violencia contra la persona quiere decir encerrarla en la totalidad, pues en ella los individuos son meros portadores de fuerzas que los dirigen a sus espaldas. En esa totalidad, los individuos son transformados en títeres con la idea de que una ideología o un sistema se hagan presentes al precio de ocultar lo que tiene de propio quien lo presenta, al precio de convertir al portador de esa fuerza en medio para un fin.

En este caso, ¿cuál fue uno de los detonantes que causó la Segunda Guerra Mundial, la Kristallnacht o el Holocausto? La violencia. ¿Y a qué estamos expuestos a diario los jóvenes en las calles, en la discotecas o en el propio hogar? A la violencia. La señal más clara de esta afirmación son los relatos que dejan los supervivientes de la Shoá, quienes describen la constante afrenta y brutalidad con que eran tratados. Jóvenes amigos, la violencia significa la destrucción del hombre, la aniquilación del ser, la separación de nuestras responsabilidades, es encapsular a alguien en algo, simplemente es enceguecernos hasta aniquilar. El Holocausto fue una exposición de esto, y no lo queremos ¡nunca más!

## 22 EL DOLOR DE LA HISTORIA

Con el Holocausto, los judíos comprendieron que no era posible confiar en el mundo civilizado, fuera cual fuese la definición del mismo. Este hecho fue una lección que al parecer sólo aprendieron sus víctimas, pues aún el antisemitismo perdura en la mentalidad de muchas personas. Esta forma de racismo exacerbado en la Alemania nazi no fue más que la consecuencia de un problema que había comenzado antes y que se profundizó con el ascenso de Hitler al poder.

Una de las lecciones que da la historia del Holocausto es que se trata de una mezcla de pensamientos perdidos que va y viene con los tiempos; pero no puede quedarse lejos, debe perdurar porque es un hecho que fue más allá de lo racional, en realidad un asalto a la razón.

El antisemitismo no ha acabado, el Holocausto no lo pudo enterrar. Vive a la sombra de nuestras espaldas y se alimenta como una bacteria por los laberintos de la sociedad que malinterpreta los hechos, y los medios de comunicación, fieles al sensacionalismo, distan de propagar las consecuencias y la verdad de lo que realmente ocurre.

Existe el temor en la sociedad judía actual de que un nuevo holocausto pueda ocurrir, a pesar de que el Estado de Israel nació como una



Un grupo de jóvenes visita el Museo de Yad Vashem en Jerusalén.

garantía física de salvaguarda para que el hecho no se repita, ya que los enemigos del judaísmo no vacilarían en aplicar por segunda vez una «Solución final».

El mundo está enfermo de antisemitismo. Puede que en América Latina no se perciba tanto o incluso estadísticamente no exista, pero en Europa y Estados Unidos el asunto produce cierta preocupación. Sinagogas quemadas, tumbas exhumadas y esvásticas dibujadas en las calles son las pruebas de un problema que sigue creciendo.

Esta forma de racismo perverso nunca cambia su forma esencial, siempre tendrá el mismo origen y hay quienes lo ven como algo común e incluso una obligación que exige la historia. Se ha adaptado de forma impresionante a cada período y recoge de ellos lo más importante, es de esta manera que pudo entrar a la modernidad sin problemas y que en estos tiempos aún se hable de él.

Jean Paul Sartre concebía al antisemitismo como una elección, total y espontánea, una actitud global que no sólo se adopta con respecto a los judíos, sino con respecto al hombre en general, a la historia y a la sociedad; es al mismo tiempo, una pasión y una concepción del mundo.

En Alemania, Hitler triunfa porque la teoría ya estaba arraigada y era más fácil solidificar lo que estaba fresco. Los perpetradores del Holocausto, denominados «alemanes corrientes», fueron impulsados por una clase particular de antisemitismo que los llevó a la conclusión de que la aniquilación de los judíos no era algo incorrecto. El historiador Daniel Jonah Goldhagen dice: «Cuando los nazis alcanzaron el poder, se vieron convertidos en dueños de una sociedad imbuida ya con ideas sobre los judíos y que estaba dispuesta a movilizarse para la forma más extrema de eliminación imaginable».

Hay que buscar un cambio radical en esa concepción que tiene la sociedad acerca del judaísmo. Ya nos dimos cuenta de que el Holocausto no generó una variación colectiva en la mente de las personas, ni en aquellos que tenían la maquiavélica idea de que fue una lección y no



«Ahora los  
custodios  
del futuro  
son los  
jóvenes que  
estamos  
llamados a  
recordar»

hay nada más que decir. Los cambios no son fáciles, menos en las personas, todo ello implicaría modificar las conductas, la forma de pensar e incluso las creencias acerca de la vida.

Para lograr que el antisemitismo se acabe y para que el mundo esté consciente de lo que significó la Shoá, como el mayor emblema del antijudaísmo, los jóvenes debemos prepararnos de cara al futuro. Para lograr ese cambio hay que detenerse un instante a pensar, y mucho, para luego poder hacer. Las formas de intolerancia ya no caben en este mundo, pues hay suficiente miseria y cosas por las que luchar para estar desenvainando la espada de la diferencia que no genera más odio.

Es allí donde se encuentra la base de todo el problema que causó el antisemitismo y por ende, el Holocausto: que aquellos que lo engendraron estaban enfermos de un odio que llegó a convertirse en una pasión desenfrenada. Puede que quienes lo propagan aún no imaginen las consecuencias de lo que hacen.

El papel que tenemos todos los jóvenes en este preciso momento es fundamental. La tarea que llevamos es ardua y difícil, pero representa un modo de gratificación primero, porque estamos batallando con una plaga tan fuerte como el odio, la intolerancia y la incompreensión, y segundo porque es tarea de todos buscar el entendimiento entre los hombres y la reflexión que nos hará crecer en edad y sabiduría.

## LA INDIFERENCIA MATA AL HOMBRE

No hay palabras, sino sorpresas cuando vemos la realidad de estos tiempos, en la que el hombre quiere dejar de lado la historia para construir el presente; esto no puede ocurrir, la historia es identidad, es una referencia y es la muestra de cómo ha evolucionado la sociedad a lo largo de los siglos. Con la historia, el hombre debe reflexionar y meditar, es la herencia más grande que puede obtenerse porque es un modo de comprender y juzgar. El Holocausto detuvo la historia un instante, luego continuó como un tren hacia su destino, hasta que hoy,

todos tenemos la obligación de acudir a un rescate de la memoria para que algo así no ocurra de nuevo.

La Shoá configuró la trascendencia de la Segunda Guerra Mundial porque puso en evidencia lo desmarcado que puede ser el hombre, las sociedades y las naciones al momento de ayudar a sus semejantes. En un encuentro conmemorativo del cincuenta aniversario del Kristallnacht, el alcalde de la ciudad alemana de Ulm dijo: «Yo me pregunto: ¿cómo puede un ciudadano respetable ser declarado de un día para otro, sin motivo alguno, enemigo del Estado? ¿Por qué en Ulm, como en otros sitios, se cerraban las persianas cuando al lado se rompía los vidrios de las ventanas de los negocios judíos? ¿Por qué no se movió ninguna mano en la noche de la destrucción de la sinagoga, mientras se arrancaba a los judíos de sus camas arrastrándolos por las calles?»

Contra las injusticias que comienzan en pequeña escala puede cualquiera luchar, y más los jóvenes que tenemos la oportunidad de crear defensas ante este mal. Para ello, lo único que hay que hacer es ver a los hombres como iguales, interesarnos por el prójimo y ver las muestras de indiferencias para que estas infamias no vuelvan a repetirse.

El que se desentiende, cierra los ojos y su puerta, no se compromete, hace posible la injusticia, ya que aquellos que la comenten encuentran que no tienen nadie que les haga frente. «Solamente cuando hayamos comprendido esto, podrá decirse efectivamente que recordar significa redención y habrá posibilidad para algún cambio».

El Holocausto fue una estela de indiferencia del mundo, el hecho causa miedo y dolor, pues esa indiferencia es señal de que se redujo al hombre a una mera pieza de juego de intereses y beneficios; y que no importa la persona, el cual es como una partícula de polvo en el espacio y nada más. Haber hablado, ayudado a los perseguidos pudo haber evitado aquel horror, pero la indiferencia mató a muchos, mató a la gente.

Ahora los custodios del futuro son los jóvenes que estamos llamados a recordar, a vivir más de un mundo. Ese recordar significa reafirmar nuestra fe en la humanidad, aun cuando ella no lo merezca, como dijo una vez Elie Wiesel en su discurso ante el Reichstag de Berlín en noviembre de 1987.

Ante esa máscara de caballeros valientes, la juventud debe aprender de las lecciones que deja la historia. Una de las más grandes fue el Holocausto, una mezcla de todo, sin nada. Es con esta prueba que se puede cavilar, matar la indiferencia que es lo que divide al mundo, sin esa tarea la humanidad es pobre, los espíritus tienen que crecer, aún estamos a tiempo de poderlo lograr.

## UNA MANCHA INDELEBLE

Hablar del judío de hoy es recordar el Holocausto, indistintamente de lo alejado que esté el hecho para algunos; todos ellos están marcados de por vida con lo que ocurrió. El judaísmo sigue intacto, aún su enorme valor cultural y religioso sigue en pie y será inmortal, pero en un momento se quiso eliminar a quienes hacían ese judaísmo y, por ende, la carga pesará en la memoria de muchos por siempre.

Los primeros judíos en sus tiempos no fueron sólo innovadores, también fueron ejemplos y paradigmas de la condición humana, grandes reveladores de la verdad, esa es una de las razones por las cuales se le ha odiado tanto, por ello ocurrió el Holocausto. El suceso produjo un cambio radical en la manera de ser del pueblo judío, sembró la



desconfianza, pero avivó un sentimiento de ayuda y compenetración, de lucha constante por la supervivencia, aunque algunos también dejaron de lado esta visión.

Puede parecer catastrófica la historia del pueblo judío; fueron muchas las persecuciones que sufrió a lo largo de los siglos por su unidad y capacidad de no dejarse influenciar por otras corrientes. Tras la II Guerra Mundial la vorágine de lo ocurrido creó una estela de miedo, que es ahora un modo de identidad, y por eso es constante en muchos judíos de hoy, hacer hincapié en la Shoá, pues nunca jamás debe volver a ocurrir.

Cada pueblo del mundo aboga por una conciencia nacional, cada uno tiene un hecho que marca su continuidad en la historia y lo diferencia de los demás, esto lo convierte en un incentivo de lucha. La Shoá es para Israel y lo judíos un modo de conciencia nacional.

El judaísmo está intacto, sigue vivo, pero el trauma del Holocausto pesa mucho en la mente de los israelíes, incluso en las generaciones que vendrán. Mientras que algunas naciones cuentan en sus libros lo impresionante de las batallas y las victorias alcanzadas, los judíos tienen que narrar con la frente en alto cómo los abandonaron, vejaron y sobrevivieron. Aquí la desgracia sí tuvo voz y es algo que hay que aprender.

La política de Hitler y por ende el Holocausto acabó con la vida de un tercio de los judíos de Europa y significó un retroceso en los adelantos que había dado la sociedad para aquellos tiempos, quizá los jóvenes no logren imaginar lo que significó eso, pero se darán cuenta de cómo un suceso puede matar a alguien por dentro a pesar de haber sobrevivido. Los relatos de los supervivientes son una muestra de esta afirmación.

La fe se la llevó el viento. La imaginación superó el plano de lo que puede llegar a hacer el hombre. El pensamiento accidentado de unos poco que aún niegan las atrocidades de Auschwitz, Sobibor o Treblinka. Eso no importa, se sabe que ocurrió y no hay que sentir rabia por los incrédulos, sino compasión por negar la verdad. Ante todo hay que forjar su búsqueda y que todos la comprendan. El Holocausto fue hace sesenta años y el desgaste fue muy grande. La historia se sigue repitiendo en otros confines del mundo y con otros pueblos, nunca con la magnitud de la Shoá, pero todo sirve como una prueba, la gente no ha aprendido la lección, al parecer necesitarán una escuela más grande que Auschwitz para recapacitar.

24

## NO AL SILENCIO

Los jóvenes deben dejar de lado la búsqueda de ideas vagas sobre los hechos que marcan el curso de la humanidad. Una sola frase malinterpretada puede distorsionar la visión que se tiene sobre las cosas. Cada suceso que

ocurre en el mundo arma un rompecabezas complejo, pero que ayuda a entender las visiones, ideas y pensamientos del hombre y la sociedad. Hay que profundizar.

El Holocausto fue, es y será una universidad del todo, entendida como la

mezcla entre las ciencias y la filosofía, éste configuró muchas cosas que hoy en día no se entienden por lo complejas que son. De aquel exterminio surgieron nuevas perspectivas acerca de la vida, una nueva dimensión de las formas de expresión de la narrativa dramática, y un verdadero conocimiento de qué es el hombre y lo que puede llegar a hacer. Fue la prueba más grande de la indiferencia universal, fue la suma del todo.

Parece que este frío suceso no hizo madurar la conciencia de muchas personas. Para quienes lo hayan visto como una lección, parece que no fue suficiente y aún siguen pidiendo el exterminio del pueblo judío de la faz de la tierra.

Todo lo ocurrido debe ser una reflexión, una muestra de fortaleza y espíritu de progreso ante las adversidades que tiene la vida. Los que sobrevivieron a todos los campos de concentración y a las interminables persecuciones, son la prueba de que la vida sí tiene sentido, y eso los animó a dar lo mejor de sí, moral y físicamente para poder soportar lo innumerable.

Tenemos que aprender por nosotros mismo -decía Víctor Frankl- y después, enseñar a los desesperados que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino que la vida espere algo de nosotros. Tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de ésta y, en vez de ello, pensar en nosotros como en seres a quienes la vida les inquiriera continua e incesantemente.

La enseñanza primaria que otorga el Holocausto es que la vida constituye un principio de lucha y que tiene sentido indistintamente de la persona, y que coartarla, además de ser un delito, es la destrucción de la humanidad. Hitler y sus seguidores quisieron que el hombre autotranscendiera sin querer darse cuenta de que estaban aniquilando hombres. La descripción puede dejar aterido a cualquiera y para que no vuelva a hacerse realidad, hay que concienciar, educar y dar a conocer la verdad de las cosas.

Hay que reconstruir la sociedad, y son los jóvenes los únicos capaces de lograr esto porque son los dueños del futuro. Es con una educación fundada en valores universales, sin diferencias, que se puede lograr. El Holocausto es el ejemplo de lo que no debe hacerse, una herramienta para esa gran tarea y hay que aprovecharlo; sin embargo, a veces lo esencial es invisible ante los ojos.

Los jóvenes somos fuertes en la lucha por alcanzar nuestras metas, y por esa misma capacidad debemos ser enérgicos para combatir contra las señales más grandes de intolerancia y exclusión. De odio, maldad y de mentira. No hay que tener miedo a un rechazo de la sociedad cuando se defiende lo que es justo.

Recapacitar acerca del Holocausto y sus consecuencias ayudará a crecer y a levantar la imagen devaluada que tiene la sociedad sobre el papel que juegan los jóvenes en el cambio, de cara al futuro que es mañana. De este modo, estamos construyendo el progreso, rindiendo un tributo a los que no están y enterrando lo que no debe volver a pasar. No hay tiempo ni marcha atrás, la intolerancia y la indiferencia son sombras que están creciendo cada día y toman más fuerzas, y cuando éstas se junten, no habrá nada que las detenga, porque será demasiado tarde.

**Frank López Ballesteros**



Historias por contar  
תולדות השואה ללמוד וללמד

# TESTIMONIOS





# El bosque de los MILAGROS

Muy joven para entender la guerra, Klara Horenkrig de Slimak tenía 13 años cuando los alemanes invadieron Polonia. De allí en adelante su vida fue un infierno, el cual nos lo relata en este testimonio de vida.



**M**i primera infancia transcurrió tranquila en la ciudad polaca de Stolpce en la frontera con Rusia. Había nacido el 25 de diciembre de 1926 y mis padres, Daniel Horenkrig y Henka Horenkrig -a quien todos llamaban cariñosamente Gueña- eran tradicionalistas, por lo que mi hermana Musia y yo fuimos al colegio judío sionista llamado Tarbut que quedaba en nuestra ciudad.

En la escuela aprendimos religión, pero especialmente el hebreo, pues todas las clases eran en ese idioma. Musia y yo hicimos allí la primaria, pero ya para la secundaria se habían dispuesto los *numerus clausus* por lo que sólo cinco judíos podían entrar en el bachillerato de Stolpce, yo logré quedar entre ellos, pero mi hermana fue a Varsovia.

Mis recuerdos de la infancia antes de la guerra incluyen la preciosa estación de tren por donde pasaba el ferrocarril que hacía la ruta París-Berlín-Varsovia-Stolpce-Moscú.

También viene a mi mente lo bueno que era mi papá. Él era representante de varias fábricas de Varsovia que llevaban mercancía al Stolpce y regresaban a la capital polaca llevando queso, mantequilla y huevos para los grandes cafés de la ciudad. No puedo olvidar lo apuesto que se veía papá con sus trajes elegantes, atuendo que siempre provocó la envidia de mis amigas. Pero la buena fama de papá era más bien por su afán de ayudar a las personas: les tendía la mano a quienes emigraban y los llevaba a embarcar; una vez que llegaron los rusos iba a la estación para llevarles comida a los prisioneros que transportaban en tren a Siberia. Solía decir que hacía muchas mitzvot y por ello Di-os lo recompensaría. Mi mamá era más bien una mujer tranquila que no le gustaba salir mucho y aún así trabajaba para la Keren Kayemet LeIsrael (Fondo agrícola para la reforestación de Israel).

Durante mi infancia no noté los vientos de guerra que se avecinaban, ni el antisemitismo, aunque cuando yo tenía ocho años se implantaron los *numerus clausus*. El privilegio de haber quedado en el segundo año de la secundaria, gracias a mis buenas calificaciones, no duraría mucho, pues la guerra llegó inevitable el 1° de septiembre de 1939 y no pude hacer la secundaria. La vida que mi familia y yo habíamos llevado hasta ese momento se trocaría para siempre y nunca volvería a ser la misma persona.

## TODO POR UN RELOJ

Los alemanes y los rusos se repartieron Polonia a la mitad y nuestra ciudad quedó en manos de los últimos. Nos arrebataron nuestro hogar para hacer la comandancia. Nuestra casa tenía pisos de parquet, cortinas hechas a mano y bonitos muebles, por lo que los rusos dijeron que éramos ricos y no necesitábamos una casa tan grande, así que nos dieron un cuarto con otra familia. A pesar de todo, en este tiempo pudimos seguir estudiando y no hubo persecución contra los judíos, aunque ya no había sinagogas ni colegios judíos, pues los había convertido en oficinas, cines y teatros.

Los rusos venían de una vida comunista de muchas carencias. Una muestra de ello era que usaban nuestras dormilonas como vestidos de fiesta y eran capaces de dar cualquier cosa por un reloj. Al parecer para ellos era una prenda muy valiosa, pues para ellos parecía lo más importante.

## UN MILAGRO TRAS OTRO

La vida continuó igual hasta un domingo de septiembre cuando los alemanes, para sorpresa de todos, rompieron el trato que tenían con los rusos e invadieron la Unión Soviética. Ese día recuerdo que esperábamos a la familia de mi mamá, pero ellos nunca llegaron y yo, sin darme cuenta de lo que venía, deseaba que la guerra se hubiera retrasado un día más para poder ver a la familia.

Mucha de la gente de Stolpce optó por adentrarse a pie en la Unión Soviética, pero nosotros nos quedamos porque el jefe ruso de papá no nos dejó ir. Nosotros decidimos pasar unos días en casa de unos amigos en el centro de la ciudad, ya que se esperaba que los alemanes llegarían por el lado del río y allí cerca estaba nuestro hogar. Así fue. El viernes de esa semana, apenas papá salió para el trabajo comenzó un tiroteo que duró hasta la tarde: toda la ciudad estaba en llamas y ya casi llegaban a nuestra casa junto con los alemanes que se veían correr por las calles.

Dejamos la casa y corrimos al río que papá tenía que cruzar para ir al trabajo, temíamos que le hubiera pasado algo. Cuando llegamos el panorama era indescriptible: muertos, quemados, heridos, gritos y lamentos y en medio de todo aquello estaba papá, sano y salvo. En la tarde las cosas se calmaron, pero la gente lloraba a sus muertos y casi todos eran judíos porque en esa zona estaban los colegios y sinagogas.

No sabíamos adónde ir; la ciudad estaba en llamas y ya no teníamos nuestra casa. Al final unos amigos que vivían al otro lado de la ciudad nos acogieron. La casa era grande y en el jardín había una más pequeña con dos habitaciones, baño y cocina, y allí nos albergaron.

El domingo hubo nuevos tiroteos y ya nadie sabía si lo mejor era correr o quedarse en la casa a pesar de las granadas. Optamos por quedarnos. De pronto se oyeron tiros en el jardín y los gritos de una de las señoras que vivían en la parte delantera de la casa; ella gritaba que le habían matado a su padre y al esposo. Cuando mamá abrió la puerta, un alemán la empujó hacia adentro. Cuando las cosas se calmaron y salimos al patio estaban los dos cuerpos sin vida, tal vez el alemán había dejado con vida a la señora para que sufriera la pérdida de sus familiares.

Con el paso de los días se creó un comité judío llamado Judenrat que contaba con un presidente y policías. Pasó el tiempo y llegó el día en que los alemanes nos ordenaron que usáramos en la solapa un Maguén David (estrella de David) amarillo; todos lo hicimos, pues vimos que quien no lo hacía era asesinado.

Nos prohibieron caminar en las aceras y a cada uno le dieron un carné de trabajo con un número de identificación. Todas las mañanas nos presentábamos en la plaza y desde allí los alemanes nos llevaban a hacer trabajos como limpiar los rieles, barrer las calles y pelar papas.

Una tarde, después de volver del trabajo, llamaron del Judenrat para que nos presentáramos nuevamente en la plaza. Mi papá fue a la oficina del presidente del consejo judío -quien vivía en la misma casa que nosotros, pero en la que daba a la calle- y le preguntó qué pasaba; él no le explicó la razón del llamado, pero no le gustó la expresión de su cara. Así que papá decidió que ese día no iríamos de ninguna manera.

Casi todos habían asistido y una vez en la plaza comenzaron a llamar a las personas en grupos de a cinco y por sus números, cuando ya tenían cincuenta los llevaron al cementerio donde había otros judíos cavando

fosas. Para el horror de todos, los fusilaron al punto que uno de los que estaba cavando tuvo que presenciar la muerte de su esposa.

## UN GUETO CADA VEZ MÁS PEQUEÑO

A principios de 1942 crearon el gueto. Colocaron alambre de púas a unas pocas calles y nos metieron dentro como ganado, allí ya no teníamos contacto con los polacos que a veces nos vendían o regalaban algo de comida. Logramos construir una casa con la madera que nos regaló el alemán dueño del aserradero donde trabajaba papá. El lugar no era muy grande: dos o tres calles muy vigiladas por los alemanes.

Una vez al día los alemanes nos daban una sopa con un trozo de pan. En las mañanas en la entrada del gueto formábamos una fila y de allí nos llevaban a a trabajar. Ésa era nuestra vida.

Llegaban rumores de que en otras ciudades los jóvenes judíos oponían resistencia. La juventud de Stolpce comenzó a prepararse. Al regresar del trabajo, en los sacos con leñas o con papas, los muchachos traían armas y municiones que les compraban a los polacos. Los alemanes no tardaron en saber lo que ocurría en otras ciudades, así que mandaron a la mitad de los jóvenes a hacer trabajos forzados a Baranowicz y a la otra mitad a Minsk. Los muchachos consideraban que había llegado la hora de actuar, pero los padres les rogaron que no lo hicieran y así se fue nuestra juventud y quedamos cada vez menos.

Al día siguiente del Yom Kipur de 1942, el gueto amaneció rodeado por alemanes. La gente se sintió tan confundida que muchos se lanzaron

debajo de la alambrada y fueron fusilados allí mismo. Antes ese escenario, papá decidió que todos haríamos filas para ir a trabajar. Yo no lo hacía, pero el jefe de mi padre me había conseguido un permiso de trabajo por si era necesario en algún momento. La suerte fue que acorralaron el gueto en la madrugada, porque si hubiera sido en el día tal vez mi madre y yo no habríamos ido al trabajo y nos habrían matado.

En la mañana llegó el jefe del aserradero y nos llevó al trabajo. Una hora más tarde comenzamos a ver cómo llevaban a nuestra gente en camiones, uno tras otro transportaba a los niños y ancianos y a quienes no se les permitió salir al trabajo. Sus gritos pidiendo ayuda nos destrozaban el corazón porque cada uno de nosotros había dejado un ser querido en el gueto. Ese día masacraron a cerca de cinco mil personas.

Aquel día, después del trabajo, no nos llevaron al gueto, sino al cuartel, donde dormimos en el piso una semana mientras buscaban a todas las personas que habían quedado escondidas en el gueto. Los polacos del otro lado de la calle indicaban de cuál casa no habían salido todos. Una vez que los juntaron, los llevaron a la cárcel y de allí a las fosas para fusilarlos.

Al volver al gueto éramos cada vez menos, pues habían asesinado a todo el Judenrat y los alemanes estaban formando uno nuevo. Nombraron a mi padre como presidente de la nueva organización, pero él se negó, así que lo llevaron a la cárcel para matarlo.

Papá se salvó de milagro gracias a la intervención de su jefe. El gueto casi desapareció, pues quedó una sola calle adonde nos metieron a todos como arenques. Los polacos saquearon las casas donde vivíamos antes.

Al poco tiempo hubo otra acción en la que los alemanes efectuaron más matanzas: conducían a los judíos al cementerio y les pasaban una sola ráfaga de disparos para ahorrar municiones, si alguien había quedado vivo igual lo enterraban y moría asfixiado. Ya no quedaban ancianos ni niños. Esa mañana formamos filas como siempre a la puerta del gueto a unos los dejaron salir y a otros los obligaron a quedarse para morir. En la tarde de vuelta sólo éramos 300 personas y comenzamos a pensar en escapar, pero no sabíamos cómo ni cuándo.

Mi hermana Musia y yo trabajábamos en el aserradero, pero un día unos jóvenes alemanes de nuestra edad nos llevaron para que limpiáramos sus oficinas. Ellos nos contaron que la guerra pronto terminaría, que los alemanes estaban retrocediendo y que ellos habían oído que en los bosques había guerrilleros rusos. Contaron que esa noche los alemanes iban a liquidar lo que quedaba del gueto y que nos recomendaban escapar. Volvimos y les contamos a nuestros padres lo que sabíamos y así tomamos la decisión.

Así, el 27 de diciembre de 1942, a 20 grados bajo cero, a las 12 de la noche, rompimos los alambres de púas y las tablas de madera y uno a uno comenzamos a salir. 30 personas escapamos esa noche. Había un vigilante en un torre, pero hasta que estuvimos lejos no oímos disparos.

## APRENDIENDO A LUCHAR EN EL BOSQUE

Para llegar al bosque era necesario cruzar el río. Aunque estaba congelado había partes en el centro que no lo estaban. El primero que entró cayó al agua y mi mamá y otras personas tuvieron que rescatarlo. Al final encontramos una parte que estaba totalmente congelada y



## «Ahí yo era combatiente y tenía mi propio fusil. Como era una unidad de combate, no faltaba la comida, allí reviví»

logramos llegar al bosque con la esperanza de encontrar a los guerrilleros o mejor aun a los judíos que habían escapado de otras ciudades antes que nosotros.

Pasaban los días y no encontrábamos a nadie. Era un invierno muy fuerte y ya casi no teníamos qué comer de lo poco que habíamos llevado con nosotros, así que 15 de las 30 personas que habían escapado decidieron volver al gueto para morir allí.

Con tanta hambre optamos por ir a un pueblo a pedir comida. Los polacos nos contaron que en el bosque había judíos armados, pero que como era invierno no se los veía, pues vivían bajo tierra en cuevas. Después de unos días dimos con ellos y nos dieron albergue. Así vivimos muy apretados en cuevas pequeñas hasta que llegó la primavera y pudimos salir. Los jóvenes resolvieron ir en busca de los guerrilleros rusos, mi hermana se fue con ellos y yo me quedé para acompañar a mis padres. Durante los meses que siguieron vivimos de las limosnas de los campesinos.

El objetivo de los partisanos rusos era dinamitar las vías del tren que transportaban municiones a los alemanes. Estos guerrilleros a menudo salían a los pueblos en busca de comida y municiones y, como eran antisemitas como muchos polacos, si tropezaban con partisanos judíos los mataban. Así fue como asesinaron a un grupo de jóvenes del campamento donde estaba mi hermana y luego vinieron por nosotros.

Pero siempre hay milagros. Un joven y yo fuimos a pedir comida a un pueblo y la dueña de una de las casas nos dijo que los guerrilleros rusos estaban en el pueblo y que nos matarían si nos veían. Así volvimos junto a nuestras familias y conseguimos, una vez más, escapar de la muerte.

Pasamos una semana en el bosque sin comida. Llovía constantemente y cuando hacía un poco de sol nos quitábamos la ropa para exprimirla. Pasados los días mi papá fue al otro campamento y estaban todos vivos así que nos refugiamos allí.

Un día llegaron diez jóvenes de nuestra ciudad para llevarnos a un campamento organizado. Después de que nos dejaron allí, los muchachos siguieron a su campamento y fueron atacados por guerrilleros polacos y los diez jóvenes murieron.

Un día los alemanes rodearon el bosque y entraron de sorpresa con tanques y cañones bombardeando y disparando desde todos lados. Ya nosotros habíamos

resuelto escapar así que huimos; mi mamá sufría de pulmonía, estaba con 40 grados de fiebre y una tos terrible. El médico nos recomendó que la dejáramos, pero nos negamos y la cargamos en hombros, pero al tratar de escapar no podíamos pasar un puente de árbol con mi mamá cargada. Tomamos la única opción que teníamos y nos metimos en un pantano. Milagrosamente, apenas metimos a mamá en el agua se le pasó la fiebre.

Allí pasamos una semana parados día y noche, no teníamos qué comer y sólo podíamos tomar el agua sucia del pantano, pero nadie se enfermó. Los alemanes no podían imaginar que estábamos en ese lugar. Cuando las cosas se calmaron salimos, muchos partisanos habían muerto, pero nosotros nos habíamos salvado.

Con el tiempo nos llevaron a otra unidad: ahí yo era combatiente y tenía mi propio fusil. Como era una unidad de combate, no faltaba la comida, allí reviví.

## FAMILIA MILAGROSA

En junio de 1944 por fin llegó el ejército ruso y liberó la zona. Al regresar a nuestra ciudad había muy pocos sobrevivientes, éramos alrededor de treinta judíos de los 10 mil que había antes de la guerra. Mis padres, mi hermana y yo habíamos logrado sobrevivir juntos a todas estas calamidades y éramos la única familia que estaba completa.

Pero la suerte no duró para siempre: mi papá tuvo un accidente, pues en diciembre de 1944 se volcó el camión donde el estaba. Era la época más dura del combate y los hospitales estaban repletos de soldados, así que no lo querían recibir. Lo llevaron y lo dejaron en un pasillo de un hospital de Minsk; él habló allí con una enfermera asegurándole que su familia iría a buscarlo y que, aunque muriera, no lo enterraran enseguida. Cuando llegamos había muerto; nos lo llevamos para enterrarlo en Stolpce. Lamentablemente toda esa zona fue arrasada y no queda ni rastro de la tumba de papá.

Nos fuimos a Varsovia, pero toda la familia de mi papá que vivía allí fue aniquilada. Mi mamá, mi hermana y yo nos anotamos en listas para ir a Palestina, pero nos llegaron papeles de un tío que estaba en Venezuela y mi mamá dijo que nos fuéramos a Caracas, y así lo hicimos. Al llegar al país, al poco tiempo conocí a mi esposo Adam Slimak, yo seguí pensando en ir a Israel, pero luego cuando nacieron mis hijos Daniel, Roberto y Shirley, supe que nunca nos iríamos.

Pero fue la calurosa acogida de los venezolanos, después de haber pasado tantas penurias en Europa lo que hizo que nos quedáramos. Y aunque nunca cumplí con mi promesa de ir, nunca dejé de pensar, colaborar y trabajar por Israel. Espero que nuestra juventud apoye a

Israel, porque sólo una patria fuerte y segura es la garantía de que los jóvenes de hoy nunca tendrán otro Holocausto.

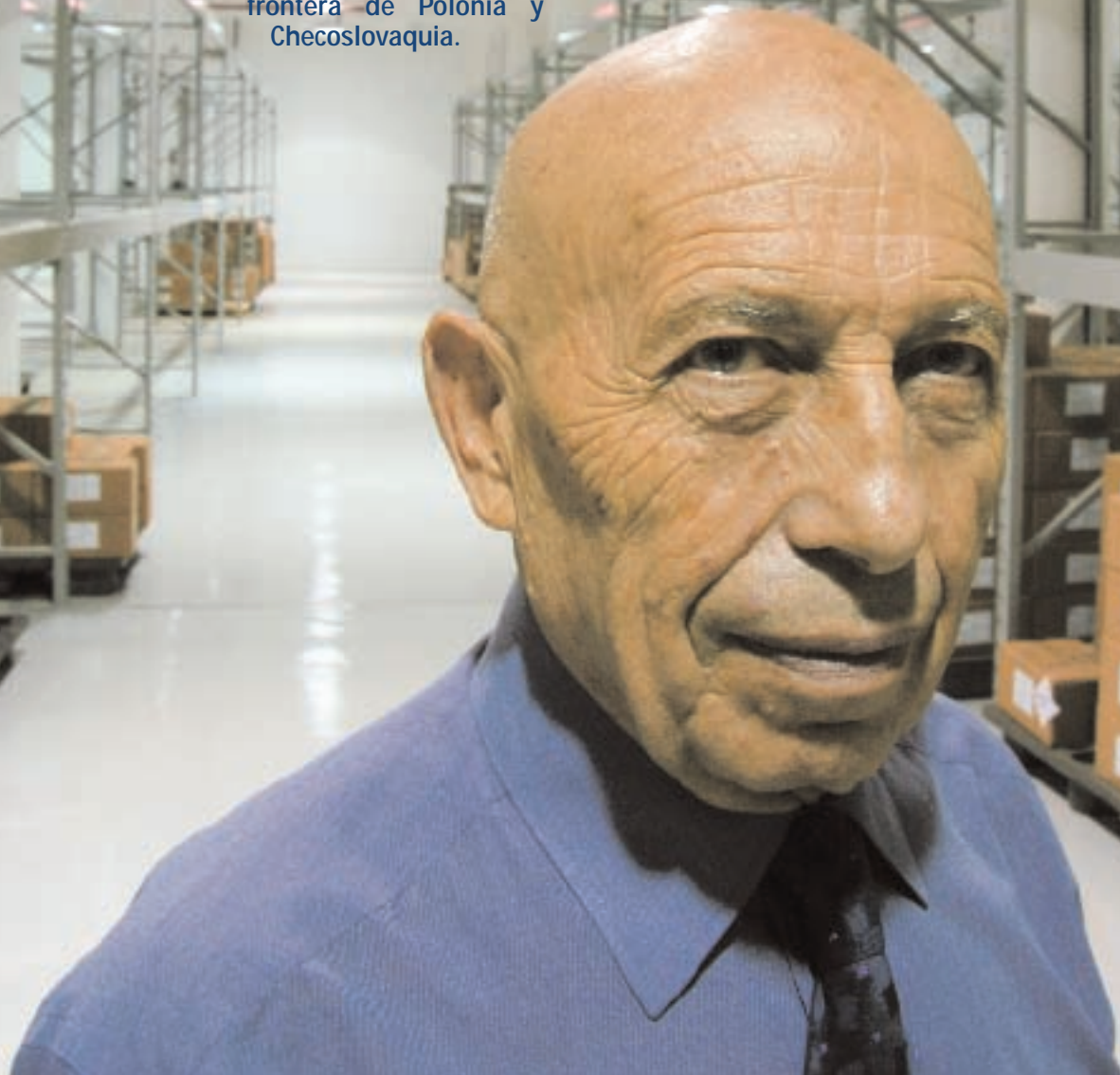


Los Horenkrig antes de la guerra: Daniel, Klara, Musia y Gueña en Stolpce.



# SIETE VIDAS

Otta era apenas un niño cuando comenzó la guerra. Pero con su corta edad tuvo que crecer viviendo el horror de los campos de concentración donde murieron sus padres, de quienes ni siquiera pudo despedirse. A pesar de que la muerte lo rodeaba constantemente, sobrevivió: se salvó de tres selecciones, de muchos golpes y maltratos y hasta salió con vida milagrosamente de un ataque de los rusos a una estación de trenes en Boleslaw, en la frontera de Polonia y Checoslovaquia.



Das cosas caracterizan a Otta Fürth: sus penetrantes ojos verdes, que le valieron el sobrenombre de *Kocka* (gato) y el número anotado en su brazo: uno de los más bajos entre los sobrevivientes de Auschwitz que vive en Venezuela. Así, como si el animal totémico de su mote se hubiera encarnado en él, sorteó tantas veces la muerte tantas veces como hizo falta.

Otta era un niño de nueve años cuando los alemanes ocuparon Checoslovaquia en el año 1939. Hasta entonces él había llevado una vida normal y asistía a la escuela en su pueblo Krásna Hora. Su familia era la única judía del lugar: eran sólo él y sus padres Max y Franceska Fürth. Con la llegada de los alemanes todo cambió: cerraron el negocio de su papá, a él le prohibieron ir a la escuela y a todos los obligaron a usar un *Maguén David* que los identificaba. Durante tres años, a pesar de los tiempos difíciles, Otta vivió con sus padres en su casa.

La mañana que llegaron los alemanes a llevarlos a un lugar desconocido Otta no podía siquiera imaginar el infierno que se avecinaba, y mucho menos tendría idea de que no volvería a vivir una vida normal con familia. No tenía idea de que su buena disposición para trabajar le ayudaría a conservar la vida en los siguientes tres años de horror.

## PRISIONEROS EN THERESIENSTADT

Otta relata que el 12 de noviembre de 1942 las cosas comenzaron a cambiar. A su casa llegaron los alemanes para evacuarlos: les indicaron que sólo podían traer consigo efectos personales. Reunieron a los judíos en una ciudad de la Bohemia del sur llamada Tábor, cuyo nombre, irónicamente significa campo.

Allí los subieron a un tren con destino al campo de concentración de Theresienstadt. Este lugar, antes de convertirse en lager a los judíos, había sido una ciudad militar construida como una fortaleza, cerrada alrededor por grandes muros y canales de agua.

Cuando llegaron a Theresienstadt, a Otta lo separaron de su familia y lo colocaron en un edificio llamado sector Q609. A sus padres los instalaron cada uno en un sector diferente. Allí a todos tenían una ocupación, y a Otta, como desde pequeño había trabajado en el campo, lo nombraron jardinero.

Aún recuerda con rabia que en Theresienstadt los trataban como a prisioneros, «todo por haber nacidos judíos. Allí fuimos muy infelices, estábamos muy tristes, y lo peor es que aún no sabíamos el infierno que nos esperaba en el futuro».

Fueron trece meses en Theresienstadt. El 14 de diciembre de 1943 comenzó un nuevo viaje en tren, esta vez en peores condiciones. Al grupo lo montaron en los vagones para animales, 70 personas hacinadas terriblemente en cada uno. Otta aún revive aquel horrible viaje sin saber adónde iban y en condiciones miserables: era pleno invierno y hacía un frío terrible y no había calefacción, además no tenían baño y no les dieron ni un trozo de pan en todo el trayecto.

## LA MENTIRA DE UN CAMPO FAMILIAR

La mañana del 16 de diciembre Otta cuenta que llegaron a un lugar que a él le pareció muy raro: «Lo que podíamos ver por la ventanita del

vagón era un sitio rodeado de nieve, y a un lado del tren personas vestidas con trajes de rayas azul y gris, más allá estaban los hombres en uniformes de la SS y sus perros. Al abrir la puerta vimos unos postes con alambre de púa y a lo lejos unas chimeneas con una columna de humo muy alta».

A golpes y empujones los bajaron del tren y los obligaron a dejar sus pertenencias, y de allí los cargaron en camiones. Entre los prisioneros había un conocido del padre de Otta a quien le preguntaron acerca del lugar en el que se encontraban. Explicó que estaban en el campo de concentración de Birkenau, que pertenecía al de Auschwitz en Polonia.

Aún ajeno a todo lo que implicaba un lager, Otta preguntó qué era las grandes chimeneas que se veían a lo lejos, y para no asustarlo el prisionero sólo le contestó que se trataba de las panaderías. Más tarde, para pesar del muchacho, se enteraría de cuál era la verdadera función de las calderas y del significado de aquel humo ennegrecido que ascendía al cielo.

Birkenau era un lugar con un ambiente horrible para la vida humana. Vivían en condiciones fatales: combinado con el hambre, el frío era terrible; la ropa no protegía y además nunca pudieron lavarla. Las ratas y los piojos ayudaron a que se propagaran todo tipo de enfermedades contagiosas y epidemias. Para él todo era intencional.

Los obligaron nuevamente a dejar sus pertenencias y los llevaron a un lugar donde había unos grandes galpones de madera y en el centro una larga chimenea, a cada lado había unas extrañas literas de tres pisos, en cada uno cabían apretados seis personas o más. Lleno de tristeza, cansado, con hambre y frío, Otta se acostó y se durmió con el deseo de no volver a despertar nunca.

Pero viviría. A la mañana siguiente a gritos los levantaron y les dieron un agua negra que hacía las veces de café, un pedazo de pan negro y un poco de gelatina. Una vez más como ganado fueron subidos a los camiones y los llevaron cerca de las chimeneas. Allí les desnudaron, los prisioneros polacos les cortaron el pelo a la mitad, aunque a la mayoría de los prisioneros que iban a campos de trabajo les cortaban todo el cabello. Después los bañaron. «En ese instante no nos imaginamos que en lugar de agua habría podido salir gas de las duchas». Por último, les tatuaron un número en la mano izquierda. Otta sería conocido de allí en adelante como el 168325, significativo porque luego le daría notoriedad entre los sobrevivientes, pues ello lo coloca en la categoría del más antiguo de quienes salieron del horror y que ahora viven en Venezuela.

El campo era de unos 500 metros de largo y tenía dos filas de barracas de madera cada una con un número. Cada zona fue separada con postes con alambres de púas cargadas con electricidad de alta tensión. A la parte en la que asignaron al grupo de Otta fue llamado *Familienslager* -campo de familias-. Las mujeres y los hombres estaban en bloques separados, las mujeres en los pares y los hombres en los impares.

Durante meses la vida fue la misma en el campo: los levantaban a las 4.30 de la madrugada y les daban medio litro caliente de «café»; después tenían que presentarse en la parte del frente de las barracas, llamada *Appelplatz*. Muchas veces el frío era insoportable o estaba lloviendo, y aun así la rutina no se alteraba. Cada mañana, después de revisarlos, partían para una jornada de doce horas de trabajo que sólo se interrumpía a mediodía para que tomaran un poco de sopa de legumbres podridas. En la noche de regreso al campo agotados, los

contaban y sólo les daban un pedazo de pan de unos 250 gramos con unos 30 gramos de mantequilla y «un té de grama», tal como él lo describe.

En septiembre llegó prisionero un judío alemán, de tendencia homosexual, llamado Friedrich Hirsch, quien logró conseguir con Josef Mengele, SS y director médico del campo, que el sector número 29 fuera asignado a los niños. Para Otta, Hirsh fue un gran héroe porque en el kinderblock la vida se hizo más soportable. Allí los jóvenes se podían reunir y tener actividades cuasiescolares. Otta cuenta incluso que allí ya no lo llamaban por el número del brazo sino como en su pueblo natal, Kocka, lo que hacía que se sintiera un poco más humano que aquellos cuyos nombres quedaban olvidados y enterrados en el tatuaje de tinta azul.

En el campo la higiene no existía. Se dispuso un sector como letrina, de un lado los hombres y del otro las mujeres. Los enfermos, que siempre eran las personas de edad o aquellos que no se podían mover, iban a un sector que funcionaba como hospital. Otta dice con tristeza: «Esto se llamó hospital, pero era más una funeraria».

Según cuenta, este campo «familiar» fue un invento para engañar a la Cruz Roja Internacional, y así hacer creer al mundo que las familias que iban a estos sitios vivían juntas y bien.

En septiembre de 1943 llegaron al campo 5 mil personas; en marzo del año siguiente sólo unas 3.800 seguían con vida, de ellos 600 eran niños. El 8 de marzo los llevaron a todos al campo vecino con la excusa de que iban a trabajar. El 10 de ese mes los montaron a todos en camiones, después de unas vueltas, los llevaron a todos a las cámaras de gas. Otta recuerda que de esa masacre sólo se salvaron algunos enfermos y Freddy Hirsch, quien posteriormente se suicidó.

## VALENTÍA PARA VIVIR

32

En junio de 1944, a casi seis meses de la llegada de Otta y su familia, los alemanes escogieron a mil hombres y 800 mujeres para llevarlos a trabajar fuera del campo. En este grupo se fue la mamá de Otta. En el campo se quedaron sólo los viejos, los enfermos -entre ellos el padre de Otta que estaba en el hospital con tuberculosis- y los niños. «Esta situación dejó muy claro que nos esperaba la cámara de gas».

Cuenta que ante la inminencia de la muerte trató de convencer a un chico de apellido Schreiber, de origen alemán, de que fueran a hablar con «la bestia», el médico Josef Mengele, para decirle que eran jóvenes y querían trabajar. «El 6 de julio de ese año, con mucho miedo, logramos hablar con él». Ni siquiera los miró, pero dos horas más tarde Mengele llegó con otras dos personas, llamaron muchachos sólo entre 13 y 15 años, los hicieron desnudar y Mengele escogió a cien de ellos.

Después de la selección, los afortunados fueron al campo de los hombres (Männerlager) y Otta ni siquiera pudo despedirse de su padre. En el nuevo campo los ubicaron en un sector llamado cárcel, que estaba restringido y separado. Los jóvenes no podían desplazarse libremente por el lugar. Esta zona estaba destinada a los prisioneros que hubieran cometido algún tipo de delito contra las leyes del campo. «El régimen en este lugar era mucho más duro que en los otros, y el encargado de

«Yo tenía quince años y era pura piel y huesos. El señor no dijo nada y salió, al poco rato regresó con un pedazo de pan grande untado con grasa de cochino, y un cepillo con dentífrico. Yo nunca voy a olvidar ese momento»

nuestro sector era un prisionero alemán, acusado de asesinato, que nos daba un trato brutal».

En una ocasión dijeron que Otta había dejado mal tendida su cama, así que lo colocaron en un banco de diseño especial y en él le dieron veinticinco golpes con una barra en las nalgas. Cuenta que luego el dolor casi no le permitía caminar, aun así lo hizo para trabajar y seguir con vida.

Aquí el trabajo principal era arrastrar entre quince muchachos -como caballos- una carreta llamada rollwagen, que normalmente era utilizada para transportar barriles de cerveza, pero en el campo la usaban para llevar cadáveres, escombros, piedras, madera y todo lo que fuera necesario. A veces pelaban papas de las que robaban las cáscaras. Otta comenta que era muy peligroso robar, pero el hambre los impulsaba a arriesgar la vida para sobrevivir. Relata que pegaban las cáscaras a la chimenea y así las cocinaban: «Esa es la mejor delicia que he comido en mi vida».

En el sector vecino al que estaba Otta se encontraba un grupo de comando especial, que eran los hombres que trabajaban en las cámaras de gas. Un día descubrió que la letrina tenía una ventana pequeña que comunicaba los dos sectores, esperó la noche y se coló por ella. Los hombres del comando especial se asustaron al verlo, y pasado el susto le dieron comida y le contaron que cuando los niños salieron del campo familiar liquidaron a los demás, incluyendo a su padre.

En una ocasión llevaron al grupo a limpiar los rieles del tren, allí Otta encontró un reloj de pulsera que se escondió bajo el cinturón. Al regresar al campo un guardia los revisó y al tomar a Otta por la camisa, el reloj cayó al piso; cuando el alemán le ordenó que lo levantara Otta recibió tantas patadas que casi lo matan. Después le ordenó que se presentara a la comandancia, su grupo le recomendó que no lo hiciera, y él no fue. Hoy está seguro que de haber asistido no estaría vivo.

## SALVACIÓN SIN FE

Los horrores que vivió Otta fueron muchos, y se salvó de varias selecciones para ir a las cámaras de gas. Tres de ellas son de las que más recuerda: la primera fue cuando Mengele los escogió en el campo familiar. En otra oportunidad, la selección se produjo en la plaza del campo, y Otta se escondió en la letrina. Pero tal vez la que más lo marcó fue otra: recuerda que eran alrededor de las once de la noche y el cielo estaba despejado, y Mengele volvía a escoger a quienes vivirían y a los que no. En ese momento habló con Di-os y lleno de dolor le dijo: «si tú puedes mirar toda esta porquería inhumana y no hacer nada, yo prefiero morir; y si vivo ya nunca más volveré a creer en ti. Hoy creo que las únicas leyes verdaderas son las de la naturaleza».

A principios de enero de 1945, cuando se aproximaba la línea de la batalla, los alemanes optaron por liquidar el campo y destruir las cámaras de gas. El 18 de enero iniciaron el traslado de los judíos a otro



## RECONSTRUIR LA VIDA SOBRE HIELO

lugar. Los hicieron caminar en la nieve de día y de noche, sin comida y mal vestidos. Otta recuerda lo terrible de aquel viaje con los zuecos de madera que le hacían doler los pies y con los que algunos no podían ni caminar, pero quien se quedaba en el camino, era fusilado y abandonado en la orilla de la calle.

Al cabo de unos días llegaron a un pueblo llamado Boleslaw, en la frontera. Allí, en la estación de trenes, los hicieron subir a unos vagones abiertos, a pesar de que era invierno y estaba nevando. Al poco rato, en pleno día, comenzó un ataque de aviones rusos. Un tiro entró en el vagón donde estaba Otta y le cortó la cabeza al muchacho que estaba a su lado, el que estaba en frente perdió ambas manos en el ataque y otro joven más quedó herido; el único que salió ileso fue Otta. Los alemanes los bajaron del tren y los obligaron a esconderse debajo de unos vagones que llevaban carbón, los cuales se incendiaron. Por suerte pudieron salir y después de subir a otro tren continuaron el viaje.

Comenzaron a atravesar Checoslovaquia. En una estación llamada Ceska Trebova mandaron a Otta a buscar agua en dos baldes. «Cuando entré en la cocina de la estación las mujeres que estaban allí me miraron y comenzaron a llorar. Me dijeron que escapara, pero yo sabía que eso me podía costar la vida a mí y a ellas, así que me regalaron un poco de pan con carne que escondí en los pantalones, y regresé al tren».

Al cabo de unos días llegaron al campo de concentración de Mauthausen en Austria. Estaban muertos de hambre, y sin embargo, a pesar del frío, los obligaron a bañarse, y después, sólo con un camisón, los dejaron descalzos en la nieve. Más tarde los llevaron a unas barracas sin camas ni calefacción donde tenían que dormir sentados.

Después de dos días llegó a la barraca un hombre que preguntó en ruso si alguien quería trabajar. Otta levantó la mano y lo llevaron a un hospital para hacer de asistente de un médico checo que estaba allí por haberse casado con una judía y pertenecer al partido comunista.

El joven que había escogido a Otta era un soldado ruso, también prisionero que hacía la limpieza en el hospital, pero en ese instante no podía trabajar porque tenía una herida infectada en una mano, así que su trabajo lo haría Otta. Cuando entraron al hospital apareció un hombre alto y fuerte, «me miró y comencé a llorar. Yo tenía quince años y era pura piel y huesos. El señor no dijo nada y salió, al poco rato regresó con un pedazo de pan grande untado con grasa de cochino, y un cepillo con dentífrico. Yo nunca voy a olvidar ese momento».

Aquel hombre era Joseph Polaha. Él lo ayudó mucho, aun cuando el prisionero ruso se recuperó y pudo volver al trabajo, Polaha le permitió a Otta seguir en el trabajo. Sólo al principio no podía salir del hospital, pero después de un tiempo le permitieron regresar a la barraca a dormir con el resto de los checos.

A principios de mayo de 1945 aparecieron unos tanques americanos sobre una colina frente al campo. Al poco tiempo desaparecieron y también se fueron los bomberos alemanes a quienes los SS habían dejado vigilando el campo. «Tres días pasamos sin guardias, el 5 de mayo llegaron los tanques con los soldados americanos y con esto se acabó nuestro martirio».

El 15 de mayo Otta viajó a Praga y de allí, el 18, tomó un autobús para regresar a Krásna Hora. En su pueblo asistió a clases especiales para todos los niños que regresaron de la guerra. También aprendió un oficio: hacía mecánica fina que consistía en reparar máquinas como cámaras fotográficas. Después se fue a Praga a estudiar mecánica industrial.

Un día un amigo, llamado Harry Osers, le presentó a su chica, con la Otta acabó casándose, y Harry se vino a vivir a Venezuela, tras romper su amistad con Kocka por razones obvias. Otta hizo el servicio militar, al cabo de un tiempo, después de un divorcio y volvió a casarse, esta vez con una patinadora. Poco a poco, se interesó en el hockey sobre el hielo, y luego en el patinaje artístico. Él y su esposa formaron parte de varios grupos con los que viajaba por Europa. En una oportunidad fue a Ecuador con Holiday on Ice y allí se encontró con un judío checo que vivía en Venezuela, casualmente yerno de su amigo Harry Osers.

Después de un viaje a Japón, Otta y su esposa habían decidido irse a Australia, pero poco antes les llegó la invitación de Harry para venir a Venezuela. Aquí Otta dejó el patinaje y se dedicó a hacer el mantenimiento de máquinas en la compañía de Harry Osers: una fábrica de envases para medicamentos, donde aún trabaja.

Otta no guarda resentimiento hacia el pueblo que lo esclavizó en Birkenau. En Caracas tiene muchos amigos germanos y de hecho ha sido presidente del club alemán. Pero esto no obsta para que piense que el Holocausto no es cosa del pasado. Para él la Shoá es un hecho que obliga a que las personas estén muy alerta. «Hace falta investigar todos los eventos mundiales, ésa es la manera de evitar que nunca más se repita algo igual, parecido o peor que lo que tuvimos que vivir».

**De los parientes de Otta Fürth que aparecen en la foto, sólo él y su tío Joseph Skalsky sobrevivieron al Holocausto.**



Hacía frío, mucho frío en aquella región de Polonia, en el año 1941. La carreta que conducía aquel polaco que de vez en cuando se volteaba y los miraba de soslayo, con aquella sonrisa que sólo los grandes estafadores son capaces de esbozar, había ido más allá de lo que eran las expectativas de aquel grupo de judíos que habían decidido mudarse de Cracovia, adonde habían ido a parar tras la invasión alemana, a su pueblo, Chrzanów, más cercano a la frontera eslovaca.

Guiados por el sentido común, Sammy Kuhnrech y su hija Sofia, de diecinueve años, prácticamente decidieron lanzarse de la carreta para echar a correr cuesta abajo. Habían caído en la trampa de un inescrupuloso campesino polaco, quien les había cobrado dinero para llevarlos hasta el pueblo, y a cambio de ello los estaba conduciendo directamente a una patrulla alemana, que les «compraba» aquellos judíos incautos que intentaban regresar.

Los alemanes, una vez apercibidos por el campesino de la presencia de estos «criminales» comenzaron a dispararles y, aunque las balas matan y asustan, Sofia, en plena carrera hacia un escondite seguro, sólo podía pensar en una cosa: si la ponían a decidir quién tendría la culpa si cae muerta, no dudaría jamás en escoger al que, desde la colina, se reía de su suerte mientras tintineaba las monedas que se había ganado comerciando con la muerte.

## UNA JUPÁ EN MEDIO DEL MIEDO

Naturales de Chrzanów, a 43 kilómetros al oeste de Cracovia, los Kuhnrech eran curtidores de pieles y fabricaban zapatos. Ello les permitía tener una vida más holgada que el resto del pueblo, donde habitaban unos 12 mil judíos, lo que representaba la mitad de la población.

Para el momento en que los alemanes comenzaron a invadir Polonia, en Chrzanów vivía Sofia con sus padres, mientras que la hermana mayor, Bronia, se había ido a Cracovia con su esposo y su hija. La vida de Sofia estaba acompañada del joven veinteañero José Landau, a quien conoció en las actividades de Macabi, a la edad de catorce.

34 A los diecisiete años, Sofia se graduó de contabilista y se mudó a Cracovia, donde su cuñado José Hamersfeld tenía una fábrica de zapatos. «Estar en Cracovia nos daba cierta seguridad, porque uno pensaba que estando cerca de la frontera con Rusia, uno podía escapar fácilmente... ¡cuán equivocados estábamos!», dice Sofia, quien se quedó sola en aquella ciudad cuando los nazis iniciaron la invasión de Polonia y su hermana, cuñado y sobrina se refugiaron en la Unión Soviética para ponerse a resguardo.

Como pudo, Sofia hizo que sus padres se fueran a Cracovia, pero una vez que se dieron cuenta de que aquello era inútil, con ayuda de su novio y de un primo, decidieron regresar a Chrzanów, en la carreta de un polaco «amigo».

Una de las razones por las cuales ellos decidieron volver al pueblo fue el hecho de que José, el novio de Sofia, había construido un búnker en su casa hacía unos años, lo que les permitiría esconderse en caso de ser necesario. Para no levantar sospechas, Sofia y su padre se arriesgaron a volver solos, y dejaron atrás a Rosa, la madre, a quien buscarían luego.

Al llegar a Chrzanów, un alemán de nombre Franz Griegel, amigo de Sofia, le prometió a esta ir por su madre de vuelta a Cracovia, y así pasó,

lo que significó para aquella joven que no importan las leyes y los decretos que imponga ningún Estado, pues la diferencia siempre la va a poner la conciencia individual para acatar o no una orden que se considere injusta, tal como lo demostraba este hombre de buen corazón.

Al estar incrustado en pleno corazón del Generalgouvernement -el territorio polaco que se estaba incorporando al Reich- Chrzanów pasó a gemanizarse con el nombre de Krenau, y allí en 1941, se estableció un gueto, entre cuyos muros, entre cuyos miedos, Sofia, de veintiuno, y José, de veintisiete, decidieron casarse. La copa rota a los pies de José ya no rememoraba la caída del Templo de Jerusalén, sino el mundo judío polaco que se caía y moría de mengua en las calles de los guetos esparcidos por todas partes, y cuyo signo más evidente era una camioneta negra que puntualmente recogía a los condenados para llevarlos al pueblo de la madre de Sofia, Oswiecim o Auschwitz, como le decían los nazis, convertido ya en un complejo industrial de la muerte.

En el libro *Sobrevivientes*, de Samuel Akinín, José Landau, hoy lamentablemente fallecido, contó que él trabajaba en las cercanías de Auschwitz y que cuando volvía a su casa en Chrzanów sentía un aire espeso a su alrededor: «El olor que se comienza a sentir a varios kilómetros de distancia es repugnante, es olor a carne quemada... No me cabe la mejor duda de que a los judíos los están quemando en ese maldito campo; creo que es final que nos tienen asignado», siempre le decía a Sofia al a vuelta del trabajo, quien confirmó las sospechas de José cuando los mismos vecinos polacos les comenzaron a develar los planes nazis de acabar con todos.

La confirmación de que lo estaba pasando era grave para todos fue cuando los alemanes colgaron a siete judíos -entre ellos a un padre y a un niño acusados de hornear pan en sus casas- en la plaza. A un grupo de personas, entre ellos Sofia, les había quitado los documentos oficiales -no tenerlos equivalía a una condena a muerte- y para devolvérselos debían presenciar la ejecución. Pasaron horas antes de recuperar los salvoconductos y los pasaportes, y los alemanes se los dieron debajo de los cuerpos aún calientes de los ahorcados. Quien demostrara algún sentimiento era detenido. Fue una prueba dura para quienes pensaban en salvarse.

## La PARTIDA

«Alle Juden raus! Alle Juden raus!», gritaban los soldados alemanes de puerta en puerta por las calles del gueto de Krenau. Era el 31 de mayo de 1942 y en varias ocasiones había habido peligro de muerte en el gueto, del cual se habían escapado utilizando el búnker construido en la casa de los Landau. Pero esta vez sonaba que ya era imposible escapar, así que Sofia y sus padres fueron a la plaza donde usualmente su padre curtía cueros, y que ahora era el lugar de concentración que utilizaban los alemanes para reunir a los judíos.

Tras la selección, Sofia se dio cuenta de que a sus padres los habían puesto entre los ancianos, los niños y los enfermos, lo que le indicó que los iban a matar. Por el ímpetu de sus veinte años, decidió ir a hablar con los alemanes para que los soltaran, pero ello le valió que la metieran en el grupo de los «desechables».

Los metieron en una escuela, mientras esperaban los transportes para Auschwitz, y cuando estaba allí, un oficial alemán se dio cuenta de su presencia. Ella le contó que ella había ido a despedirse de sus padres, y



# Salvada por «LA SUERTE del cochino»

\* Una muchacha de Chrzarnów, Polonia, a fuerza de empecinamiento, logró salvarse ella y su esposo de las garras de la muerte. Su gran frustración fue que sus padres se cansaron a mitad del camino y no lograron sobrevivir. A los 85 años, sigue demostrando el mismo tesón por vivir que convencía a los nazis y que le decían, al final, «tienes la suerte del cochino».



que los guardias no la habían dejado salir. Cuando el alemán se enteró por la Gestapo de que ella le había mentado la mandó buscar, con la amenaza de que si no volvía, mataría inmediatamente a sus padres. Con una carta del alemán para el que trabajaba José, los Landau se presentaron ante el oficial y tras su lectura se volvió hacia ellos y les dijo: «Saben algo, hoy es un día de gran suerte, tienen "Schweinen glück" -la suerte del cochino-».

Sea verdad o mentira, aquella frase acompañó de ahí en adelante, pues ese mismo día, y de manera casi inexplicable para la época -por una gestión del jefe del Judenrat local con el jefe de la Gestapo-, a los padres de Sofia los bajaron del transporte que los conducía a las chimeneas de Auschwitz, a última hora y en medio de una lluvia pertinaz.

Unos meses después, hubo otra selección, esta vez para llevarse a los mayores de treinta años. Sofia les recomendó a sus padres tener paciencia hasta el final. Cuando les tocó el turno, a las cinco de la tarde, los alemanes estaban cansados, y cuando los vieron les dijeron: «Tienen la suerte del cochino», y ellos lo oyeron como si el insulto fuera una bendición.

Finalmente, llegó la liquidación del gueto de Krenau, el 19 de febrero de 1942. Por una prima se enteraron de los planes, y los Landau y los suegros se ocultaron en el búnker de la casa. Tras pasar inadvertidos por los alemanes y esperar que todo se calmara, como pudo Sofia se fue a

## «Ese día, Sofia y José, ante la inminente separación, prometieron volverse a ver aunque fuera en un caja de jabón»

casa de uno de los Judenrat para solicitarle ayuda. Ella sabía que a los miembros del consejo, junto a sus familias, la Gestapo les daba ciertos privilegios. El hombre, tras pasar el susto de ver resurgir familias de entre las ruinas, les dijo que él tenía que enviar la comida destinada inicialmente a Krenau a otros guetos, y que los ocultaría en uno de los tres camiones. Lograron ocultarse allí, así como otras familias -entre ellas la del rabino del pueblo- en los otros camiones. Sólo ellos llegaron a un gueto, pues los alemanes descubrieron a los otros. La suerte del cochino seguía estando con ellos.

### LA FAMILIA DE AUSCHWITZ

Sofia y su gente se vieron de pronto en el gueto de Sosnowiec, donde estaba la familia de su madre Rosa, deportados allí desde Auschwitz, su pueblo natal. Allí había peligro para todos, porque los alemanes andaban buscando fugitivos de otras regiones que se hubieran podido colar en el gueto. Si los descubrían, los mataban a todos.

Un día hubo una redada y no le quedó más remedio que entregarse a los milicianos judíos, quienes la llevaron delante de su jefe, llamado el Leiter Merin, uno de los cinco del Judenrat de Krenau, el mismo que había liberado a sus padres de la camioneta negra. De él lograron el «beneficio» de que a José lo mandaran a un campo de trabajo, y a ella la enviaran de vuelta a su casa, no sin antes arrancarle la promesa de que la enviarían junto a su esposo en la primera oportunidad que tuviera.

En ese gueto también estaban las familias de los cinco miembros del Judenrat de Krenau:



Gente común y corriente forzada a colaborar con los nazis, que pronto también conocieron el destino del resto del pueblo judío. Las razias eran continuas y cada día el gueto de Sosnowiec quedaba más solo. Sofía logró zafarse de la muerte por pura intuición, hasta que un día, Merin le anunció que iría a conformar una cuadrilla de veinte personas para ir al campo donde estaba internado José.

El día que partió de Sosnowiec rumbo al campo de Marschstadt, para reunirse con su marido, Sofía vio por última vez a sus padres: cansados ya de huir, los padres decidieron quedarse con la idea de que allí había más oportunidad para ellos de salvarse. Para convencerla de dejarlos allí, el padre de ella le dijo que su lugar estaba al lado de su marido, pero Sofía insistía, insistía, insistía... hasta que la venció la imposibilidad de sacar a su padre de su determinación.

## UNA CAJA DE JABÓN PARA EL REENCUENTRO

El campo de concentración de Marschstadt tenía unos 3.500 hombres y unas 160 mujeres, casi todas dedicadas a la cocina. Por su experiencia laboral, Sofía fue destinada a trabajar en la oficina de administración, lo que le permitía tener una mejor ración de alimentos en aquel campo de trabajo forzado, lo que permitía que ella y su esposo pudieran alimentarse mejor para enfrentar el trabajo extenuante.

«Las condiciones eran duras. A las cuatro nos despertaban, salíamos a las 7 de la mañana a trabajar y no regresábamos sino hasta las 7 de la noche. En aquel entonces, nos acostábamos sin saber si nos íbamos a levantar al día siguiente, si en vez de ir al trabajo nos iban a llevar a las cámaras o si uno iba a regresar».

Luego, en abril de 1944, llegó la Gestapo e hicieron una selección. Todos sabían que el frente ruso estaba avanzando y que los alemanes, en su retirada, estaban desmantelando los campos y matando a todos los judíos. Ese día, Sofía y José, ante la inminente separación, prometieron volverse a ver aunque fuera en una caja de jabón RJF, -Rein jüdische Fätt, grasa pura judía- haciéndose eco de la creencia generalizada y de los rumores de que se aprovechaba la grasa corporal de los judíos para la manufactura de detergentes.

Se llevaron a todos los hombres al campo de Kleinbardorf, del sistema de subcampos de Groß-Rosen, para trabajar, y a las mujeres las mandaron a Peterswalde, donde la compañía alemana Krupp fabricaba bombas para Inglaterra, con la mano de obra esclava aportada por el pueblo de Israel.

«Primero se llevaron a los hombres. Nosotras estuvimos una semana llorando por todo el campo, y entonces nos montaron en vagones y nos llevaron a Peterswalde», dice Sofía, a quien poco la emocionó la liberación, sucedida el 8 de mayo de 1945. Estaba demasiado cansada, demasiado triste por sus padres, demasiado asqueada del vestido que llevaba puesto desde hacía tres años, demasiado seca de tanto

llorar por el esposo -a quien consideraba muerto- y con el cual no podría reencontrarse al despertar de la pesadilla.

Pasada una semana, una mujer entró en la barraca donde aún permanecía y le gritaba: «Sofía, Sofía, tu esposo ha vuelto».

Montado en un bicicleta, José había venido pedaleando desde Kleinbardorf hasta Peterswalde para reunirse con ella.

## UN NUEVO HORIZONTE

Tras pasar unas semanas en Waldburg, Alemania, decidieron volver a Chrzarnów. «No encontramos nada», dice, y se tuvo que conformar con vivir arrimada en un cuarto que un primo caritativo le dio en su casa, por lo que la estrechez los impulsó a irse a Bélgica, donde al cabo de un tiempo, les nacieron los hijos.

Un hermano y una hermana de José estaban en Venezuela, y éste se aventuró a venir. Al ver el corazón de los locales, tan diferente al de aquellos compatriotas polacos enceguecidos por el odio, o a los alemanes alienados por la ideología, José mandó buscar a Sofía y a los niños para que vinieran a Caracas.

Ningún comienzo es fácil, pero con el tiempo los Landau fundaron un abastos y luego una tienda en el centro de la capital, Casa Valencia, que funciona hasta hoy en manos de sus nietos. Sin embargo, el temple de esta mujer todavía se sigue sintiendo.

A la edad de 85 años, viuda de José quien murió relativamente hace poco, continúa trabajando en la administración del negocio, al frente de una computadora, más por seguir luchando que por otra cosa. Su recompensa: la alegría de sus dos hijos casados, sus seis nietos y sus diez bisnietos, y la seguridad de demostrarle al mundo el valor de saber regresar a la vida.





# El peso del hermano

«El camino es largo, con muchos virajes del viento que nos lleva a quién sabe dónde, ¡quién sabe! Pero soy fuerte, suficientemente fuerte para llevarlo, No es una carga, es mi hermano»

B. Scott y B. Russell

(autores de la canción «He ain't heavy, he's my brother», cantada por Neil Diamond).



La marcha de la muerte había comenzado. Ante la avanzada de los rusos hacia el campo de concentración de Auschwitz-Javorzno, donde se encontraban trabajando en calidad de esclavos, los hermanos Menáhem y Ladislao Perlmutter se vieron evacuados y obligados a marchar hacia el Oeste, a Alemania, con uniforme a rayas y zuecos de madera, a un destino incierto, día y noche y sin comer, con el único recurso a mano para sobrevivir del amor fraternal entre ellos.

Eran las 4 de la madrugada, en pleno invierno polaco y 20 grados bajo cero, y la marcha había dejado detrás una estela de muertos que había mermado a aquella masa de cinco mil personas que salieron del campo, en el momento en que sólo quedaban novecientas u ochocientas personas. ¡Quién sabe! El hambre, la fatiga, el frío y aquellos endemoniados zuecos hacían que los hermanos Perlmutter, a quienes querían obligar a halar una carreta con provisiones, pero se atrasaban y se atrasaban en la marcha, con el peligro que ello conllevaba: la muerte instantánea por parte de los soldados que iban en la retaguardia.

De pronto, un comandante les ordenó a dos de sus soldados que les trajeran café, y éstos a su vez les pidieron a los hermanos que lo trajeran... Menáhem y Ladislao se vieron solos, en medio de la neblina... Sin advertirlo siquiera, no estaban a la vista de sus captores y cuando se percataron del hecho, una voz salida del fondo del estómago, su propia voz, les dijo: «corre, corre». Echaron a correr por aquellos parajes desconocidos y oscuros, pero más seguros que aquella fila de hombres que se enfilaban a la muerte segura en otro campo. Junto a ellos, cuatro hombres más se unieron a la huida, y con éstos, las balas rasantes de los soldados alemanes que los perseguían.

De un lado y otros, caían muertos los otros fugitivos. Al final, sólo quedaban los Perlmutter y otro muchacho que corría con ellos. Una última balaegó la vida de este último, y sólo dos los hermanos quedaron vagando en un país extraño, en un lugar donde únicamente la incertidumbre era la única certeza.

## LAS BICICLETAS DEL RECUERDO

Kosice, al este de Eslovaquia, fue el lugar de nacimiento de Ladislao Perlmutter, en 1925, donde la familia formaba parte de una comunidad judía de aproximadamente 12 mil personas. Los Perlmutter pertenecían a la clase media acomodada, pues su padre era contador público.

De piel blanca y ojos claros, tanto Ladislao como Menáhem pasaban fácilmente por alemanes, pueblo al que admiraban por su cultura, y porque Martín, el padre de ellos, había servido en el ejército austriaco durante la I Guerra Mundial, de la que obtuvo una herida y el orgullo de servir a la civilización occidental. En casa, el húngaro era el idioma que servía de medio de comunicación, aunque también hablaban otras lenguas como el eslovaco y el alemán, estudiaban inglés, pero jamás el utilizaron el yidish con los niños.

«Nosotros vivíamos una vida privilegiada. Recuerdo que éramos unos de los pocos chicos judíos que tenían bicicletas, que para la época era todo un lujo», dice Ladislao con un dejo de nostalgia por aquellos tiempos en los que no se sospechaba siquiera de la posibilidad del fin de aquella vida.

A pesar del *númerus clausus*, Ladislao logró entrar en el bachillerato, y allí logró hacer muchos amigos cristianos, sobre todo los de su equipo de fútbol, quienes le sugirieron utilizar un nombre húngaro para poder integrarse mejor a la oncena. Pero en 1943, las leyes antisemitas aprobadas *motu proprio* por parte del gobierno pronazi de Eslovaquia lo excluyeron del equipo de fútbol, y mientras sus compañeros de clases recibían clases de doctrina nacionalsocialista, él y los otros judíos que estudiaban en el liceo tenían que limpiar las instalaciones.

Recuerda Ladislao que los profesores húngaros eran de tendencia nazi y a los judíos les ponían malas calificaciones a propósito. Según un relato de Menáhem, estos mismos profesores entraban en clase y decían: «Todos los Szlesinger (apellido común entre los judíos) que se levanten y digan cuánto guefilte fish comieron hoy».

Ladislao recuerda que algunos de sus compañeros gentiles sentían compasión por los chicos judíos y que cuando volvió, después de la guerra, muchos de ellos le expresaron arrepentimiento por lo que hicieron o dejaron de hacer.

## LOS LADRILLOS DEL GUETO

El peso de las políticas nazis llegó a Kosice cuando a todos los judíos de la ciudad los obligaron a vivir en un sector de la ciudad a manera de gueto. Pocos meses después, en abril de 1944, a todos los judíos los llevaron a vivir a una fábrica de ladrillos, consistente en barracas donde no había ventanas ni muebles, por lo que debían dormir en el suelo.

Durante la estada en esta fábrica de ladrillos, donde los judíos de esta región de Eslovaquia comenzaban a recordar el horror de los esclavos de los faraones de Egipto que hacían adobes para construir las pirámides de la opresión, Ladislao se prestó de voluntario, junto a un grupo de otros muchachos, para trabajar en la limpieza de los hospitales en la zona.

A las pocas semanas de estar en aquellas barracas que se usaban originalmente para secar los ladrillos, la familia fue enviada vía tren a Auschwitz-Javorzno, donde los hermanos sufrieron el primer impacto de la separación: la madre quedó de un lado y los dos muchachos y el padre del otro.

«Yo en ese momento lamenté tanto no haber tenido una hermana, para que le hiciera compañía a mi madre», dice Ladislao mientras los ojos reflejan el mismo brillo de dolor que debió de haberles lanzado Catalina Perlmutter a sus hijos desde el otro lado de la rampa.

Ese mismo dolor se sentiría pronto, de este lado de la rampa, cuando a Martín lo separaron de Ladislao y a su hermano, quien se salvó de esa selección, a pesar de sus dieciséis años, cuando una mentira redentora los convirtió prácticamente en gemelos, pues ambos declararon tener diecinueve años, lo que los alemanes creyeron o fingieron creer por el metro 90 de altura del más joven de la familia.

En sus memorias, publicadas en Israel en una antología de testimonios del Holocausto, Menáhem escribió: «Desde este día yo siempre digo que nací en 1925 y no en 1928, pues nunca quiero olvidar que gracias a esto he vivido hasta hoy». En apenas dos horas de haber llegado a Javorzno, Ladislao se transformó: uniformes de rayas, rapado, tatuajes en el brazo y la negación de toda condición humana. «¿Tú sabes lo que significa que en dos horas uno no pueda siquiera reconocer a la propia familia?»

## EL HOMBRO DEL HERMANO

La estrategia que encontró Ladislao para sobrevivir al trabajo forzado, a la ración diaria del agua sucia que les daban por sopa, a la sensación de que cada bocanada de aire que tomaba era algo que le «robaba» a sus captores, fue apoyarse en el amor fraternal que lo unía a Menáhem, el niño de cuerpo grande que sufría con él el trabajo en el campo de concentración.

Durante los nueve meses que estuvieron en el campo, los hermanos se hicieron fuertes en sus lazos fraternales al mismo tiempo en que sus cuerpos comenzaban a enflaquecerse en extremo. En las noches, ellos se calentaban mutuamente. Trataban de no pensar mucho en lo que les estaba pasando para no perder la esperanza: el trabajo en una mina de carbón, donde estaba Menáhem, mientras Ladislao laboraba en la construcción de una planta eléctrica, ayudaba a no recordar la mesa familiar en Kosice. Sólo pensaban en el momento: el aquí y ahora pasó a ser su única forma de vida.

Así, cuando iban en la marcha de la muerte, camino a Alemania, después de que se ordenara la evacuación de algunas de los bloques de Javorzno, aquel grito de «corre, corre» de una voz que no se sabe a ciencia cierta de quién era, si de Menáhem o de Ladislao, los impulsó en la huida por una ciudad que estos «locos» ansiosos de libertad desconocían.

En un momento determinado, Menáhem se desmayó y Ladislao, extenuado como estaba, se echó al muchacho al hombro y así continuó la carrera, y como en la canción «No es una carga, es mi hermano», uno puede imaginar que la angustia por vivir aligeraba el cuerpo de 1,90 de Menáhem en peso muerto sobre los hombros de Ladislao, hasta que aquel volvió en sí.

«Subimos por un edificio donde había luz. Allí estaban un sargento y un bombero alemán, y en el miedo, nos metimos en otra casa donde había pan sobre una mesa. Nos metimos, nos quitamos los zapatos, y nos hartamos de aquella delicia», dice Ladislao. Los hermanos cerraron la puerta y aprovecharon las mantas y la chimenea para calentarse, hasta que un piloto alemán los sacó de aquella casa, al amanecer, y tras pegarlos y obligarlos a caminar casi descalzos -Menáhem había perdido uno de los zuecos- y los llevaba por las calles de la ciudad alemana hasta entregarlos a la Juventud Hitleriana, quienes tenían a otros fugitivos, a quienes la policía mataba de tres en tres en un bosque cercano.

Para Ladislao este evento tiene especial significación, porque cuando estaban en la sede policial, vino un señor y les dijo que no se preocuparan, que todo estaba en bien. «Fue el primer alemán que nos hablaba con decencia, como si nosotros fuéramos humanos».

En un momento determinado, vinieron los soldados donde estaban los hermanos, con una pala en mano para que cavaran su propia tumba, pero Menáhem se desmayó y el oficial alemán dijo: «bueno, es suficiente por hoy».



Dos imágenes de los hermanos Perlmutter: Menáhem y Ladislao después de la guerra (arriba) y en la actualidad tras un reencuentro en Israel.



Durante unos días, Ladislao y su hermano quedaron en calidad de ayudantes en un depósito de los soldados alemanes, hasta que la presión de los rusos se hizo inaguantable para ellos y la retirada se hacía inminente, por lo que un oficial entregó sus prisioneros a la Cruz Roja para que los llevaran a un hospital.

## LA LIBERTAD DEL MIEDO

Ladislao y Menáhem fueron evacuados a un hospital operado por monjas polacas. A ellos los metieron en la sala de parto, y en un momento determinado comenzaron los tiroteos de la liberación. Las religiosas les dieron comida y huyeron, mientras las balas iban destrozando lo que quedaba de las paredes de aquel hospital. Ellos sintieron que alguien caía cerca de la puerta, y cuando ellos trataron de averiguar quién era, allí estaba un SS muerto, en una posición tal que delataba sus intenciones de entrar en aquella sala, donde irremediablemente los habría matado.

Tras el avance de los rusos, los hermanos se encontraron con una ciudad vacía, y de ella tomaron comida, ropa y unas bicicletas para emprender la vuelta, que no los llevaron muy lejos, porque las condiciones del camino hacía que éstas se encabritaran. Los rusos los ayudaron a llegar a Polonia, donde un oficial les dio una bumashka -salvoconducto- y con ese papelito escrito a mano pudieron tomar un tren en Cracovia y volver a Kosice.

En la vuelta a la casa, ellos se toparon con la Brigada Checa del ejército ruso, que los habían detenido porque la apariencia de estos muchachos era muy alemana. Cuando los interrogaron, no les creyeron que fueran judíos porque al hablarles en yidish, éstos no podían responderles. Sólo el recitado de memoria de la bendición judía del pan hizo que les creyeran.

El Holocausto le costó a la familia de Ladislao el sacrificio de 52 personas. Su madre logró salvarse y fue liberada del campo de concentración de Bergen-Belsen el 15 de abril de 1945 cuando allí llegaron los ingleses. Empero allí mismo murió debido a las malas condiciones físicas en las que se encontraba. Allí está enterrada en una de las cinco fosas comunes que los ingleses hicieron, cada una con veinte mil cadáveres.

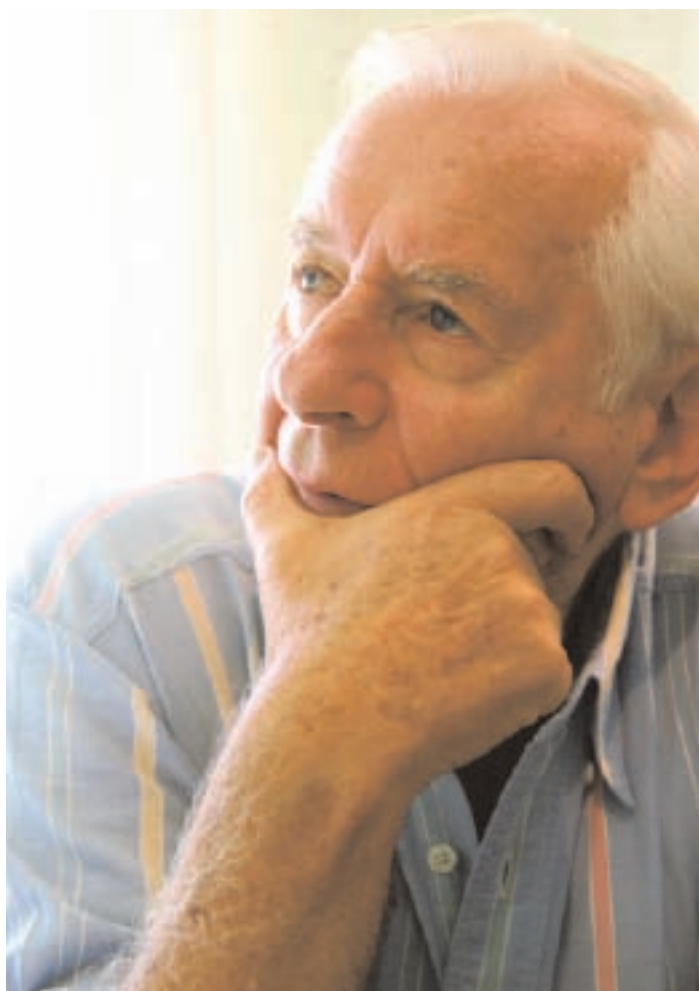
Menáhem decidió emigrar a Palestina pues, una vez reinsertado en la vida eslovaca, una vez salió con un grupo de amigos al campo y unos chicos se estaban metiendo con una chica gitana. Menáhem salió en su defensa, y sus compañeros, después de darle algunos golpes, le dijeron: «los judíos y los gitanos no son sino lo mismo». Aquello fue una bofetada para un muchacho que creía que había dejado atrás el estigma y que se sentía igual a sus amigos.

Por su parte, Ladislao comenzó a estudiar ingeniería en Praga, pero hubo un golpe de Estado en Checoslovaquia y se dio una situación de incertidumbre política, por lo que también decidió irse tras su hermano a Israel, quien se había establecido en el Néguev.

Tras diez años en Israel, un matrimonio y dos hijos, en una época en que las condiciones eran duras, Ladislao se encontró con un primo que vivía en Caracas y éste le habló de las posibilidades de una vida más fácil en Venezuela, por lo que decidió venir, de lo cual no se arrepiente.

«El Holocausto le costó a la familia de Ladislao el sacrificio de 52 personas. Su madre fue liberada de Bergen-Belsen Empero allí mismo murió debido al estado en el que estaba»

«Tengo 47 años en Venezuela. Viví en tres continentes y como este país, ninguno», asevera, y en su balance habla de la gente con la que ha trabajado en la pastelería La Vienesa, donde estuvo veinte años hasta que fue adquirida por unos inversionistas estadounidenses, y en Poliastic, una compañía a la que se asoció con otro judío de nombre Andrés Deutsch y que ahora gerencian sus hijos; sin embargo, para él lo más importante es la sonrisa de la gente que ha conocido aquí: muy diferente a los semblantes adustos de aquellos hombres que decidieron, de la noche a la mañana, arrancarlo de su vida en Eslovaquia y llevarlo al directamente al infierno, donde sólo su voluntad de salvar a su hermano, y viceversa, fue lo único que lo hizo llegar hasta el día de hoy.





# El número de teléfono anotado en el brazo

Desde que los alemanes  
llegaron a su pueblo,  
Cieszyn, supo lo que era  
ser perseguido. Todo ese  
sufrimiento lo guardó,  
hasta que un día decidió  
que era la HORA DE  
HABLAR

Cuando su hijo era pequeño, aquí en Caracas, siempre le preguntaba: «Papá, ¿qué es número que tienes anotado en el brazo?», a lo que Oscar Gross siempre respondía, con una especie de ironía y dolor: «Nada, hijo, el teléfono de mi casa».

Más que eludir la respuesta, cargada de dolor y de recuerdos en los campos de concentración, Oscar decía la verdad: era el número de la casa de la muerte adonde fue a parar una vez que se decidiera que había un «problema judío» al que debían buscarle una «solución final».

Unos ojos llenos de una picardía que le sirve de escudo para ocultar la amputación espiritual de la que sufre y una sonrisa amigable que usa como anestésico contra el recuerdo, nos hablan de un hombre que ha entendido que en la vida hay que mirar hacia adelante. Durante años, calló, pero ahora quiere hablar, porque hablar y contar es lo que puede hacer para que nadie más pase por lo que él pasó.

### -¿CÓMO FUE SU INFANCIA?

-Nací el 3 de julio de 1926 en Cieszyn, en la Alta Silesia polaca. El pueblo estaba dividido por la frontera: del otro lado se llamaba Cesky Tesin, pero nosotros pasábamos de un lado a otro sin problema. Tenía un hermano, Walter, y una hermana, Frieda. En Cieszyn teníamos tíos y tías. Hablábamos silesiano, checo, polaco, alemán y eslovaco. La guerra estalló cuando tenía trece años.

### -¿CÓMO FUE LA ENTRADA DE LOS ALEMANES?

-Lo hicieron persiguiendo a todo el mundo, amedrentando a los judíos. Llegaron quitándole a la gente sus cosas más preciadas e imponiendo la obligación de trabajar en cualquier cosa: palear nieve, limpiar las calles, etcétera. Una vez pidieron cuadrillas de jóvenes para limpiar las oficinas de los SS y los miembros de la Gestapo. Cuando nos dimos cuenta, ya estaban mandando a los hombres a los campos de trabajo, sobre todo a las minas de hierro y carbón, y construcción de autopistas. Así, me obligaron a trabajar en un sitio donde templaba hachas, o partes metálicas de máquinas y cosas por el estilo. A ellos no les importaba si uno era un niño o no, sólo querían explotarnos y hacernos morir de hambre. Ellos incluso dejaron de repartirnos los cupones para adquirir alimentos. En un momento determinado, ya avanzada la guerra, empezaron a poner restricciones a los judíos de moverse en el ámbito de la ciudad, así que prácticamente nos arrinconaron en cuatro manzanas, lo que prácticamente lo convertía en un gueto.

### -¿QUÉ RECUERDA DE LA VIDA QUE LLEVABA EN AQUEL «GUETO»?

-Que cada día quedaba menos gente. Comenzaron los *übersiedlungen* o reasentamientos de población, y a la gente la desalojaban para llevarla al Este. En verdad, en aquella época no había mucho tiempo para pensar, pues estábamos aterrados. Cualquier cosa, por mínima que fuera, significaba un castigo. A mí me obligaron a ir de casa en casa a recolectar objetos de plata y oro para los alemanes de la Gestapo, quienes contaban con la anuencia de los judíos del Judenrat. Finalmente, la ciudad quedó con sólo mujeres, ancianos y niños, pues querían declarar a Cieszyn zona libre de judíos, «Judenrein», como se dice en alemán.

### -¿CUÁNDO Y CÓMO ACABARON CON EL GUETO?

-A finales de junio de 1942 recogieron a todos los que restábamos en el gueto, y a los jóvenes capaces, como mis hermanos y yo, nos mandaron a los campos de trabajo, y a los otros a Auschwitz, por lo menos era lo que creíamos, pues esa gente simplemente desapareció. En principio, a nosotros nos mandaron para el *dulag* (abreviación de *Durchgangslager*, campo de tránsito) en la ciudad Sosnowiec. En el *dulag* nos separaron de mi hermana, y a nosotros nos mandaron al campo de concentración de Sakrau (en Silesia, que también se llama Zakrzow), donde comenzamos a trabajar en la *Reichsautobahn* o autopista del Reich, que iría desde Berlín hasta Minsk, en Bielorrusia. Éramos unos niños, yo con quince y mi hermano de trece años, y nos pusieron a cargar arena. Para ellos lo único que importaba era que trabajáramos. Estuvimos en tantos lugares trabajando: Brande, Großpaniow, Großsarne, y Großmasselwitz (cerca de Breslau), donde cavamos un canal en el río Óder.

### -¿CUÁNTO TIEMPO ESTUVIERON EN ESA SITUACIÓN?

-No recuerdo exactamente. Quizá tres años. Sólo me acuerdo de que en 1943 llegamos a Blechhammer, en la Baja Silesia, y allí había un campo donde se procesaba el carbón, y se fabricaban briquetas de polvo de ese mineral y se mandaban por correas. En este campo hicimos de todo, hasta que me inscribí en calidad de electricista y me mandaron a trabajar a la Siemens. Así estuvimos hasta que los rusos comenzaron a bombardear la zona, y muchos de los judíos murieron por ellas.

«A ellos no les importaba si uno era un niño o no, sólo querían explotarnos y hacernos morir de hambre»



Empresas alemanas como la Siemens utilizaban mano de obra esclava, como la de adolescente Oscar Gross



### -¿DÓNDE LE TATUARON EL NÚMERO?

-Esto fue en el campo de concentración de Blechhammer. Nos marcaron el número y empezaron a llamarnos por esto. Mi hermano y yo estuvimos en ese campo hasta principios de enero del 45, pues cuando se acercaron los rusos, nos ordenaron evacuar la zona. Cruzamos entonces el Óder, hasta donde llegaron los soviéticos, pero ya estábamos en la otra orilla y seguimos con los alemanes. Pero en una zona llamada Neise, mi hermano y yo nos escapamos; deambulamos por la zona y si bien los campesinos nos ayudaban, hubo uno que nos denunció e hizo que nos atraparan. Nos mandaron a Neustadt, donde reunían a quienes se escapaban. A los más débiles los mataron en el cementerio de la ciudad, y a los que todavía teníamos algo de fuerza nos obligaban a seguir. Los rusos pasaron el Óder, por lo que nos montaron en unos trenes y nos mandaron a Mauthausen, en Austria, donde trabajamos en la cantera y en los rieles del tren. Cuando los rusos se acercaron al lugar, nos obligaron seguir hacia el oeste, en lo que ahora se llama la Marcha de la muerte. Llegamos a Gunzkirchen, donde había barracas. Allí planeaban matarnos, como les había pasado a los que nos antecedieron. Había muertos por todos lados. Cuando ya estaban a punto de matarnos, llegaron los americanos.

### -¿QUÉ HICIERON DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN?

-Era el 5 de mayo de 1945. Los estadounidenses nos dijeron que el que se quisiera quedar iba a obtener ayuda, y el que quisiera, podía irse a Wells, en Austria. Mi hermano y yo teníamos «tifoidea de barriga», y los soldados nos ubicaron en un lazareto. Yo estuve grave, pero un capitán me salvó con unas gotas de opio que me ayudaron. Cuando pudimos, nos fuimos a Wells.

### LA BRIGADA JUDÍA

En Wells, Oscar y Walter Gross se reunieron con la brigada judía del ejército inglés. Estos soldados trataban de rescatar a los jóvenes judíos y enviarlos a Palestina, vía Italia. Oscar, no obstante, recordaba que tenía un tío Zygmund Luftig en Suramérica y sin saber la dirección le escribió una carta dirigida escuetamente a la «Fábrica de sombreros, Quito, Ecuador».

Los brigadistas sionistas lograron que los hermanos Gross fueran a Italia, y tras pasar por una serie de ciudades, lograron embarcarse, legalmente pues las autoridades inglesas de vez en cuando expedían certificados para jóvenes judíos, y zarpar de Bari rumbo a Palestina.

En Israel, Oscar llegó a vivir en un kibutz y hasta allí le llegaron las cartas de respuesta de los tíos de Ecuador, quienes le dijeron que Frieda, su hermana, también había sobrevivido, y se había establecido en Trinidad y Tabago.

En 1952, como estudiante de biología en la Universidad de Tel Aviv, Oscar se enteró de la posibilidad de estudiar en el Imperial College of Tropical Agriculture, en Trinidad, adonde fue a estudiar ciertos cultivos y ver la posibilidad de implantarlos en Israel. En la isla caribeña se enteró de que su con cuñado tenía una fábrica de brochas en Caracas -Cerdex- y aunque apenas sabía que se hacían con cerdas, vino a Venezuela como «especialista» en la fabricación de estas herramientas. Desde entonces, vive en el país.

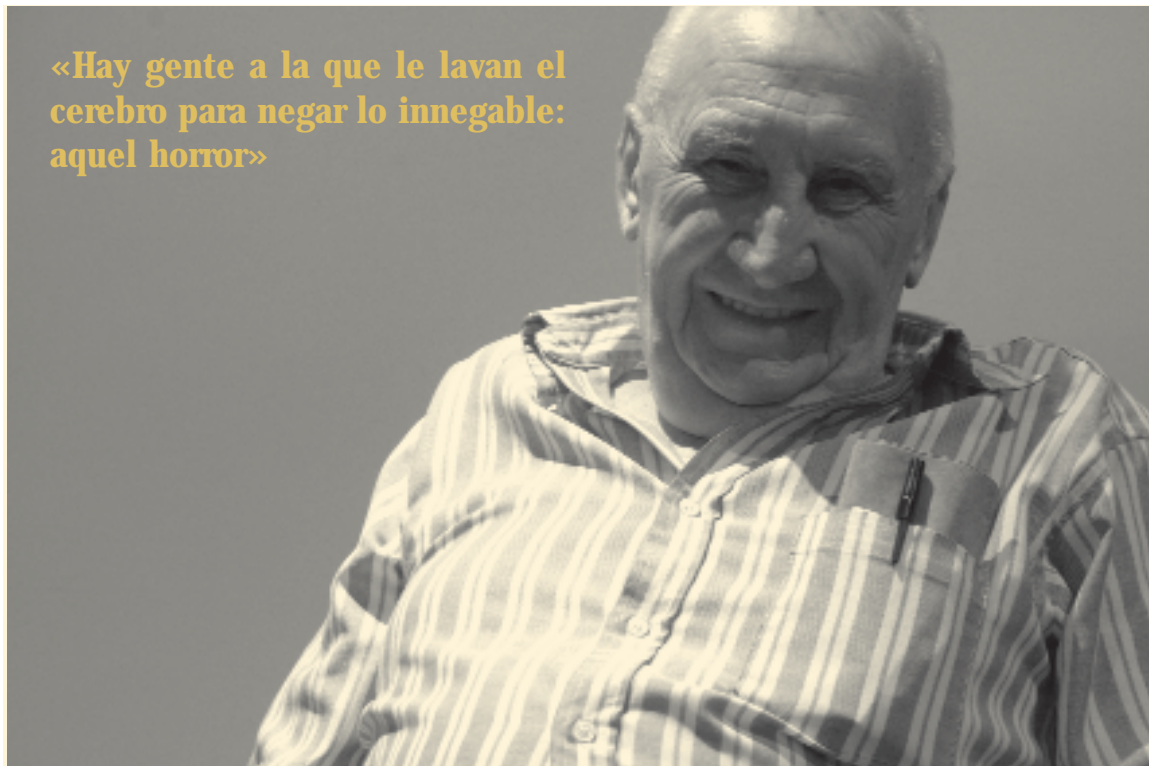
### -¿QUÉ POSIBILIDAD EXISTE DE QUE SE REPITA EL HOLOCAUSTO?

-Hasta hace poco, pensaba que eso era imposible, pero con el resurgimiento del terrorismo árabe y del fanatismo, casi tan fuerte como el del nazismo, empecé a convencerme de que sí existía tal posibilidad.

Se ve que hay una clara intención de ciertos movimientos, como se pueden ver en Argentina, que distorsionar los sucesos, y hay gente a la que le lavan el cerebro para negar lo innegable: aquel horror.

No se sabe si fue ante la evidencia de que el silencio contribuía a que la mentira ganara terreno; pero, un día, Oscar reunió a su familia y finalmente les contó la historia, ahora sin tapujos ni disimulos, de cómo perdió su casa, su tierra, su país y su pasado, del que sólo le restan seis números anotados, a fuerza de tinta y sangre, en el brazo izquierdo.

«Hay gente a la que le lavan el cerebro para negar lo innegable: aquel horror»





## DENUNCIÓ EL HOLOCAUSTO ANTE LOS PAÍSES ALIADOS

# JAN KARSKI: justos y pecadores

Paúl Lustgarten

**Jan Karski** fue uno de los personajes más interesantes y valientes que vivieron durante el Holocausto, el cual trató de parar por sí solo. Su vida parece una novela de aventuras escrita en una época donde reinaba el terror y la injusticia.

En el año de 1942, Karski, quien tenía para entonces veintiocho años, se estaba preparando para una misión secreta que consistía en describir al gobierno polaco en el exilio y a los líderes aliados, lo que estaba pasando en la Polonia ocupada por los nazis.

Jan era oficial de enlace entre la resistencia de su país y el gobierno polaco en el exilio. En poco tiempo se convirtió en un correo eficiente del movimiento. En 1940 la Gestapo lo detuvo y lo torturó, durante una misión a Eslovaquia. Temeroso de que podía revelar importantes secretos de la Resistencia, bajo tortura, se cortó las venas de las muñecas. Su intento suicida falló y lo llevaron a un hospital. Un comando de la resistencia lo ayudó a escapar y reasumió su trabajo como oficial de enlace en la clandestinidad. Los alemanes establecieron rápidamente el gueto de Varsovia, en 1939, una vez derrotada Polonia. En un espacio totalmente reducido hacinaron a medio millón de judíos. Se eliminaron prácticamente las raciones de alimentos y los habitantes empezaron a morir de hambre y de enfermedades causadas por las condiciones infrahumanas a que fueron sometidos a vivir.

Fue en la tercera semana de agosto de 1942 cuando Karski entró en un sótano de un edificio de apartamentos que estaba del lado ario del gueto y pegado al mismo. Allí se encontró con los líderes de la organización de los judíos combatientes.

Le dieron una ropa muy desgastada y una banda azul con la estrella de David. Lo introdujeron al gueto a través de un túnel recientemente construido. Al pasar se encontró con un infierno que no había visto en su vida y ni siquiera se lo podía haber imaginado. Uno de los judíos que lo invitó y acompañó fue un abogado bundista llamado León Feiner.

Éste, como obsesionado, le decía: «Observe esto, observe aquello», etc. Había otro hombre que los acompañó, aparentemente líder sionista, cuyo nombre Karski no recordaba. Ambos líderes le rogaron que contara y relatara lo que había visto con cuantos podía entrevistarse en Occidente. Estaban muy claros de que la información que Karski podía transmitir sería muy difícil de creer.

A petición de Feiner, Karski pudo entrar de contrabando en un campo no de extremo sino de transferencia. Tenía información de primera mano para los aliados.

Había cinco puntos que los líderes judíos querían que transmitiera: la prevención del exterminio debía ser tomado como una de las metas de la guerra que se liberaba contra Hitler; segundo, los aliados debían usar la propaganda para informar al pueblo alemán de los crímenes de guerra que estaban cometiendo y publicar la lista de los oficiales participantes en los asesinatos; tercero, los aliados debían exigir al pueblo alemán que, por cualquier medio a su alcance, presionara a Hitler para parar el Holocausto; cuarto, los aliados debían declarar, que si el genocidio



**\*Cual Casandra, nadie le creía a este polaco que había logrado entrar al Gueto de Varsovia y ser testigo del horror que allí había.**

continuaba y las masas alemanas no protestaban, serían consideradas colectivamente culpables; y finalmente, si nada de eso funcionaba, los aliados deberían aumentar las represalias bombardeando centros culturales y ejecutando prisioneros que, después de saber lo que los alemanes estaban haciendo, aún permanecían leales a Hitler.

Los líderes judíos dijeron que Alemania sólo podía impresionarse por el poder y la violencia, por lo que el bombardeo de sus ciudades sin misericordia era uno de los métodos que se debía usar. Después de haberse reunido y visitado, el campo de transferencia Izbica Lubelska, Karski regresó a Varsovia para preparar su peligroso viaje a Londres. Le entregaron una serie de documentos en microfilme. Fue al dentista y se hizo sacar varios dientes de manera que la inflamación resultante le proporcionara una razón para no hablar si era interrogado por los alemanes, ya que podían notar su acento polaco. Llevaba también oculto sus muñecas para que no vieran las cicatrices de su fallido intento suicida.

### LA PERFDIA DE ALBIÓN

Usando trenes locales fue a Berlín y continuó a la Francia ocupada, y luego a España, donde tenía arreglado un encuentro con un grupo en Gibraltar, que lo llevaría Londres.



Tras la ocupación de Polonia, comenzaron las deportaciones y las evacuaciones de la población judía

Karski llevó toda su información a Londres donde se reunió con figuras muy destacadas, entre ellas Anthony Eden, quien para entonces era secretario de Relaciones Exteriores de Inglaterra.

Después de oírlo, Eden le dijo que la Gran Bretaña ya había hecho bastante por los judíos al aceptar 100 mil refugiados.

Se reunió también en Londres con Szmuel Zygelboim, quien representaba al Bund, en el gobierno polaco en el exilio. Éste escuchó el detallado y patético recuento de Karski, con gran pena y tristeza.

Zygelboim le dijo: «Es imposible definitivamente imposible para mí hacer algo. Si voy a una huelga de hambre me encierran en un manicomio. Haré todo lo que este a mi alcance para ayudar. Haré todo lo que ellos pidan».

Algunos meses después el 12 de mayo de 1943, después de que los alemanes acabaron a sangre y fuego el levantamiento del gueto de Varsovia, Zygelboim les escribió una carta al presidente y al primer ministro del gobierno polaco en el exilio y se suicidó. Dijo: «Con mi muerte quiero hacer mi protesta final contra la pasividad con la cual el mundo mira y permite el aniquilamiento del pueblo judío. Mi vida pertenece a los judíos de Polonia con los cuales quiero morir. Ese es mi deseo y mi deber».

En julio de 1943, Karski, se trasladó a Estados Unidos. De sus reuniones sostenidas allí comentó: «Casi todos los individuos con los que me entrevisté escucharon con gran interés mis relatos concernientes al sufrimiento de los judíos. Cuando reporté a los líderes de los gobiernos aliados lo que le estaba pasando a los judíos de Polonia descargaron sus conciencias y sentimientos personales con una respuesta que parecía lógica. Dijeron: “los judíos están totalmente indefensos y sólo se puede hacer algo por ellos acelerando la derrota alemana”. Dijeron que la estrategia estaba dirigida en esa dirección de la cual no se podían apartar. Se escudaron en esa respuesta para no hacer nada».

Karski se reunió con el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, sin obtener resultado alguno. Se reunió igualmente con Félix Frankfurter, para entonces presidente de la Corte Suprema de Justicia de EE.UU, quien dijo que no podía creer lo que escuchaba. Un diplomático polaco que estuvo presente en la reunión le preguntó si estaba llamando mentiroso a Karski, a lo cual respondió: «No he dicho que este joven esté mintiendo; lo que dije es que no soy capaz de creerle, lo cual es diferente». Después de reunirse con cuanta persona podía, Karski empezó a planificar su regreso a Polonia, para continuar con su trabajo clandestino, pero sus superiores le dijeron que su identidad ya era conocida por los alemanes por lo que no era prudente regresar.

## BIOGRAFÍA DE UN JUSTO

Karski nació en Lodz, Polonia, el 24 de abril de 1914, su verdadero nombre era Jan Kozielski. Provenía de una familia polaca cristiana y antes de la guerra sirvió en el campo diplomático de su país. Dominaba varios idiomas y tenía una memoria fotográfica.

46

En 1965, se casó con Pola Nirenska, una bailarina y coreógrafa cuyo verdadero nombre era Pola Nirenzstajn, quien era judía nacida en Polonia. Fueron una pareja muy unida. En 1981, un año antes de que el gobierno de Israel lo reconociera como un «justo entre las naciones», Karski asistió a una conferencia organizada por Elie Wiesel, en Washington, donde reflexionó sobre su vida y su matrimonio. Le dijo a Wiesel: «El Señor me asignó el papel de hablar y escribir durante la guerra cuando parecía que podía ayudar a la causa judía, pero lamentablemente no fue así. Entonces me volví espiritualmente judío. Toda la familia de mi esposa pereció en los guetos y en las cámaras de gas, por lo que todos los asesinados se convirtieron en mi familia. Pero yo soy un cristiano judío, soy cristiano practicante, no soy hereje. Mi fe aún me dice que el segundo pecado original fue cometido por toda la humanidad ya sea por comisión, por omisión, por ignorancia autoimpuesta, por insensibilidad, por autointerés, por hipocresía o por racionalización insensible. Este pecado perseguirá a la humanidad hasta el fin de los tiempos. Me persigue a mí y deseo que así sea».

Karski murió en Washington, donde enseñó historia en la Universidad de Georgetown, en julio del año 2000, a la edad de 86 años.

# GRECIA:

## Una familia de emergencia

Rebeca Russo de Perli

**E**l recuerdo más remoto que guardo de mi infancia es un enorme taxi negro en el que una noche subimos mis padres y yo, junto con el señor Ilías Gavrisea, nuestro vecino de enfrente, a quien me dijeron que en lo sucesivo, debía llamar padrino. El taxi nos llevó al puerto de Pireo, a escasos 20 kilómetros de Atenas. Sólo al día siguiente pude darme cuenta de que estábamos alojados en una casa pequeña donde vivían una señora de nombre Paraskevula, y su esposo Costas, supuestamente primos de mi madre, con quienes ella y yo veníamos a pasar una temporada provenientes del interior del país. Mi padre entró de incógnito. A pesar de mi corta edad, intuía que la situación no era normal. Esta salida intempestiva de nuestra casa para visitar a unos familiares de los que nunca había oído hablar, el hecho de que mi padre no saliera jamás de la habitación, las conversaciones sottovoce de los mayores, interrumpidas cuando yo entraba, las frecuentes visitas del señor Gavrisea, que ahora resultó ser mi padrino, me llevaron a preguntar a mis padres si corríamos peligro. Ellos me tranquilizaron, pero también me hicieron algunas advertencias: No debes decir que somos judíos, y cuando te pregunten tu nombre dirás que te llamas Marieta. Curiosamente, esa negación aparente de mi identidad me llevó a compenetrarme todavía más con mi ascendencia. A hacerme sentir importante. A pesar de todo, mi situación personal no era difícil. Circulaba libremente por la casa, y podía jugar en el jardín, desde el cual, justo enfrente, se veía el cuartel ocupado por soldados alemanes que, rifle al hombro, hacían guardia caminando de un lado a otro.

Nos habíamos adaptado a esta rutina cuando, en otra agitada noche, mi «padrino», a quien todavía hoy considero como tal, vino a sacarnos de la casa con gran urgencia: alguien había delatado nuestra presencia. Si nos descubrían, no sólo estaríamos expuestos a una muerte segura, sino que exponíamos también la vida de quienes nos amparaban. Tanto



El traje de rayas fue el destino que les esperó a los más afortunados de los judíos griegos que llegaron a Auschwitz. La mayoría murió en las cámaras de gas tras la llegada.

por ellos como por nosotros, debíamos huir antes de que la vivienda fuera registrada. Esta vez llegamos a la casa de un supuesto hermano de mi madre -a quien ella veía por primera vez- pero que fue un verdadero tío para mí, Mitsos Moraitis. Fue en esa casa donde, el 12 octubre de 1944, nos unimos a una población que, eufórica, salió a la calle a celebrar la liberación de Atenas del yugo nazi.

En 1948 mis padres, mi hermano Salomón y yo, nos trasladamos a Venezuela, todavía bajo la psicosis de persecución que nos hacía temer el momento en que se supiera que éramos judíos. Fue una grata sorpresa descubrir que esto, en esta tierra de libertad y de pluralidad, no es motivo de alarma. Aquí eché raíces y aprendí lo que sé, incluyendo lo que sucedió en Grecia mientras estuve viviendo allá.

### LA SINAGOGA CONVERTIDA EN ESTABLO

Para 1942 había en Grecia 75 mil judíos plenamente identificados con su país, de los cuales 12.998 se habían alistado en el ejército griego. En Salónica, mi ciudad natal, vivían aproximadamente 50 mil, descendientes de aquellos que, habiendo sido expulsados de España en 1492, encontraron cálida acogida en esta ciudad en la que su presencia se hacía sentir en todos los aspectos de la vida cotidiana.

El 9 de abril de 1941 el ejército alemán ocupó Salónica transformando esa cotidianidad en una pesadilla. Las medidas antijudías comenzaron con el consabido uso de la estrella amarilla, la prohibición de entrar a cines, cafés y otros lugares públicos, y hasta de hablar con los gentiles.

Luego vinieron los saqueos a sinagogas, colegios, clubes, asociaciones y casas particulares. De las 36 sinagogas de la ciudad, hoy sólo sobrevive una: la misma que, trágicamente, había servido de establo para los caballos del ejército alemán. A las campañas antisemitas a través de la prensa local, siguió la primera exposición al escarnio público: El sábado 11 de julio de 1942, 10 mil hombres judíos fueron reunidos, ¡qué ironía!, en la Plaza de la Libertad, donde se les sometió a humillaciones y torturas. En diciembre de ese mismo año los alemanes comenzaron a demoler el gran cementerio judío y a usar las lápidas para construir caminos. Desesperados, los miembros de la comunidad se lanzaron a buscar los restos de sus familiares muertos. No tuvieron éxito.

Sucesivamente, seis mil familias debieron entregar las llaves de sus propiedades a las autoridades alemanas; se crearon guetos en los que se amontonaba a las víctimas, y el editorial del periódico Apogevmatini, controlado por los alemanes, tenía el siguiente título el 27 de febrero de 1943: «Desháganse de ellos».

El 15 de marzo empezaron las deportaciones en tren a Auschwitz, y, en diecinueve viajes, se vació a la ciudad de su población judía.

### LA ACRÓPOLIS DE LA MUERTE

En Atenas las deportaciones comenzaron más tarde, cuando la administración italiana fue sustituida por la de la Wehrmacht. Para entonces ya se sabía del destino de los deportados, por lo que muchos judíos escaparon a las montañas donde se unieron a la fuerza subversiva

griega, una de las más efectivas de la resistencia europea durante la dominación nazi. Otros, como fue el caso nuestro, lograron ser escondidos en casas de familias cristianas piadosas.

En la mañana del viernes 23 de marzo de 1944, la SS exigió la reunión de todos los judíos de Atenas en la Sinagoga de Melidoni. A los que ya se encontraban allí, se unieron aquellos que habían sido sacados de sus escondites, y otros que se presentaron voluntariamente para no ser separados de sus familiares. Cuando estuvieron adentro, la puerta se cerró y todos los presentes fueron enviados a Auschwitz, donde los recibió, personalmente Josef Mengele, quien seleccionó 320 hombres y 328 mujeres para sus abominables experimentos genéticos. Los demás fueron gaseados y quemados en los hornos crematorios.

El operativo se extendió por toda Grecia. Los que no se presentaban eran amenazados de muerte. Se produjeron incidentes patéticos: En Patras, un sacerdote griego se acercó a ofrecerle un cigarrillo a uno de los deportados. El supervisor alemán de la operación, Toni Burger, mató al prisionero en el acto y habría hecho lo mismo con el sacerdote de no haber intervenido la policía griega. Ante los estupefactos espectadores Burger señaló el cadáver e hizo el siguiente comentario: «Éste es el más sortario de todos estos judíos».

En números, 48.212 judíos fue el aporte de Salónica a los 6 millones de víctimas del Holocausto. Es fácil decirlo en cifras, englobar a 6 millones de personas en una sola frase. Sin embargo, detrás de cada uno de estos seis millones hay una historia que jamás será contada, y



alrededor de cada una de estas historias sin relatar, hay muchas más, las de los sobrevivientes de las terribles experiencias de los campos de concentración y las de los dolientes que, si bien no sufrieron en carne propia los rigores de la «Solución final», lo hicieron el haber perdido a sus seres queridos.

**«48.212 judíos fue el aporte de Salónica a los 6 millones de víctimas del Holocausto».**



# BULGARIA: LO QUE SÍ PUDO HACERSE

*Mati Raitán de Jakubowicz*

\*Una de las excusas más manidas de los dirigentes europeos sobre su pasividad durante el Holocausto es que no había nada que hacer ante el avance de los alemanes. El caso búlgaro muestra exactamente lo contrario y cómo un pueblo pudo defender a sus conciudadanos con acciones morales y éticas.



Regina y Elías Raitán con el pequeño Salomón en la época del Holocausto.

**H**ay una historia maravillosa, única en el mundo, que sin embargo es muy poco conocida: la de Bulgaria, ese pequeño país balcánico que logró salvar a todos los judíos que vivían en su territorio.

Tantas veces oí y leí las historias de los sobrevivientes de las matanzas del Holocausto, dramáticos relatos de quienes fueron testigos, a veces presenciales, de la muerte de todas las personas a su alrededor y que milagrosamente sobrevivieron. Lo que nunca sospeché, seguramente por ignorancia, es que yo también era sobreviviente -lo somos todos de algún modo- pero en este caso, para contar una historia diferente, una de coraje y determinación, de una férrea oposición a los designios del máximo tirano de la muerte.

Durante años el régimen comunista búlgaro trató de ocultar la verdadera historia sobre el rescate de sus ciudadanos judíos por una simple razón: porque esta salvación fue realizada por tres de los mayores enemigos del comunismo: la Iglesia, la realeza y los políticos que los adversaban. El régimen comunista no podía admitir ese hecho porque contradecía sus postulados básicos; es por ello que lo atribuyeron al «pueblo búlgaro» y a los valientes comunistas, una explicación insatisfactoria que dejaba muchas interrogantes sin respuesta, pero que hacen que hoy pueda contarse la verdadera historia sobre la cual existen investigaciones serias basadas en archivos y documentos de la época.

Nací en Plovdiv, la segunda ciudad más importante de Bulgaria, después de su capital Sofía. Mis abuelos, mis padres, mi hermano y el resto de mis familiares nacieron allí y en otras ciudades como Burgas y Jascobo.

Existen tres corrientes para establecer la procedencia del origen de los judíos búlgaros: en primer lugar, de los llamados «romaniotas» que fueron llevados a Bulgaria después de la destrucción del Primer Templo de Jerusalén y establecieron junto a los fenicios colonias para comerciar con las tribus locales, como aparece en pruebas arqueológicas del siglo II a.e.c, convirtiéndose en una de las comunidades más antiguas de Europa; en segundo término, de aquellos expulsados de España en el año 1492, y después también de Portugal, que llegaron a Bulgaria durante el dominio del imperio otomano, donde fueron bien acogidos y conocidos como los «sefarades», cuya lengua era el judeoespañol y que

constituyeron el 90% de la comunidad judía local: y tercero, de los ashkenazíes, que en los siglos sucesivos llegaron principalmente de tierras germanas y que hablaban yidish.

Cualquiera que haya sido el origen, -aunque el mío particular parece ser el de los expulsados de España- es bonito saber que los judíos siempre fueron bien acogidos en Bulgaria, aun las olas inmigratorias que provenían de las Cruzadas, y aquellos que venían de Hungría y de la expulsión de Baviera en 1470.

Realmente de estos tres grupos fueron los sefardíes, gracias a su mayor cultura y número, los que absorbieron a los romaniotas y a los demás judíos provenientes de otros países, imponiéndoles el idioma, el folclore y las costumbres traídas de España.

En 1878, al liberarse Bulgaria del imperio otomano, los judíos se integran rápidamente a la vida del nuevo Estado y siguen su convivencia armónica con el pueblo de los Balcanes. En 1909 se inaugura la bella sinagoga de Sofía y al acto asiste la elite búlgara e incluso el zar Fernando y su esposa Eleonora.

Los judíos, por su parte, fueron ciudadanos fieles a su país y además eran muy patriotas. Prueba de ello se puede conseguir en los numerosos monumentos dedicados a los muertos en las tres guerras para la unificación de Bulgaria (1912-1918) entre los cuales están grabados muchos nombres judíos, entre los que figura mi abuelo paterno Salomón Shabatov Raitán, quien murió el 22 de octubre de 1915 en la unidad militar de Rilski a los 26 años de edad dejando viuda a mi abuela con cinco hijos, y a mi papá huérfano de seis años.

En el periodo que va desde 1923 al 1925, cuando Bulgaria estuvo dos veces expuesta al derramamiento de sangre, hubo judíos en ambos bandos, entre los cuales figuraron Marcos Friedman y Joseph Herbst, un renombrado periodista, director de la primera agencia búlgara de telégrafos.

En 1939, había en el país 48 mil judíos, lo que representaba el 0,8% de la población total de seis millones de habitantes. En 1940, como consecuencia de la presión ejercida por los alemanes sobre las autoridades búlgaras para la «solución de la cuestión judía», la Asamblea Nacional, aun con claras opiniones en contra, adoptó la «Ley de la defensa de la nación», que trajo como consecuencia la

## «Fueron las protestas de los líderes políticos y clericales los que se opusieron a los planes, entre ellos el diputado Dimitar Peshev»

persecución de los judíos, a quienes se les prohibió la práctica de ciertas profesiones, la circulación por determinados lugares, la imposición de llevar la banda con la estrella de David amarilla -que mis padres y familiares también llevaron en sus ropas- y una serie de restricciones más.

De esta época data el trágico evento que simbólicamente representa la desesperación de la comunidad judía búlgara: una embarcación con el nombre de Salvador con 326 inmigrantes a bordo rumbo a Palestina, sucumbió en una tormenta en el mar de Mármara, en la que murieron 213 personas, incluso 66 niños. Sólo se rescataron 122 personas, marcando así el final de la inmigración ilegal a Palestina. Un barco más, el Dorian II, tuvo éxito al salir del puerto de Varna, en marzo de 1941, con 170 inmigrantes a bordo, poco antes que los alemanes entraran allí. Un mes después, 65 niños judíos abandonaron Bulgaria vía Turquía, con visas oficiales a Palestina. Fueron los últimos en salir antes del cierre de las fronteras búlgaras.

Durante los años subsiguientes fueron muchas las restricciones y los planes detallados de deportación de los grupos de judíos a los campos de concentración polacos liderados por los antisemitas como el Primer Ministro Filov, Gabrovsky y Belev.

En mayo de 1943, el gobierno búlgaro anunció la expulsión de 20 mil judíos de Sofía hacia las provincias. Las protestas de judíos y gentiles fueron brutalmente aplacadas por la policía y la operación se llevó a cabo en dos semanas. En ese mismo año, en dos oportunidades, el gobierno búlgaro, aliado de Alemania, planificó el cumplimiento de las demandas nazis para la deportación de los judíos.

De esa época data la entrega de mi hermano de seis años, a vecinos gentiles para poder salvarle la vida antes de que mis padres fueran deportados cuando se les ordenó recoger apresuradamente algunas pertenencias para que la policía se los llevara.

Pero el llanto, la desesperación y la seguridad de una liquidación cruel quedaron en suspenso. No se los llevaron. Los vagones de los trenes estacionados tuvieron que partir vacíos. En ese momento no sabían lo que había pasado, pero los judíos de Bulgaria se salvaron en el último minuto. La comunidad en su totalidad sobrevivió la Guerra, ni un judío búlgaro fue deportado del reino y mi familia recuperó a mi hermano.

Fueron las protestas públicas de los líderes políticos y clericales los que se opusieron a los nefastos planes, entre los que destaca especialmente un diputado de la Asamblea Nacional, Dimitar Peshev, quien lideró el movimiento de rechazo a la deportación de los judíos apoyado por la mayoría de la sociedad y por eminentes líderes judíos, que condujeron al rey Boris III a cancelar los planes de deportación, para así salvar a los 50 mil judíos de esa nación: un caso único en la historia del Holocausto.

El antisemitismo, así como la Ley de defensa de la nación, eran ajenos a todos los estratos del pueblo, que se cuenta entre los menos antisemitas de Europa. Aun antes de la conquista otomana, los búlgaros vivieron cinco siglos con los judíos, con griegos y otras minorías en una sociedad oprimida, pero igualitaria. Hoy Bulgaria sigue fiel a esa tradición.

La actuación de este país no tuvo parangón con ningún otro de la esfera de influencia nazi. La

cruzada en contra de la Ley de defensa y la deportación contó con el apoyo de amplios sectores que se enfrentaron al gobierno una y otra vez. Aun aquellos miembros progobierno del Parlamento no acompañaron en su política antijudía al primer ministro Filov, a quien debían sus curules. Ni siquiera el entusiasmo de la unificación de la Gran Bulgaria, logrado por la alianza con Alemania, hizo aceptar el tratamiento vergonzoso a que estaban sometidos los judíos. Muchos fueron los parlamentarios que firmaron la protesta de Peshev y al hacerlo, produjeron la única rebelión contra la política gubernamental, en tiempos de guerra, apoyada por afines al gobierno.

Sin ser mayoría se opusieron a la deportación que habría manchado al país de un modo indeseable. Tuvieron la firmeza para defender el honor de su país y de su pueblo que consideraban un valor político de primer orden. Una iniciativa de coraje y moralidad, en defensa de la Constitución que garantizaba la absoluta igualdad de las minorías y que sirvió de marco a la decisión y a la acción salvadora del rey Boris, quien arriesgó su vida, pues se dice que murió envenenado en Alemania.

Bulgaria fue el único país del mundo en el cual la población judía creció en el período de 1941 a 1945, y llegó a contar con 50 mil ciudadanos de fe mosaica. Los judíos búlgaros estaban muy orgullosos de su judaísmo -aun cuando muchos no sabían muy bien en qué consistía- y también de su sionismo.

En 1948 con la creación del estado de Israel, la gran mayoría de esa población emigró al naciente Estado, para establecerse principalmente en Jope (Yafa), Ramala y Lod. Muchos historiadores definen a esa comunidad como «la mas sionista de Europa» y en Israel, adonde también emigró mi familia en 1949, fue considerada como una de las comunidades más trabajadora, educada y patriótica.

Mientras aprendían el nuevo idioma y se volvían ardientes ciudadanos israelíes, hicieron de la ciudad de Jope un enclave búlgaro, todo allí lo era: las tiendas, los abastos, los periódicos, los libros y el equipo de fútbol, Macabi-Yafo. Allí mis padres, mi abuela, mis tíos y primos recordaban seguramente los paisajes búlgaros, la vida artística e intelectual, el yogurt y los quesos, las playas del mar Negro y el Valle de las Rosas. Hasta allí trasladaron su herencia sefardí y fue en ese lugar y desde los tres años donde aprendí el yudezmo -antiguo dialecto espa-

ñol- como mi primer idioma, salpicado de versos y proverbios, de los sabores y el aroma de la tradicional comida mediterránea, arrullada por las canciones de cuna que cantaban mamás y abuelas en el dulce idioma de Miguel de Cervantes.



A la inauguración de la sinagoga de Sofía (en la gráfica) asistieron los reyes búlgaros.

# RUMANIA: IASI: «LA CIUDAD DE LA MATANZA»

Marcko Glijenschi S.

«¡Cuán grande es el dolor!  
¡Cuán grande la vergüenza!  
¿Cuál es el mayor de los dos?  
¿Puede usted, hijo del hombre,  
nombrar?»

Biálik

**E**l poema «La ciudad de la matanza» de J.N. Biálik nos lleva, con sangre y lágrimas, a Iasi -Rumania- en los dramáticos días de enero de 1941.

Retumba aún en mis oídos el largo y profundo gemido de mi madre al enterarse del asesinato de su hermano Lupu y de su sobrino Harry, recién ingresado en la universidad.

¿Puede oído alguno quedar sordo a este terrible eco? ¿Qué corazón no sufre y qué conciencia no se altera?

Ningún ruido podrá tapar las risas mofantes de los asesinos frente a los gritos de los hombres, mujeres y niños en las calles de Iasi, cruelmente golpeados con las culatas de los rifles y luego colgados en ganchos de carnicería para exhibirlos como la carne de los animales. Muchos otros fueron enviados a la muerte dentro de vagones y camiones usados para llevar ganado. Las leyes especificaban cuántos animales debía llevar cada camión, pero los seres humanos no tenían el mismo derecho. Camiones que normalmente transportaban cuatro caballos llevaban ahora hasta cien judíos con las ventanas cubiertas para evitar cualquier ventilación. Ni siquiera balas se dignaron en gastar para matarlos, ya que los «judíos no merecían este privilegio».

¡Escucha tú también, estimado lector, no trates de evadirte! Aunque te moleste en tus placeres diarios y en la vida bobalicona que llevábamos hasta ahora. Se lo debes a aquellos correligionarios que fueron masacrados sin misericordia alguna. Te lo debes a ti mismo, tú que amas la vida, la justicia y odias la muerte.

Congela la sangre al escuchar los relatos sobre los quejidos de los moribundos en el patio de la estación de policía de Iasi; el gemido de los niños cortados por las espadas inmisericordes y cuya sangre coloreaba la nieve de las calles de Iasi, Bucarest y del bosque de Jilava. El sonar de las últimas oraciones de los fieles en el templo español de la Sinagoga Vieja y de otras casas de rezo.

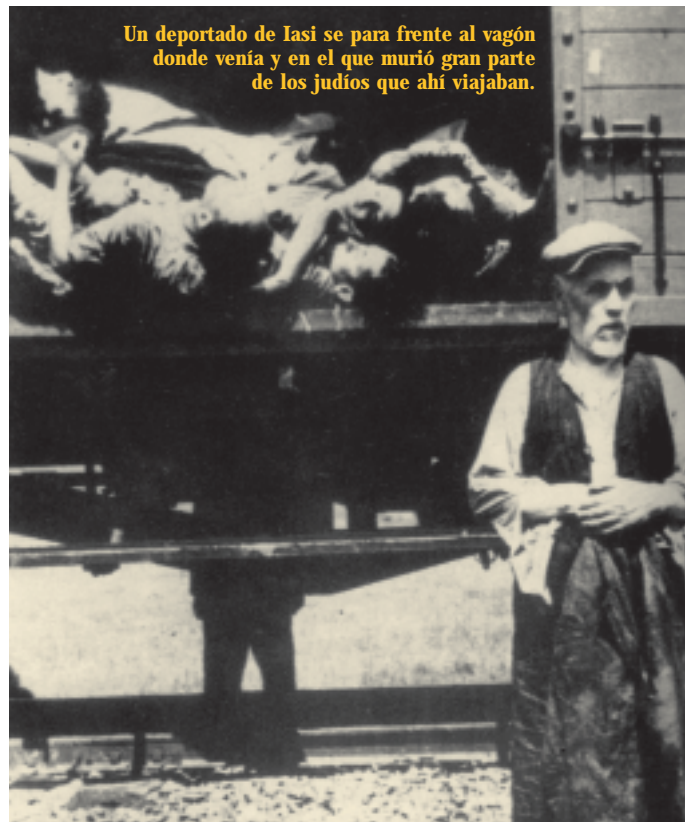
Fue la misma época en la cual Eichmann llevó a los judíos de Oradia, Cluj, Dej, y Cani hacia los hornos crematorios y cuando los oficiales de Hotin y Salais echaban al fuego los bebés de pecho; cuando Ilse Koch hacía pantallas de lámparas con piel de judíos y los S.S. manufacturaban jabones cínicamente marcados con las letras R.J.F. (rein jüdische Fätt, pura grasa judía) y las montañas de zapatos de niños quemados en Auschwitz se amontonaban, cuando el trabajador de Baia, provincia de Moldavia, donde yo nací, Joan Ozan, escondía en su casa, a riesgo de su vida, a nuestro amigo Isaac y así éste se salvó. Lo mismo, el mecánico de tranvías Vaidia, también de la misma provincia, salvó a la familia

Zínder y a sus cuatro hijos. Dos caras de la misma moneda de los seres humanos. De los rumanos.

La mayoría de los judíos de Rumania sobrevivientes nos dispersamos por el mundo entero, muchos fueron a Israel. Todos repetimos en nuestros rezos (los que rezan): «Éstos son los nombres...» Nombres de seres queridos de Iasi que perecieron en el torbellino de las torturas durante los días y noches del mes de Shvat del año 5701.

Apenas terminada la guerra y con la mirada hacia la futura construcción del Estado de Israel, los judíos no nos quedamos en las lamentaciones sobre las ruinas -como Jeremías- ni permitimos que el recuerdo de nuestros mártires fuera en vano. Luchamos para lograr un mundo mejor, de paz y justicia para todos los «correctos» del mundo.

Demasiados ríos de sangre y lágrimas han fluido para que los judíos no hayamos aprendido que no debemos quedarnos de brazos cruzados y de que, conjuntamente con todos los que creen en la rehabilitación del hombre, aquel que fue «hecho a imagen y semejanza de Di-os», logremos un arreglo en las mesas de negociaciones y no en las batallas desiguales.



Un deportado de Iasi se para frente al vagón donde venía y en el que murió gran parte de los judíos que ahí viajaban.



# HUNGRÍA: PRIMERA ESTACIÓN: KAMENYEC PODOLSK

(Relato por Imre Vador y traducido del húngaro por su hija Klara Vador de Chocrón)

Comparado con el genocidio de los seis millones de judíos, víctimas del Holocausto, entre los cuales se incluye el exterminio de seiscientos mil judíos húngaros, pareciera poco relevante un suceso casi desconocido: el vil asesinato de veintitrés mil judíos denominados «apátridas», por órdenes directas de las autoridades gubernamentales húngaras.

Un sobreviviente del Holocausto, quien tiene hoy noventa años de edad, se enteró en las navidades de 1941 -tres años antes de la penetración de los alemanes en Hungría- de este genocidio, gracias a la información suministrada por un amigo de tendencias izquierdistas, quien sirvió como zarpador en la zona de la Galicia eslava ocupada por húngaros y alemanes. Le contó la cruda realidad observada personalmente por él en Kolomea y Kamenyec Podolszk (ciudades también conocidas como Kolmya y Kamenets-Podolsk) y en qué condiciones desastrosas llegaron los judíos «apátridas» de Hungría, acompañados por los gendarmes.

En aquel entonces no tenía el narrador conocimiento de los datos precisos, aunque aseguraba haber visto a varios miles de hombres, mujeres y niños que, en grupos de a mil, llegaban desde el campo de concentración de Körösmeze, en camiones de las SS, con destino a Kolomea, y desde allí los «arrebaban» en grupos de a quinientos, a marcha forzada, hasta Kamenyec Podolszk, quedando bajo la responsabilidad de las milicias ucranianas, que asumían tal tarea en «amable consideración» a los soldados alemanes de las SS, y las Sicherheitsdienst (servicios de seguridad), para que no se «fatigaran».

Estos ucranianos resultaron ser peores aun que los alemanes, comportándose como bestias crueles e inhumanas. Durante el trayecto, no solamente gritaban e insultaban a los judíos y les arrebataban sus pertenencias, sino que les golpeaban, violaban a las mujeres y los asesinaban impunemente.

El amigo también supo que la mayoría de estos hombres, mujeres y niños fueron vilmente inmolados, despojados de sus ropas y enterrados en tumbas cavadas por ellos mismos. Los horrores que vio y observó le produjeron tan fuerte impacto que durante semanas no pudo apenas comer ni dormir, y aún en el momento de relatar este suceso -luego de tres meses de los hechos- estaba todavía sobrecogido por la impresión de tales acontecimientos. Cuando el relator contó a su familia y amigos lo que este soldado en licencia le había narrado, nadie le quiso creer...

## ANTECEDENTES

El 22 de junio de 1941 se inició la ofensiva alemana contra la Unión Soviética. El entonces jefe del Estado Mayor Conjunto de Hungría, Henrik von Werth, seguía una política pronazi y quiso convencer al primer ministro Laszlo Bárdossy de que Hungría debería participar en la guerra «por decisión propia». Los éxitos logrados en el frente ruso cegaron a la «derecha» que exigía, cada vez con mayor vehemencia, la

intervención de Hungría en la campaña contra la Unión Soviética, así como una actuación firme contra los judíos. Deseaban para éstos el mismo destino que el que ya estaba sufriendo la judería asentada en Alemania.

La prensa de las derechas y fascistas de Hungría tenían como contenido permanente y diario el tema de que «Hungría estaba llena de refugiados judíos de Polonia, Checoslovaquia y los Cárpatos rusos». Ciertamente, Hungría había sido lugar de refugio de muchos judíos provenientes de territorios ocupados por los alemanes. Algunos de estos comparecieron ante las autoridades húngaras, otros optaron por ocultarse haciéndose de documentos falsos o bien, decidieron huir a otros países.

La función del organismo húngaro que controlaba el manejo de estos refugiados cambió, una vez que Hungría se incorporó a la guerra al lado de los alemanes. Fue nombrado como jefe de Departamento un húngaro antisemita de origen étnico alemán llamado Amón Polczer Pasztoy, quien organizó y dirigió la deportación de los «judíos apátridas».

Uno de los agentes principales de la Oficina de Control de Refugiados Extranjeros, conjuntamente con el comisario principal de la Policía, urdieron un plan diabólico que hicieron llegar al gobernador de la región de los Cárpatos. Este plan consistía en deportar a los judíos apátridas registrados hacia los territorios ucranianos ocupados, bajo la jurisdicción militar húngara.

Una resolución posterior reglamentó los detalles de la deportación. Además de sus útiles y enseres personales, los deportados podían llevar 30 pengos y víveres para tres días y estaban obligados a presentarse ante las autoridades de Körösmeze. Para asegurar el cumplimiento de dichas normas, la policía desató una implacable y eficiente cacería.

Innumerables fueron quienes hubieron de ser deportados a Kolomea y más tarde, a Kamenyec Podolszk, y gran parte de ellos debido a denuncias de falsos amigos o vecinos. Según los pormenorizados informes alemanes sobre sus operaciones en Rusia, al 11 de septiembre de 1941, habían ejecutado a 23 mil 600 judíos, de los cuales 5 mil 600 eran lugareños y 18 mil eran provenientes de Hungría.

Después de la guerra, la dirigencia húngara achacó la culpa de estos crímenes a los alemanes, o bien, adujeron que todo se hizo siguiendo órdenes superiores, aunque es sabido que quedó demostrada la falsedad de tales argumentos. Según la declaración de Eichmann cuando lo juzgaron, «sin la ayuda desinteresada y solícita de las autoridades y demás organizaciones húngaras, hubiera sido imposible deportar en dos meses a los judíos húngaros». Este testimonio es igualmente válido para los 18 mil judíos apátridas ejecutados en tierras ucranianas en aquel aciago año de 1941.



Imre Vador en la época en que vivía en Hungría.

# La «Santificación del nombre» durante el HOLOCAUSTO

Ester Farbstein

*Extracto del libro Beséter raam (Perspectivas de la fe: teología y liderazgo durante el Holocausto)  
Traducción Isaac Yohal, director para Latinoamérica de la Universidad Bar Ilán. Israel.*

Las víctimas del Holocausto han sido denominados «santificadores del nombre de Di-os», tanto en la literatura tradicional como en la que eterniza sus memorias. En la historia del pueblo judío, santificar el nombre de Di-os significaba sacrificarse tal como lo hicieron Rabi Aquiba o Ana y sus siete hijos, quienes murieron por no renegar el nombre de Di-os y seguir siendo fiel a Él, a la Torá y a su nación.

Durante el Holocausto, las circunstancias fueron totalmente diferentes, pues surgió un «nuevo» aspecto en la santificación del nombre: el de la vida. La importancia de sobrevivir a toda costa durante la II Guerra Mundial se convirtió en un valor supremo. El motivo de este proceso es obvio, ya que los nazis, a diferencia de perseguidores tradicionales, no sólo querían acabar con la fe judaica, sino exterminar físicamente al pueblo.

Para impedir que esto se efectuara, era necesario convertir la «santificación de la vida» en un valor y hasta en un mandamiento religioso. Realmente este concepto no es nuevo entre los filósofos judíos, pues en la Torá aparece varias veces la sentencia «Y vive en ellos», o sea que la Ley es para ser vivida, los mandamientos son para vivir y hasta expresamente ordena la Torá: «Y cuidarán mucho sus almas», y así lo interpretan los rabinos: «La protección de la vida lo posterga todo», es decir que lo esencial es resguardar la existencia.

El valor supremo de proteger la vida sólo tiene tres excepciones: servir a otros dioses, las relaciones sexuales prohibidas con familiares cercanos y asesinar. Sólo en estos tres casos es mejor, desde el punto de vista judaico, morir que transgredir estas prohibiciones.

52

Es por ello que durante el Holocausto, los valores básicos de santificar el nombre de Di-os y la vida continuaron vigentes, sólo que esta última se convirtió en la única respuesta posible al programa nazi de exterminar a todo el pueblo judío.

En el kadish que se reza en memoria de las víctimas del Holocausto se los denomina «santos» (kedoshim), es decir, que cumplieron con mandamiento de santificar el nombre de Di-os y esto se basa en el decreto del Rambam (Maimónides) que reza que todo judío asesinado tan sólo por ser judío se puede considerar santo.

Basándose en este decreto se pronunció el rabino de la ciudad de Lénovitz, Aarale Rabín, cuando salía hacia el cementerio vestido de kítel -manto que también se usa como mortaja- junto a su colectividad: «Queridos

hermanos, nosotros ahora pasaremos al Reino del Todopoderoso (...) luego de tanto sufrimiento y torturas infernales que hemos tenido en esta tierra, se nos promete el Paraíso (...) es por ello que no tienen que preocuparse. (...) Felices de ustedes, felices de nosotros que morimos

como judíos, esta muerte es considerada como muerte santificando a Di-os porque todo nuestro delito es el ser judío». Según esta afirmación, los seis millones asesinados en el Holocausto, son santos que honraron el nombre de Di-os.

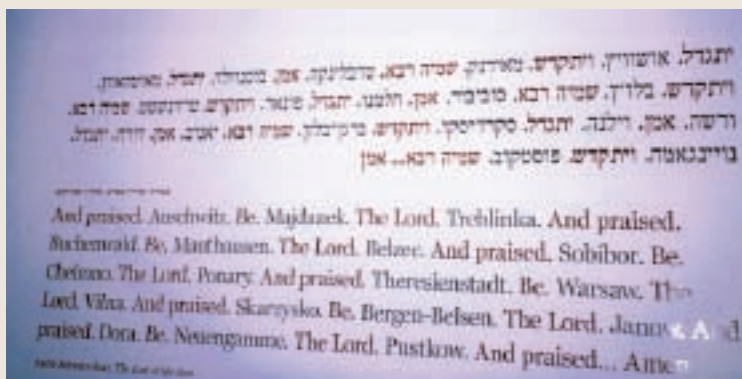
Existe también otra categoría de santificar el nombre Divino: el salvar a un judío o morir luchando para salvarlo. Los ejemplos de actos heroicos de salvamento de gente fueron numerosos durante el Holocausto, uno de estos fue cuando en Cracovia, los rabinos de la ciudad intentaron interceder ante las autoridades de la Iglesia para salvar a los judíos de la comunidad y sólo consiguieron que los entregaran a los nazis, quienes los ejecutaron. Ellos santificaron el nombre de Di-os, al exponerse al peligro para proteger a la comunidad.

Algunos historiadores amplían la definición de santificar el nombre durante la Shoá, e incluyen en ella también la manera en que enfrentaron los judíos su destino, pues lo hicieron en silencio, con honor, sin llanto y sin humillarse frente al enemigo. Muchísimos son los ejemplos y los testimonios de gente que fue con la cabeza erguida hacia la muerte.

Es importante señalar que como todo mandamiento, la santificación del nombre debe realizarse con la debida intención y son innumerables los casos en que los rabinos y líderes comunitarios prepararon a sus comunidades al respecto, estudiando cómo desarrollar la concienciación del precepto. Un ejemplo de este proceso fue el libro que escribió en aquella época el rabino Moshé Jaim Lau, y otros numerosos rabinos que redactaron y dictaron numerosas clases al respecto.

A tal punto llegó la asunción consciente de la mitzvá de santificar el nombre de Di-os que hubo una discusión sobre cómo debía hacerse la bendición respectiva antes de morir. Finalmente, lo que prevaleció fue en general que antes de la muerte los judíos recitaran la «Shemá Israel», con lo que se aceptaba el destino conservando la fe en el Todopoderoso.

Otra expresión de los preparativos para morir santificando el nombre de Dios durante el Holocausto era ponerse el talit (manto religioso), o la ropa de shabat o prepararse como si se tratase de Yom Kipur. Indudablemente una de las características durante la Shoá fue el silencio con que los judíos se dirigían hacia la muerte. Éste fue interpretado como la asunción o aceptación de la voluntad o juicio divino, convirtiendo la voluntad de Di-os en las suyas propias.



**Versión del kadish (oración por los muertos) en combinación con los nombres de los campos de concentración. Yad Vashem, Jerusalén.**



EL NAZISMO COTIDIANO

# Cuando la ESTÉTICA sustituye a la ÉTICA

Marianne Kohn Béker

A quienes nos tocó la mala suerte de observar la casi liquidación de la judería europea; y después tener la fortuna de ver el establecimiento del Estado de Israel; no podíamos sospechar que -a estas alturas- nos encontraríamos más agobiados que nunca por dudas, pesadillas y la sensación de no saber adónde va a ir a parar ese futuro en el que nosotros mismos no estaremos, pero sí nuestros descendientes.

Parecería que la frase «Nunca más», repetida hasta el delirio, nos llenó de falsas ilusiones. Hoy, cuando no somos los directamente castigados, somos espectadores de los más aberrantes crímenes e injusticias contra la humanidad. Vemos cómo el odio de una nación contra la otra puede desembocar hasta en el sacrificio de la propia vida, o peor aun, en la de sus propios hijos, casi niños, con tal de sentir la satisfacción de haber causado cuantiosos daños al «otro». Y los resultados son millares de inocentes sacrificados.

Paralelamente, sucede algo totalmente irónico: quienes gozan de la fortuna de haber quedado fuera de los dramas de la humanidad, tampoco ejercen la libertad de la que supuestamente somos acreedores. Las exigencias laborales y sociales son, a la vez que seductoras, gracias a la publicidad, aberrantes, puesto que nos mantienen ocupados hasta el punto de neutralizar toda opinión y dar la espalda a todo lo que ocurre fuera de nuestro entorno, porque nos desvivimos por afianzar posiciones y cargos en empresas que sólo aseguran empleo a quien haya convenido en creerse su dueño, a pesar de trabajar en ella como esclavo.

Por lo tanto, somos meros prisioneros -aunque parezca incongruente y muchos no se percatan siquiera de ello- del trajín cotidiano que nos roba el tiempo necesario para reflexionar sobre lo que ocurre en el mundo. «¿Por qué?» no es la pregunta que responde a esta nueva forma de vivir en la actualidad, sino «¿para qué hace falta tanta dedicación y empeño al trabajo?». La respuesta obvia sería prestigio social y laboral. Pero en el mundo de hoy no es suficiente volverse un adicto al trabajo. Para alcanzar el status deseable se deben seguir, además, estrictamente la última dieta y utilizar el mínimo tiempo sobrante en el gimnasio, cuidar el rostro y la figura que son necesarios tener, y estar atentos sólo a eso. Es un círculo vicioso enrarecedor que constituye la tela de araña en la que estamos atrapados.

Sin que la mayoría lo perciba, la estética ha usurpado el lugar que corresponde a la ética, los valores están trastocados, y la realidad quedó velada, desaparecida, tapiada por la percepción. La superficialidad en la que preferimos movernos, como una alfombra mullida, esconde lo que se teje, sin descanso, por dentro. Es mejor no enterarse, no darle importancia, banalizar nada menos que esas tendencias ocultas determinantes de nuestro destino, del hacia dónde vamos.

## ¿Hacia dónde vamos?

Lo que acabamos de describir, ¿es en verdad novedoso? ¿No tiene un parecido escalofriante con los grandilocuentes afiches de los nazis y sus

**\*La discriminación sigue campando de forma sutil: la estética sustituye al racismo, el consumismo al kapo del campo de concentración, y el odio antiisraelí al antisemitismo religioso. Ahora, como entonces, la propaganda usa carteles con imágenes «bellas» para inyectar la noción de la superioridad.**

obras de arte? En ellos se reflejaba una ideología plasmada en imágenes conducentes a enfatizar la belleza. Todos los alemanes debían percibirse a sí mismos como efesos, eternamente jóvenes, dioses y diosas griegas entregados a emular la naturaleza, mientras el resto del mundo se dividía en material de desecho.

Nosotros también somos súbditos de un reino pagano poblado de héroes mitológicos, gobernado por ídolos. Esclavos ignorantes de nuestra condición, dispuestos a seguir fielmente los instructivos, sin hacernos preguntas difíciles de contestar. Una especie de felicidad o más bien complacencia, impuesta desde fuera, cegadora, ensordecedora, para dejar de ver al otro hombre como hombre, dejar de con-prender, con-partir, consolidarse con él; porque sólo así es posible des-oír, des-viar la atención de sus expresiones de sufrimiento, des-entenderse de él, y vivir de espaldas a los horrores cometidos o por cometer contra quienes, después de todo, no son sus «iguales», no «pertenecen» y por lo tanto no deben ocupar un puesto al sol. Gente dispuesta a dejar hacer y deshacer a sus anchas, impune, a la injusticia.

Esos jóvenes que pululan en países desarrollados, que se lanzan como fieras contra inmigrantes, no son sino representantes del mensajes sonoro o callado que insiste en señalar a unos como usurpadores de su lugar. Su ilegitimidad ocurre tan pronto como la heterogeneidad es acusada de ser la razón del descontento, del desencuentro. Estamos de regreso a razones pseudobiológicas o pseudoreligiosas para diferenciar los que tienen permiso a «estar adentro», que es «estar conmigo», de los que no.

Lo más impactante de esta situación es que la discriminación está a la orden del día de parte de algunos intelectuales que se autodenominan de «izquierda». Me pregunto cuál sería su motivación real, tan dispuestos a «socorrer» a los inmensamente ricos soberanos de países petroleros, y a saciar el hambre de los ignorantes y necesitados sólo con odio y envidia. Imagino que les parece más conveniente que enseñar a respetar al prójimo, llámese israelí o israelita. Entonces, no tengo más remedio que comulgar con Kertesz, que no es necesario ser malo para hacer el mal y que, al contrario de lo que pensaban inocentes racionalistas como Russell, el mal reina sobre la tierra y el bien es el que no es banal, por la simple razón de que es casi inaccesible.



EL NACIONALSOCIALISMO ALEMÁN ANTE LAS MINORÍAS

# «Los triángulos de los DIFERENTES»

Alberto Jabiles

La exclusión como política de Estado fue la norma en la Alemania nazi, en búsqueda de la «perfección», lo que dejó de lado grandes grupos de seres humanos, entre quienes estaban eslavos, gitanos, testigos de Jehová, comunistas y homosexuales

Teniendo como meta la imposición de la hegemonía racial aria en el continente europeo, los militantes y simpatizantes del nacionalsocialismo alemán consideraron de primera importancia la persecución y exterminio de diversos grupos nacionales, étnicos, religiosos, políticos y sociales que no encajaban dentro del Reich que buscaban crear para los siguientes mil años.

Para ello, los nazis implementaron, poco a poco pero a paso seguro, una serie de dispositivos legales desde el mismo 30 de enero de 1933, fecha en que Adolf Hitler es nombrado Canciller por el Presidente Hindenburg, expulsando a los indeseables para ellos de la administración pública y de los centros educativos para, finalmente, transferirlos a campos de concentración, trabajos forzados y exterminio.

Su objetivo primario fue atacar a la segunda fuerza política de Alemania, los comunistas y los socialistas, a quienes consideraban traidores y enemigos de la nación alemana, a quienes acusaron del incendio del Reichstag, por lo que fueron ilegalizados de inmediato y deportados a campos de reeducación. Siguió con los líderes sindicales, los desafectos y todo aquello que no encajara en la estrecha definición nazi de la «nación». La represión la llevaron adelante prioritariamente las SS, fuerzas paramilitares creadas en 1925 y fortalecidas por el régimen, y la Gestapo, que era la policía secreta nazi y que contaba con una densa red de espías y delatores. El terror se ejercía de forma directa: por medio de la censura, las agresiones físicas, los arrestos y las detenciones en campos de trabajo.

Dentro de las minorías étnicas y religiosas perseguidas en un principio y exterminadas sistemáticamente después identificamos a los eslavos, gitanos y testigos de Jehová. A su vez, la vejación de la que fueron objeto las minorías homosexuales merece una especial atención al tratarse de acciones amparadas en leyes discriminatorias de existencia previa a la llegada del nazismo al poder y una actitud hostil proveniente incluso de otros compañeros de cautiverio.

**ESLAVOS:** son el componente étnico con mayor presencia en el oriente europeo y eran considerados por los nazis como un grupo subhumano. El maltrato hacia este grupo se vio reflejado en los bombardeos



Fotografías de una gitana encontrada en los registros de los nazis.



Familia gitana en un campo de concentración.

indiscriminados de la Wehrmacht a las zonas densamente pobladas y a los fusilamientos masivos de las que eran víctimas los aldeanos del occidente soviético. Se calcula que más de 20 millones de eslavos cayeron víctimas del nazismo. A su vez, los prisioneros de guerra soviéticos y polacos que eran deportados a los campos de exterminio eran sometidos a una subalimentación y un trato brutal. En Auschwitz fueron las primeras víctimas de experimentos con el gas Zyklon B. En algunos casos, para escapar a este trato, numerosos prisioneros de guerra eslavos se ofrecieron como guardianes en los campos de concentración en donde adquirieron notoriedad por su crueldad.

**GITANOS:** se trata de un grupo étnico que probablemente tiene un origen indoario, el cual reside en Europa desde aproximadamente el siglo XV. Siendo considerados diferentes y extraños por sus vecinos, fueron tratados de manera hostil sin permitirles ser propietarios de la tierra en donde vivían de manera nómada. Cuando los nazis llegaron al poder decidieron perseguirlos por considerar que contradecían el ideal de sociedad proyectada para los arios.

Los gitanos fueron mencionados en las leyes raciales de Nuremberg de 1935 e incluso un nazi llamado Richard Ritter decidió elaborar un plan para ellos de acuerdo con la composición de su sangre. Tras el estallido de la guerra, fueron deportados a los campos de concentración y exterminio donde se procedió a su esterilización o asesinato. Se calcula que los nazis asesinaron de entre 300 a 600 mil gitanos.

**TESTIGOS DE JEHOVÁ:** La historia de los testigos de Jehová (Ernst Bibelforscher) es una de las más notables de «resistencia pasiva» durante el período comprendido entre 1933 a 1939. A causa de sus creencias religiosas, fueron una de las primeras religiones proscritas por el gobierno alemán. Este hecho se debió simplemente a que entendieron

que debían su obediencia y compromiso a la Ley de Dios, por lo tanto, se negaron a servir en la Wehrmacht y a efectuar el saludo nazi, lo cual les acarreó automáticamente la enemistad de los gobernantes. Un congreso realizado en 1936 por creyentes de esta fe condenó públicamente al régimen nacionalsocialista, al que denunciaron como una entidad absolutamente perversa. Por lo tanto, sus creyentes fueron inmediatamente objeto de redadas. Los deportaron a campos de concentración donde eran mantenidos lejos de los demás prisioneros a fin de evitar su actividad proselitista.

Los guardias nazis tenían instrucciones de ofrecerles la libertad si aceptaban renunciar a sus creencias, opción rechazada mayoritariamente. Alentados por su fe paciente en la proximidad del fin del mundo, fueron trabajadores serviciales y voluntariosos, tanto para las SS como para sus camaradas de cautiverio. Entre cuatro y cinco mil testigos de Jehová encontraron la muerte en los campos.

**HOMOSEXUALES:** La ideología nazi consideraba la homosexualidad como incompatible con el nacionalsocialismo porque los de esta condición no se reproducían y no perpetuaban la raza aria.

Sin embargo, inicialmente los nazis los consideraban parte de la raza superior e intentaban forzarlos a adaptarse sexual y socialmente. Los homosexuales que no se adaptaron fueron enviados a campos de concentración para su exterminio a través de trabajos forzados, amparados en el párrafo 175 del código penal alemán existente desde el 15 de mayo de 1871, el cual penaba actos sexuales entre personas de sexo masculino (el cual fue derogado apenas en 1994). En conjunto se condenaron cerca de 140 mil hombres según las diferentes versiones del párrafo 175.

En 1935, los nazis recrudecieron el párrafo 175. Entre otras cosas, aumentaron la pena máxima de seis meses a cinco años de prisión. Además, ampliaron las actividades que tipificaba la ley, que inicialmente era sólo la actividad sexual, a todo tipo de acciones obscenas.

La persecución se llevó a cabo principalmente aplicando de forma restrictiva las leyes existentes. Cientos de homosexuales fueron castrados por orden judicial.

Los cálculos de homosexuales muertos en campos de concentración varían entre los 15 mil y 600 mil. Las dos principales razones para esta disparidad son que los investigadores contaron o no a los homosexuales pertenecientes a alguna minoría étnica perseguida y que las razones del internamiento en un campo de exterminación no están documentadas en muchas áreas.

Los homosexuales masculinos sufrieron un trato especialmente cruel en los campos de concentración, atribuible a la pobre opinión que tenían de ellos los guardias de las SS, además de las actitudes homófobas ya presentes en la sociedad en general. La marginalización de los homosexuales en la sociedad alemana se reflejaba en los campos. Muchos murieron de palizas, algunas propinadas por los propios prisioneros. Además, los médicos nazis usaban a menudo a los homosexuales para experimentos científicos intentando localizar el «gen gay» para curar a los futuros niños arios que resultaran tales.









Las lesbianas no fueron perseguidas con tanta vehemencia por las leyes nazis. Sin embargo, las mujeres que eran consideradas un peligro para los valores del Estado eran marcadas como «antisociales».

## SÍMBOLOS PARA IDENTIFICAR A LAS MINORÍAS EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y EXTERMINIO

Los campos de concentración nazis tenían un sistema de marcado de prisioneros basado principalmente en triángulos invertidos. Los triángulos estaban hechos de tela y se cosían sobre las chaquetas y camisas de los prisioneros. Estas marcas eran obligatorias y tenían significados concretos que servían para distinguir las razones por las que el prisionero había sido ingresado en el campo.

La forma fue elegida por analogía con las señales de tránsito alemanas indicando peligros para los conductores.

La base del código de marcado eran los colores. Así, diferentes colores denotaban diferentes delitos o razones:

-  amarillo para judíos
-  rojo para prisioneros políticos
-  verde para criminales comunes
-  azul para republicanos españoles e inmigrantes
-  violeta para testigos de Jehová
-  rosa para homosexuales
-  negro para mujeres asociales, lesbianas, prostitutas, vagos, maleantes, sin techo, inadaptados como los jóvenes del swing, alcohólicos y adictos a las drogas.
-  marrón para gitanos.

Además del código de colores, algunos grupos tenían que poner una Letra en el centro del triángulo para denotar el país de origen:

- **B** para belgas
- **F** para franceses
- **I** para italianos
- **P** para polacos
- **S** para españoles, especialmente vascos y exiliados republicanos tras el triunfo del franquismo
- **T** para checos
- **U** para húngaros

Fuente de la información:  
Shoá: *Enciclopedia del Holocausto*  
E.D.Z. Nativ Ediciones - Jerusalem  
Wikipedia

# DISTINCIONES Y REFLEXIONES

■ ■ ■ Diana Wang

## LOS SOBREVIVIENTES Y SU

**S**iempre es importante hablar, transmitir las experiencias vividas para que sirvan como aprendizaje para futuras generaciones. La Shoá no fue una experiencia unívoca ni se puede reducir a frases simples. Cada sobreviviente vivió una experiencia distinta durante ésta. Apenas en la confrontación con otros relatos y en el estudio del hecho total, quienes pasaron por ella pueden ver que su propia experiencia ha sido sólo una parte. Dejado en claro que considero imprescindible el hablar acerca de la Shoá, quisiera ahora reflexionar acerca de algunos problemas que detecto en algunos de estos testimonios. Se trata de situaciones generadas por algunos sobrevivientes -no todos, ni siquiera la mayoría- y algunos efectos que producen en los demás.

Un sobreviviente que habla acerca de su experiencia en la Shoá, es más que una víctima, es más que un testigo. La fuerza y la riqueza de su mensaje debiera germinar en quienes oyen, hacerlos reflexionar sobre la humanidad en general. Sería ideal que un sobreviviente que hable acerca de su experiencia en la Shoá fuera un maestro. No todos pueden. Lo sé y no me parece sensato pretenderlo. Propongo las siguientes cuestiones con la esperanza de que nos sean útiles para pensar no sólo a los sobrevivientes, sino a nosotros mismos.

Algunas conversaciones tienen efectos contrarios a los deseados por los mismos sobrevivientes. Debemos distinguir, antes que nada, las conversaciones privadas de las públicas. Se trata en el primer caso, de cuando los sobrevivientes son invitados a testimoniar en algún medio masivo o ante algún público (escuelas, instituciones culturales, etc.). En el segundo caso, se trata de charlas, encuentros entre sobrevivientes, palabras que no trascienden pero que tienen un efecto, a veces lesivo, en ellos mismos.

56

### LOS TESTIMONIOS PÚBLICOS

A la hora de brindar testimonios, las diferencias entre las experiencias vividas por los sobrevivientes, tienen peso y valor. Si la charla debe dar evidencias del grado y el nivel del proceso de asesinato masivo de adultos y niños, del alcance de la crueldad y la humillación, de la gratuidad, de la arbitrariedad, de la injusticia, de la profunda indignidad en la que los nazis sumergieron a los judíos, así como de la existencia de los campos, especialmente de los campos de muerte, entonces, los sobrevivientes tienen una calificación indudable.

■ ■ Pero a la hora de testimoniar, con hablar no basta, ni con exhibir el tatuaje en el antebrazo. Se requiere la posibilidad de ponderar a qué público se está hablando para elegir las palabras, las experiencias que se contarán, el clima, el tono,

cosas no siempre posible. Los sobrevivientes no han recibido un entrenamiento para enfrentar un público, dependen de su habilidad natural y de la posibilidad, no siempre al alcance, de mantener la «cabeza fría» y no dejarse llevar por las olas de emociones que los invaden, por las presiones, por el miedo a que no los entiendan.

La posibilidad de hablar públicamente acerca de la supervivencia es relativamente reciente. No resultaba fácil para los sobrevivientes de la Shoá contarlo. Ello se debía a varios factores relativos, básicamente a dos cosas: la decisión de hacer lo posible por no recordar, por un lado; y la imposibilidad que mostró la sociedad de escuchar, por el otro. Hoy, ambas cosas cambiaron. Sin embargo, son pocos los que han accedido al reconocimiento público. La mayoría continúa con su vida ignota, contando sus experiencias -cuando lo hacen- sólo a los cercanos.

He escuchado algunos comentarios adversos, críticos, a la forma en que se cuentan algunas cosas, dramáticamente, con «demasiada» intensidad. Dicen, los que se oponen, que contar de esta manera atenta contra el efecto testimonial, que espanta a la gente, que la exhibición cruda de algunas circunstancias provoca rechazo. Supongo que nada es definitivo, que todo depende de quién cuenta, cuánto, cómo, dónde y, especialmente, a quién.

### LA CONTENIDA NECESIDAD DE CONTAR

A poco de terminada la guerra, una vez vueltos a la vida, tenían desesperación por contar. Para muchos, era ésa la única justificación de haber quedado con vida. Pero se encontraron con un muro hecho de dos materiales: 1) con preguntas vacías o superficiales, como «¿qué tal?» «¿Cómo fue?», de ésas que mejor se contestan con dos o tres palabras o 2) con preguntas que encubrían otra: «¿Por qué viviste

Para leer este artículo completo vaya a <http://www.hexabus.com/personal/Diana/>





*\*La psicóloga argentina Diana Wang, nacida en Polonia en 1945 de padres sobrevivientes, presenta este trabajo sobre el valor del testimonio y los factores que pueden desvirtuarlo ante audiencias públicas o privadas. Integró la Fundación Memoria del Holocausto, estuvo vinculada con el proyecto de recopilación de testimonios de de Steven Spielberg e integra el grupo Niños de la Shoá de la Argentina.*

# TESTIMONIO DE LA SHOÁ

mientras todos los demás murieron? ¿Qué hiciste?». Este golpe fue, para muchos, insoportable.

Hoy, los que hablan temen otra vez no ser escuchados. Esto los desespera y algunos advierten la urgencia de atrapar al auditorio. Aparecen entonces relatos intensos, dramáticos que hacen tan presente y vívida la situación que se conmueven y se angustian como si el tiempo no hubiera pasado. No sólo es esto una respuesta a los años de forzado silencio. Es también una revancha frente a lo que los nazis hicieron, en esencia, quitarnos la posibilidad de elegir, de decidir. Fuimos deshumanizados y contar es su forma de volverse humanos con relación a la Shoá.

También hay otro aspecto por considerar. Los momentos de los descubrimientos suelen ser impactantes, intensos. Para algunos, toda su vida se reorganizó alrededor de su posibilidad y derecho de hablar; el ser testigos de semejante horror, el ser escuchados en esos recuerdos, les dio repentinamente un lugar insospechado, de reconocimiento familiar y social que tanto se les había negado.

Al principio -para muchos todavía es el principio- la sed de contar, de hacer saber su historia impedía abrirse a las historias de los demás. Después viene un segundo momento en el que se puede empezar a mirar a los otros sobrevivientes, a escuchar las otras historias, a revisar algunas convicciones, a aprender cosas nuevas, a relativizar lo que se tenía por dado, y a pensar que su propia experiencia no resume la totalidad, sino que forma parte de un rompecabezas.

## LAS CONVERSACIONES PRIVADAS

Los sobrevivientes han hablado siempre entre sí acerca de esta experiencia. Han compartido recuerdos, dolores, tristezas. Pero no todo ha sido fácil. Los sobrevivientes son tan humanos como cualquiera, con sus virtudes y sus defectos. Las charlas solidarias hacen bien. Las competitivas, no. De éstas hablaré a continuación.

No es raro escuchar, en una conversación entre sobrevivientes, «yo soy de verdad sobreviviente», enfatizando el «de verdad» de un modo que reivindica una condición para la que se siente con plenos derechos. ¿Por qué es tan importante esta definición?

En las conversaciones entre sobrevivientes, a veces aparece en el hablar un medidor, «el sufrómetro», que registra el grado de importancia que tiene cada uno respecto a su interlocutor según mida más en la escala de sufrimiento que supuestamente ambos comparten; el que llega al nivel más alto, o sea, el que sufrió más, gana. Lo que hace un aparato complicado y poco confiable, es que cada uno lo calibra a su manera.

Los sobrevivientes no suelen decirlo tan abiertamente, pero muchas veces se tiene la sensación de que la reivindicación de su sufrimiento les otorga algún lugar preciado que necesitan conseguir. Un lugar que

les fue negado, robado. Otra pérdida más, además de la padecida durante la Shoá.

Por otro lado, Auschwitz se ha vuelto el símbolo de la Shoá. Aunque, más que uno fértil, vivo, fuente de reflexiones y enriquecimiento de la experiencia de lo humano, se ha vuelto una especie de tumba de los significados y sentidos, un símbolo que se ha comido a todo lo demás. De este modo, quienes sobrevivieron a Auschwitz son vistos como lo patognomónico de la supervivencia. Lo que fueron a Bergen Belsen, o Chelmno, o el puñado que logró escapar de Treblinka, son de otra categoría. Si alguien tuvo la «suerte» (espero que se lea la dolorosa ironía con la que lo digo) de haber pasado aunque sea unos días en Auschwitz, ya tiene patente universal. Aunque nunca estará del todo tranquilo porque siempre aparecerá alguien que dirá «¿qué sabe?... si estuvo sólo unos días... yo estuve años». ¡Ni qué decir si el sobreviviente no estuvo en ningún campo de la muerte! Y ni se nos ocurra pensar qué grado de sobrevivientes tienen los que sólo (¿sólo?) estuvieron en algún gueto, escondidos, o con la identidad cambiada.

## ¿QUÉ HACER?

No puedo plantear un problema sin sugerir alguna forma de lidiar con ello y sentirse mejor. Entendiendo, repito, que este fenómeno no sucede sólo entre sobrevivientes de la Shoá, sino que nos es común a todas las personas, existen tres problemas: 1) Cada uno de nosotros trata a su dolor como el más fuerte y de hecho lo es, porque el de uno se siente mientras que el otro es imaginario; 2) a veces confundimos nuestra opinión con la verdad y que así lo decimos, en ese caso no hay diálogo posible; y 3) es frecuente que creamos que lo que hemos vivido nosotros es igual a lo que vivieron los demás.

Si en un contexto de conversación en el que un sobreviviente habla de lo suyo como de lo peor, está convencido de que su opinión es la verdad y cree que lo que vivió puede ser generalizable, y descalifica a otro sobreviviente en alguno o todos estos niveles, las respuestas posibles son dos: el silencio-parálisis o la discusión-pelea. Ambas respuestas son poco eficaces. El silencio implica sometimiento, aceptación, y no modifica el punto de vista del interlocutor. La pelea propone un ganador y un perdedor, nunca un acuerdo. De ninguna de las dos maneras se introduce la comprensión, el diálogo, el respeto y el consecuente enriquecimiento mutuo.

Cada uno tiene su derecho a ser visto, comprendido, aceptado y amado como un/a sobreviviente de la Shoá, cada uno con su porción de verdad, con su mochila de dolor a cuestas, es un testigo privilegiado de esta experiencia que, está visto, aún nos es tan difícil de digerir y comprender, contar y escuchar.

# MEDIOS, GENOCIDIO Y TERRORISMO

José Chocrón Cohén

**E**l inefable fenómeno de la Shoá constituye un laboratorio único y universal, sin parangón en la historia, que nos ha permitido penetrar en los más profundos abismos del sentimiento colectivo e identificar allí la malignidad humana en su más depurada y abominable expresión, así como sus íntimas motivaciones, su anatomía y su fisiología. La Shoá nos sugiere, a la vez, el terrible desenlace de una guerra mundial de proporciones apocalípticas, que todavía hoy persisten, donde creencias y valores ético-morales que responden a los atributos del Bien o del Mal, se debaten y confunden, contraponen y chocan con violencia, envueltos en una denodada pugna de vida o muerte. Se trata, en definitiva, de un enfrentamiento cosmogónico, decisivo para el destino de la humanidad, que se remonta desde la creación del primer hombre hasta nuestros días. En la actualidad, nuevas argucias plasmadas en corrientes de opinión, cada vez más sofisticadas y eufemísticas, han seguido engrosando los argumentos del ejército de la Oscuridad, sutilmente enmascarados en falsas apariencias de legalidad y justicia, al amparo de una globalización inescrupulosa e indiscriminada.

Esta ola oscurantista se reveló al comienzo por medio de un tímido antisemitismo de derechas, representado principalmente por minúsculas facciones impopulares de «hooligans» o «cabezas rapadas» y otros grupúsculos neonazis, pero que desde el último cuarto del siglo XX, ha venido acrecentándose, cada vez con mayor pujanza y aceptación popular, con la embozada apariencia de una suerte de antisionismo intelectualizado que, ya sea de derechista o izquierdista, democrática o antidemocrática, proyectado por los más modernos y eficientes recursos mediáticos, clama por igual, con insolente cinismo, por un respeto y una justicia «virtuales», así como por supuestas «nobles causas» que no son sino vil farsa y perjudiciada insidia, y que tienen en común dos objetivos: en primer lugar, condenar a Israel en el ámbito internacional, con la misma acusación vilipendiosa de «crimen ritual» con que, históricamente, el judío ha sido condenado en los ámbitos locales; y en segundo lugar, alchuetear a los sectores más fundamentalistas y antidemocráticos del mundo islámico, adversarios tradicionales del sionismo, ya sea por afinidad de credo o por mero interés económico.

No hay que olvidar que una porción del mundo árabe, emponzoñado ya por las primeras inmigraciones judías a Palestina desde finales del siglo XIX, experimentó, además, el poderoso influjo de la propaganda nazi a través de su red de agencias diplomáticas establecidas en el Medio Oriente. Ante tales precedentes, no debe sorprendernos que en la actualidad la vorágine de animadversión internacional desatada contra Israel y los judíos, tenga su centro de irradiación entre las más intolerantes y oscurantistas vertientes del pensamiento islámico.

**El antisemitismo tradicional es la mesa donde se sirve el terrorismo que se perpetró contra Israel. Adivine quiénes es el mesero.**

Los medios de difusión y propaganda nazi ejercieron un papel clave como una arma estratégica, por su influjo divulgador del antijudaísmo y de falsas proezas triunfalistas, y por su efecto anestésico sobre la conciencia y la sensibilidad humana.

En nuestra actualidad los medios han acrecentado su potencial debido al fenómeno de la globalización. Hoy más que nunca, los medios constituyen una máquina complicada e ingeniosa para la esclavitud o «lavado» en masa de las mentes ignorantes o semieducadas, y si bien es cierto que constituyen por sí un instrumento invaluable de progreso, debido a su poderoso alcance expansivo de la educación de masas, no es menos cierto que, la mayoría de las veces, han terminado convirtiéndose en un instrumento de ambición mundana y de entretenimiento frívolo al servicio de los intereses del capital, o en un instrumento de divulgación ideológica, al servicio de groseras y envilecidas propagandas políticas totalitarias. Este es el caso, en la actualidad, del terrorismo internacional y otras ideologías racistas, discriminatorias y perjudiciadas. Todavía hoy se observa con cuánta ignominiosa indiferencia las naciones autodenominadas «cultas y civilizadas», reciben las noticias de los sangrientos atentados perpetrados contra Israel, Estados Unidos, España, Gran Bretaña, Egipto y Marruecos, y cómo, acobardadas por las amenazas de más bombas, en lugar de procurar un bloque unitario a fin de confrontar este flagelo, sólo parecieran propiciar la división y la discrepancia entre ellas, a causa de asuntos de menor relevancia o de interpretaciones legalistas en torno a temas como al derecho o no de Israel de construir un muro en su frontera o el abstenerse o no de intervenir en Iraq, entre otras disputas.

A la luz de las enseñanzas de la Shoá, concluimos formulando un enérgico llamado de alerta sobre lo siguiente: primero, los medios de difusión y propaganda son una excelente arma estratégica de infiltración y expansión ideológica, que pudieran conducir a grupúsculos psicóticos al dominio de las mayorías; segundo, los media pueden convertirse en un eficaz método de observación y sondeo para ponderar la agresividad de las ideologías atípicas de nuestra sociedad y para sopesar el grado de indiferencia de las reacciones de la opinión pública mundial frente a estas ideologías; y por último, no hay que olvidar que el recurso mediático constituye un arma especialmente peligrosa en nuestros días, ya que, como dijimos, está robustecido por un vasto alcance de difusión masiva, sin precedente alguno en la historia, debido a los avances

tecnológicos y cibernéticos que, sumados al fenómeno de la globalización, generan una interdependencia política, económica y cultural, entre las distintas naciones del planeta, volviéndolo caldo de cultivo para el fermento y expansión de ideologías virulentas.

**Imágenes de la televisión infantil palestina en las que se ve cómo se exalta el suicidio en actos terroristas.**



LOS MÉDICOS AL SERVICIO DEL NAZISMO

# LA TRAICIÓN A HIPÓCRATES

Dr. Jaime Segal K.

\* Una parte muy importante de los ejecutores del Holocausto fueron médicos. El doctor Jaime Ségal nos refiere el trabajo de Robert J. Lifton, quien revela en su último libro cómo el componente médico creó una biocracia, destinada a «curar» al pueblo alemán de una «enfermedad»: los judíos.

Robert Jay Lifton, psiquiatra y profesor de la Universidad de Nueva York e investigador de la de Yale, publicó en 1986 su libro *The Nazi Doctors. Medical Killing and the Psychology of Genocide*, donde expuso los resultados de su exhaustiva investigación que duró cuatro años, desde 1977 hasta 1980.

Entrevistó a veintiocho médicos nazis y doce profesionales, entre abogados, jueces, economistas, arquitectos, enfermeras, maestras y farmacéuticos, todos involucrados en la ejecución del plan de exterminio de los judíos en los campos de concentración construidos por los funcionarios alemanes. También entrevistó a ochenta sobrevivientes gentiles, polacos, rusos y de otros países europeos, que fueron prisioneros en Auschwitz, y a varios médicos militares de la SS. que trabajaron en el frente oriental. Además, logró obtener acceso a los archivos de la SS.

En las múltiples entrevistas realizadas recurrió a seis idiomas: alemán, inglés, polaco, francés, ruso y yidish. Con el material que recopiló, realizó un estudio psicológico de los médicos nazis, precisando cómo ocurrió el proceso de transformación de estos profesionales, pasando del deber de cumplir una función social y la vocación de curar, a ser funcionarios al servicio de una ideología y de una política de matar sistemática, burocrática y organizadamente a seres humanos por el delito de ser de otra raza o de pueblos supuestamente inferiores.

Esta práctica se sustentó en la ideología biomédica nazi, equivalente a una religión de la voluntad, cuyo fin era el del control total sobre la vida, la muerte y el proceso biológico evolutivo de las sociedades; la cual se derivaba del darwinismo social, basado en la selección natural. Una ideología que trató sustituir a Di-os y a la naturaleza, por el partido nazi, el pueblo alemán y la SS, para que estos últimos realizaran la selección de quiénes debían eliminar de este mundo y quiénes no para construir un país y un mundo de superhombres arios.

El partido nazi creó una biocracia y soldados biológicos que serían los ejecutores meticulosos de un plan concebido en la Conferencia de Wannsee por iniciativa de Hitler y convocada en enero de 1942. Hitler responsabilizó de la ejecución de éste a Himmler, Göring, Heydrich y Eichmann. Fue el plan de la «Solución final» para el pueblo judío.

En el campo de exterminio de Auschwitz bajo la jefatura del doctor y capitán Josef Mengele, a quien apodaron el «Doctor Auschwitz» y el «Ángel de la muerte», se implementó el plan «MMM», la matanza médica masiva, llevado a cabo por los agentes exterminadores o «soldados biológicos», siguiendo las estrictas instrucciones y órdenes de Mengele con ejemplar disciplina.

Era un ejército de burócratas, donde sus miembros se consideraban los agentes curadores de la sociedad alemana enferma, colonizada por los «parásitos sociales»: judíos, gitanos, eslavos, homosexuales y enfermos mentales. Estaban convencidos de que cumplían una extirpación

«quirúrgica», amputando los miembros gangrenados de Alemania y del resto de Europa. Pensaban que era su deber cumplir con un «imperativo terapéutico» para salvar biológicamente a las respectivas sociedades, comenzando por la germana. Se creyeron pioneros en la construcción del fabuloso Tercer Reich.

Las matanzas, como ya es conocido, fueron ejecutadas inicialmente con armas de fuego, frente a frente, por los einsatzgruppen -grupos de choque- de la SS. contra los judíos de Ucrania y Rusia; después con el tóxico Zyklon B en las cámaras de gas, en Auschwitz. Exterminaron sólo de esta forma a más de un millón de personas.

Los médicos nazis que pertenecieron a la SS. conformaron el 41,6% de todo el gremio alemán. Participaron en la planificación, en la supervisión y ejecución del plan de la «Solución final», con una organización perfecta de «ingeniería masiva», producida en un «laboratorio social» y confiada a un perfecto sistema burocrático que logró una máxima eficiencia, según el sociólogo Zygmund Bauman, lo que reflejaba los avances tecnológicos de la moderna y avanzada sociedad alemana, producto de la cultura de la civilización occidental.

Describe a Josef Mengele, quien fue el segundo hijo de un industrial bávaro católico, como un estudiante inteligente y ambicioso que se graduó de antropólogo y genetista. Fue investigador en el Instituto Universitario de Biología Hereditaria e Higiene Racial de Fráncfort. En el legendario campo de exterminio de Auschwitz actuó como seleccionador de los judíos que debían morir, de los destinados al trabajo de esclavos y de aquellos utilizados para los experimentos, que tenían la finalidad de apoyar los objetivos ideológicos y militares de los alemanes, como los de esterilización y los que exponían a las víctimas a ambientes de muy bajas temperaturas o de grandes alturas, la inducción de embarazos múltiples, etcétera. Asimismo hizo experimentos de su interés personal con gemelos univitelinos y enanos, y estudió la posibilidad de cambiarle el color del iris de los ojos a la gente.

Lifton concluye que lamentablemente no sólo los nazis utilizaron a los médicos alemanes para matar a seres humanos, sino que también varios regímenes políticos totalitarios usaron galenos con fines ideológicos y políticos, como en Rusia, la CIA y las dictaduras sudamericanas.

Lifton termina así: «Yo describo a hombres banales ejecutando actos demoniacos. Para ejecutarlos estos hombres tuvieron que cambiar y, una vez realizados tales actos, ya dejaron de ser banales. Combinando consideraciones psicológicas y morales, uno puede comprender mejor la naturaleza del mal y la motivación de los hombres». Definitivamente, un capítulo negro de la historia de la medicina contemporánea que debería ser incluida en la enseñanza de la especialidad para vacunarnos contra esta conducta antihipocrática.



Dos prisioneros utilizados como cobayas por Mengele en Auschwitz



PRESIDENTE DEL CONGRESO JUDÍO MUNDIAL

# ISRAEL SINGER: La reconciliación como sueño



\* Singer piensa que se puede lograr un reencuentro entre musulmanes y judíos. El sueño, no obstante, se ve truncado, ahora, por las voz del presidente iraní.

Según la tradición judía, cuando decimos las palabras «osé shalom bimromav» tres veces al día al final de nuestras oraciones, retrocedemos tres pasos. No hay paz sin retroceso. A la paz no se llega avanzando siempre. Es el primer principio del judaísmo.

- **¿Y cuál es el segundo?**

- Se recoge en otras palabras sagradas de nuestra liturgia: «Di-os ha dado la fuerza a su pueblo y también le bendicirá con la paz». Es una contradicción entre la dialéctica de la retirada y la de la fuerza, dos ideas que, al entrar en conflicto, producen una nueva síntesis: una verdad sintética. Esa verdad es que no se puede tener paz siendo débil.

- **¿Por qué le parecen tan graves las últimas declaraciones del presidente iraní, Ajmadineyad, sobre Israel y sobre los judíos?**

- Imagínese que el presidente de Israel se levanta mañana y dice que otro país debe ser borrado del mapa, destruido, erradicado. Habría un griterío terrible en todo el mundo y no digamos entre los 1.200 millones de musulmanes. Pero, amigo mío, como el presidente que lo dice es de un país musulmán, la Unión Europea, que yo sepa, no ha roto relaciones y la Comisión Europea tampoco ha exigido una reunión, aunque fuera en La Meca, con los dirigentes musulmanes para que, en voz alta, se desmarquen y rechacen esas palabras. No he oído un clamor, sólo condenas muy muy suaves. Sí, sin la menor duda, Irán es hoy la amenaza número uno.

- **¿La ira del presidente iraní obedece a las mismas causas que la de los musulmanes en Francia o en Holanda?**

- Nada que ver. El presidente de Irán, al negar el Holocausto o defender la desaparición de Israel, no lo hace porque esté desesperado. Sus palabras son un abuso flagrante del poder político para atizar o generar odio. Trata de capitalizar políticamente un problema que está, a mi entender, en vías de solución en Oriente Medio, que los israelíes están resolviendo de forma voluntaria, negociando compromisos con los palestinos. El presidente iraní trata de boicotear ese proceso.

- **¿Qué significa ser judío hoy en día?**

- Que eres más normal que hace 60 años. Mi padre fue testigo de la destrucción en Alemania de los derechos humanos, pero no comprendió que tenía que huir. Aunque tenía buena información sobre la situación, no creyó -nadie lo hizo- que el virus se propagaría a otro país de habla alemana como Austria. Nadie creyó que se pudiera producir algo tan grave como el Holocausto hasta que ocurrió.

- **¿Se puede repetir hoy?**

- No, pero los de mi generación sabemos que estar alerta, en vigilancia, ante las amenazas, pensando en las respuestas necesarias.

**H**ijo de refugiados austríacos, nacido y criado en Nueva York, Estados Unidos, Israel Singer es el nuevo presidente del Congreso Judío Mundial, al que llegó del mundo académico. Es profesor de Ciencias políticas y Estudios mesoorientales de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, y de 1969 a 1971, estuvo a cargo de la enseñanza de la Teoría Política en el departamento de Politología de la Universidad Bar Ilán de Israel. Hizo dos grandes recesos del mundo académico: para trabajar en la alcaldía de Nueva York durante la administración de Lindsay, y luego para apoyar la campaña de reelección del presidente norteamericano Gerald Ford.

60

Singer, quien se graduó de la Yeshivá Torá veDaat en calidad de rabino, describe su visión de la religión de la siguiente manera: «Yo creo en un judaísmo que no sea de línea dura, pero tampoco libre de obligaciones, sino basado en los principios. Trato de llevar mi vida de una manera relativamente fundamentalista. Apoyo la ideología sionista, pero no estoy de acuerdo con que el derecho se derive de la religión. Yo no me consideraría ortodoxo moderno. No pertenezco a ningún judaísmo “para todas las tallas”».

Dos han sido las actividades más notorias del rabino Israel Singer en su actividad judía: la defensa de las colectividades en la ex Unión Soviética y las acciones de reparación económica por parte de los gobiernos europeos a las víctimas del Holocausto. A continuación reproducimos un extracto de la entrevista que le hizo el periodista español Felipe Sahagún, del diario El Mundo, y que apareciera el 17 de diciembre pasado.

- **¿Cuál es hoy el sueño de los judíos?**

- No volver a pasar jamás por lo que pasamos.

- **¿Qué están dispuestos a hacer para conseguirlo?**

- Para conseguir la paz hay que hacer concesiones, hay que retroceder.

# LECTURAS PARA NO OLVIDAR

Libros  
para  
entender

**Diana Wang:** «Los niños escondidos». Editorial Marea SRL. Buenos Aires. 2004. 269 páginas.

La escritora Diana Wang nos cuenta la historia de la Shoá desde la perspectiva de los niños, a quienes ella se atreve a llamar las víctimas verdaderas del Holocausto, por su vulnerabilidad y por la saña y crueldad especial mostrada contra ellos por parte de los oficiales nazis.

Un millón y medio de niños asesinados dan cuenta de la trascendencia de la aseveración de Wang, quien en este texto aborda el problema de 35 muchachitos que tuvieron la suerte de ocultarse en casa de gentiles piadosos que los resguardaron del horror, lo que implicaba la pérdida de la personalidad al cambiarles el nombre y la adopción de un estilo de vida totalmente diferente al que estaban acostumbrados en el hogar original, lo que muchas veces incluía la conversión a la religión de la familia anfitriona. El libro recoge los testimonios de niños que pasaron la guerra escondidos en diferentes lugares y que ahora viven en Argentina. Una extraordinaria antología de voces marcadas de sencillez, candidez y de mucho miedo.

**Héctor Feliciano.** «El museo desaparecido. Ediciones Destino. Colección Imago Mundi. Volumen 64. Barcelona. 3ra. edición. 2005.

La llegada de los nazis a París, en junio de 1940, supuso no sólo poner a toda a una población al merced de los invasores, sino que les dio acceso a éstos a las más fabulosas colecciones de arte reunidas en una sola ciudad de Europa. Feliciano nos presenta un extraordinario trabajo de investigación, que revela en sus páginas uno de los aspectos menos conocidos del nazismo: su obsesión por la pintura -en especial la flamenca y la alemana- y el odio que les suscitaba el así llamado «arte degenerado» o «judío», sentimiento esto que no obstó para que ellos los vendieran a inescrupulosos merchantes de arte de todo el mundo.

Concentrado en las colecciones de arte de los Rothschild, los Bernheim-Jeune y del marchante parisino Paul Rosenberg, Feliciano logra dar con el paradero de algunas de estas obras en las colecciones museísticas o privadas de Estados Unidos, y en algunos de los casos ha logrado que la obra vuelva a manos de sus dueños originales, como un acto de resarcimiento por lo sucedido en el Holocausto.

Una manera bien inusual de contar lo sucedido, pero que revela una de las multiformes vías que tuvo el odio de robarles a quienes consideraba diferente todo lo que fuera de valor, todo lo que implicara un acto de humanidad.



**Daniel Jonah Goldhagen.** «Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto». Taurus Pensamiento. Madrid. 1997. 762 páginas.

Con una controvertida tesis de que el nazismo puso abiertamente en boga sus leyes racistas debido a que en la sociedad alemana estaba anquilosada el prejuicio antisemita, por lo que ésta participó consciente, activa, placentera y abiertamente en la aniquilación de los judíos, se presenta este libro de Daniel J. Goldhagen sobre los batallones policiales que ejecutaron la llamada «Solución final».

El libro en cuestión levantó ronchas en Europa por el afán del autor en apuntar el dedo sólo hacia Alemania, aunque no deja de mencionar el colaboracionismo de muchas personas e instituciones en las regiones y zonas ocupadas por los nazis.

Goldhagen trata algunos de los pasajes históricos más crueles de la Shoá, como las marchas de la muerte o las primeras ejecuciones de judíos, a quienes se les obligaba a cavar sus propias tumbas. Conmueve al constatarse la sangre fría de los alemanes al cumplir con sus órdenes, y hasta el placer sádico con el que aderezaban sus acciones.

Un libro al que se le acusa de parcial, pero que no relativiza la maldad de un pueblo al compararla otros, sino que hurga en una llaga que algunos prefieren no leer.



**Bryan Mark Rigg.** «Rescued from the Reich». Yale University Press. New Haven. (inglés) 2005.

Una atrayente investigación nos presenta Bryan Mark Riggs, en el que da cuenta de la forma como el Joseph Isaac Schneersohn, sexto Rebe de Lubavitch y suegro del anterior, Menáhem Méndel, pudo escapar de las manos del nazismo por la actuación de un complot en el que participaron los lubavitch de Estados Unidos, un red de oficiales norteamericanos,

altos oficiales del ejército de Hitler, de convicciones antisemitas pero que estaban buscando una buena imagen para el régimen, soldado de apellido Bloch, quien era Mischling, o sea, mitad judío -Rigg también escribió el libro Los soldados judíos de Hitler-.

Riggs nos lleva al mundo del jasidismo y de cómo éste se transformó por el arribo de los nazis a Polonia. Asimismo, nos adentra en la necesidad que tenían los seguidores de Jabad de preservar la vida de su máximo líder, por lo que optan por utilizar las influencias de la comunidad judía norteamericana para que presionara y lograra salvarlo. Igualmente, nos introduce a la doble moral de los mismos nazis que tenían potestad de arianizar a cualquier Mischling, como fue el caso mismo de Bloch, quien termina siendo contactado por los norteamericanos y le encargan la tarea de sacar al Rebe de Polonia, vía Suecia, y ponerlo a salvo, rumbo a Norteamérica.

Un trabajo que pone en duda algunos de los valores estadounidenses, como por ejemplo, el supuesto altruismo que llevó a sus soldados a liberar los países bajo la mano de Hitler; los dobles estándares al momento de determinar quién podía ir al país y quién no; y el hecho de que Washington sabía lo que estaba ocurriendo al otro lado del océano.

# Patrocinios

## Recuerda - זכור

Agradece a aquellos que con su apoyo hicieron posible la aparición de esta tercera edición, que engrandece el legado histórico de nuestra comunidad para la generación de venezolanos que encontrarán en sus páginas la verdad de los hechos acontecidos al pueblo judío durante la II Guerra Mundial.

## Amigos

• Israel Discount Bank of New York • Madeleine e Israel Almaleh • Nusia y Andrés Apeloig • Emmy y José Benzaquén • Irene y Daniel Belozercovsky • Gabriela y Samuel Bronfenmajer • Margarita e Iziu Budik • Frida y León Cula • Sonia y Harry Czechowicz • Nusia Feldman • Frida Fruchterman • Ada y Alberto Goldszmidt • Gisela y Samuel Guenoun • Alicia y Álvaro Gutt • Susana y Leopoldo Hanz • Jenny Hofbauer (Z'L) • Ivette y José Lanes • Marianne Lanes • María Graciela y Maximiliano Lindenfeld • Ruth y Mauricio Lustgarten • Lía Merenfeld • Míriam y Alen Moreno • Susana y Max Preschel • Clara y Zoltan Revai • Mely y José Revai • Judith Rodán • Ena y Eliézer Rotkopf • Raya y Moisés Sukerman • Clara Sznajderman • Toni y Bernardo Vainrub • Susana e Isaac Weisleder • Henrietta y Samuel Zabner • Clara y Marco Zeitoune •





## Benefactores

Bank Leumí le Israel  
 Bank Hapoalim  
 Susana y Tony Abitbol  
 Fortuna y Pedro Amsel  
 Silvia y Marcel Apeloig  
 Judith Benaím  
 Sara y Arie Birnbaum  
 Nurit y Moisés Birnbaum  
 ETTY y Sammy Bronfenmajer  
 Esther Dita y Salomón Cohén  
 Cindy y Meír Cherem  
 Raquel y Amram Chocrón  
 Verónica y Max Deutsch  
 Sara y Morris Dornbusch  
 Rosa y Moric Dum  
 Juana y Marcos Fincheltub  
 Riwka Fuhrman  
 Lisi y Salomón Galsky  
 Lya y Zoltan Gaspar  
 Anita y Natán Ghetea  
 Susana y Rubén Halfen  
 Malka y Manfredo Hausmann  
 Fritzi y Wilhelm Jaegermann  
 Daniela y Eduardo Jakubowicz  
 Beatriz y Jack Kamhazi

Gisela y Erich Karpel  
 David Katz  
 Hilda Katz  
 Edith y Sergio Kiblisky  
 Ingrid y Tomás Kiss  
 Sara y Eduardo Krulig  
 Sofía Landau  
 Gisela y Jaime Lerner  
 Esther y Paúl Lustgarten  
 Ada y Nandor Moscovitz  
 Gusta y Carlos Nash  
 Martha y Marcos Nemirovsky  
 Klara e Hillo Ostfeld  
 Mauricio Poplicher  
 Esther y Guillermo Roizental e hijos  
 Adina y David Roth  
 Gilda e Isidoro Rubinstein  
 Alice y Alexander Salamon  
 Rosita y Nathán Schächter  
 Clara Slimak  
 Aída y León Spirgel  
 Bandi Steiner  
 Reiza K. De Talmaciu  
 Dora y David Yisrael



# זכור



הוצאה שלישית

LEGADO DEL COMITÉ VENEZOLANO DE YAD VASHEM **RECUERDA**



השואה של אתמול  
האנטישמיות של היום  
הסכנה של מחר